

Eduardo Sartelli

**ARGENTINA
2050**

Una Vía Socialista posible

Ediciones *r/r*

Sartelli, Eduardo

Argentina 2050 : una Vía Socialista posible / Eduardo Sartelli. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : RyR, 2022.

160 p. ; 21,5 x 15,5 cm.

ISBN 978-987-4412-39-3

1. Argentina. 2. Economía. 3. Socialismo. I. Título.
CDD 306.345

Ediciones ryr, 2022, Buenos Aires, Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Printed in Argentina - Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Monteagudo 741, Villa Lynch, Buenos Aires,
Argentina.

Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires, mayo de 2022.

Responsable editorial: Gonzalo Sanz Cerbino.

Diseño de tapa: Luciano Martín y Luciano Cubilla.

Diseño de interior: Gonzalo Sanz Cerbino.

www.razonyrevolucion.org.ar

www.edicionesryr.org.ar

editorial@razonyrevolucion.org.ar

El mundo no se prepara, al menos por ahora, para la revolución socialista mundial, incluso a pesar de que el capitalismo no está, precisamente, en su mejor momento. Si bien no estamos en un momento en que la ideología burguesa se pasee rampante por el mundo, como podrían ser los años '90 del siglo pasado, está claro que el socialismo es, todavía, una perspectiva que no paga buenos dividendos. De hecho, asistimos en los últimos 20 años a una serie de experiencias desastrosas (de las cuales el chavismo es, sin dudas, la peor) que se han hecho, o bien en nombre del socialismo, o bien coqueteando con él. Experiencias que, pretendieran tener vínculo con el socialismo o no, aparecen, a los ojos de las grandes masas como algo que, si no lo es, lo parece bastante. Sobre todo, a partir de la rabiosa propaganda conservadora, que se hace pasar por “libertaria”, según la cual todo es socialismo, desde Mao Tsé Tung a Horacio Rodríguez Larreta y Joe Biden. Tampoco asistimos a amplios procesos de rebelión obrera, capaces de alentar nuevas situaciones en las cuales lo que parecía imposible, se abre hacia el futuro. Por ahora, la única rebelión masiva es de tipo electoral y consiste en votar contra el que nos produce daño, siempre dentro del campo patronal. Dado que, en la Argentina, la patronal, sea cual sea su orientación política, no acierta a encontrar ninguna salida a la larga decadencia nacional, el voto de las masas se desplaza de una orientación burguesa a otra, solo para encontrar nuevas frustraciones.

Podríamos preguntarnos por qué esa “rebeldía” electoral no se manifiesta en relación a otras propuestas, no patronales. En particular, como voto a las opciones “de izquierda”, como el Frente de Izquierda y de Trabajadores Unidad (FITU). Una parte de la explicación se encuentra, indudablemente, en el poderoso clima anti-izquierdista en general y anti-estatista en particular. Pero otra, no menos importante, es la ausencia de una propuesta concreta de gobierno por parte de esa izquierda. Esa izquierda, mayoritariamente trotskista, supone que no se puede plantear un programa de gobierno en una situación como la actual, sin un proceso insurreccional en marcha, es decir, a través de una vía “electoral”. Tampoco, para un país individualmente considerado, en la medida en que se supone que, sin revolución mundial en marcha, no hay posibilidad alguna de construir una sociedad socialista “en un solo país”. Aún si dejamos de lado el que, además de esas taras, esta izquierda carece de un conocimiento serio del país en el que pretende llevar adelante una revolución, lo cierto es que los “programas” con los cuales el FITU se presenta a elecciones, no dejan de ser generalidades que suponen una emergencia. Sin ella, el “programa” se agota en lo inmediato. El resultado es sorprendente: se trata de alternativas que se presentan a elecciones para *no* ganar, porque si ganaran, no sabrían qué hacer. No se preparan para un escenario que, dada la crisis del sistema político argentino, podría estar a la vuelta de la esquina: gobernar sin revolución mundial en marcha y como producto de las urnas, en una Argentina capitalista, con su Estado burgués más o menos intacto. Es decir, como lo denominaremos más abajo, un momento “allendista”, parecido al que enfrentó, precisamente, Salvador Allende en el Chile de los años '70. Se pueden hacer, desde una perspectiva revolucionaria “clásica”, numerosas objeciones a nuestro planteo, responderemos a ellas más abajo. Quede dicho que, la nuestra es una propuesta encuadrada en este momento y en esta circunstancia. Empecemos, entonces, por el principio, por la Argentina que queremos transformar.

Argentina, 2022

Hubo una vez un país que supo ser envidiable por buena parte del mundo. Ya sea por su fulgurante desarrollo económico, por la modernidad de su vida social o el alcance de sus logros culturales, la Argentina fue, alguna vez, un gran país. O, al menos, el comienzo de un gran país. Un país donde millones de seres humanos eligieron vivir, escapando de la miseria, de la opresión política, de la guerra, de todo aquello que soñaban resolver en una nueva tierra. Había datos que ilustraban esa imagen de un país potente, de crecimiento avasallante, que alentaban una cultura de la “superioridad” frente a los vecinos, a quienes se miraba “por encima del hombro”. Como nos muestran los Gráficos 1 y 2, hacia el Centenario, la Argentina era “apenas” la decimoséptima parte de los EE.UU. Si le parece poco, piense que, hoy, debiera dividir a los Estados Unidos por 54 para obtener una Argentina. La distancia en PBI per cápita era muy reducida en 1913: la economía nacional alcanzaba al 72% del PBI per cápita de la nación más avanzada del mundo. Hoy es apenas el 13%. Podríamos hacer comparaciones menos ambiciosas, pero el resultado sería más deprimente: en 1913, Argentina era un 20% más “grande” que México y un 40% más grande que Brasil, en PBI total. Per cápita, era más del doble del “país azteca” y cuatro veces y media mayor que Brasil. Ahora es casi la cuarta parte de Brasil (3,7 Argentinas=1 Brasil) y México es dos veces y media la Argentina. Si lo medimos “por cabeza”, nuestro país sigue siendo más “productivo” que Brasil, aunque la distancia se ha acercado violentamente, al punto que hoy nos separa un mezquino veintipor ciento. Mucho menos nos separa de México, cuyo PBI per cápita es casi el mismo que el nuestro.

Es claro como el agua clara, entonces, que la Argentina no fue siempre el desastre que es hoy. Sin embargo, un buen día, empezó a tropezar, primero, a caerse cada vez más seguido, después, hasta que llegó el momento en que, a la vista de la mayoría de la población, el presente nacional se transformó en una especie de desbarraque sin

fin. Podemos tomar muchos indicadores que muestran este proceso, pero es bien visible el proceso de degradación, que asume la forma de un serrucho, en el que cada paso en el proceso nos deja un escalón por debajo de la etapa anterior. No vamos a explayarnos demasiado en esto, habida cuenta de que lo haremos *in extenso* en otra parte y que lo que nos convoca aquí es una propuesta para *superar* la situación. Alcanza, para lo que queremos, con exponer un breve estado de situación para que se recuerde cuál es el punto del cual partimos y por qué la transformación que proponemos es necesaria y urgente.

Si observamos el Gráfico 3, por ejemplo, veremos que la evolución de la población se mantiene por debajo de la evolución de la ocupación, hasta más o menos la mitad del siglo XX, si exceptuamos los años de la crisis del '30. Pero a partir de los '50 la situación se invierte, lo que significa que nuestro país va a empezar a acumular una masa de población a la que será cada vez más difícil emplear. Y no se confunda con el brusco ascenso entre 2003 y 2018: lo que esa abrupta mejora está reflejando no es tanto la mejora en el empleo, que la hubo, por lo menos en relación a la gran crisis del 2001, sino la expansión del empleo estatal: la desocupación se esconde en el Estado. Esta degradación de las condiciones de empleo tiene sus consecuencias. Si vemos el Gráfico 4, la pobreza y la indigencia alcanzan altos niveles a comienzos de la “democracia”. Sacando el pico de la crisis, en 2002, ambas variables nunca bajan sustantivamente y, en realidad, tienden a subir. Y a subir desde un piso muy alto. Entre 3 y 4 argentinos, de cada 10, son pobres y eso está consolidado. En épocas de crisis aguda, la pobreza alcanza a más de la mitad, en la recuperación baja un poco, pero la película no se altera.

Con masas consolidadas en la pobreza y la indigencia, es lógico que todo se vea afectado por esa situación, que, al mismo tiempo que se profundiza, se naturaliza. Es decir, no solo se agranda el problema, sino que se hace costumbre: “siempre fue así”, “no tiene remedio”, “qué se le va a hacer”. De allí a “los negros son así, les gusta la miseria”, “la culpa es de ellos, les das un plan y se lo gastan en merca”, “se

embarazan a propósito para vivir de subsidios”, “no quieren trabajar”, hay un solo paso. Esa violencia simbólica, racista, es el correlato de una violencia más profunda, la violencia clasista. Una violencia que, por ejemplo, brota en la denegación del derecho a una verdadera educación para los hijos de la clase obrera. Si vemos los gráficos 5 y 6, la situación de la educación en la Argentina se explica fácilmente. Por un lado, los resultados en las Pruebas PISA, por limitaciones que puedan tener tales instrumentos, son evidentes, sobre todo, para quienes hemos sido docentes toda la vida: nuestro país, que supo ser un faro de cultura del mundo de habla castellana, está hoy por debajo de todos los países importantes de América Latina en habilidades elementales en Lengua y Matemáticas. Se encuentra incluso por debajo del promedio latinoamericano y a años luz del promedio de los países de la OCDE. La degradación general de la existencia de la clase obrera argentina no solo explica esto en forma directa, sino también a través de la degradación de la existencia de los propios maestros, que ganan hoy la mitad que hace más de 100 años y un tercio de lo que ganaban en la década de 1930.

Niños de padres sin trabajo o con empleo precario, pobres y aún indigentes, los argentinitos que fracasan en la escuela degradada, son también niños sin vivienda. El Gráfico 7 muestra el alarmante crecimiento del déficit habitacional en nuestro país, que pasa de 2,6 millones de viviendas a 3,8 en apenas veinte años. Más alarmante es que, después de la “década ganada”, ese déficit no solo no cayó, sino que aumentó. Es decir, que la situación actual obedece a una tendencia muy profunda, que no es muy difícil de imaginar: una población que se empobrece, obviamente, manifiesta esa pobreza en la incapacidad para alcanzar un techo donde vivir.

La salud de la población argentina también se degrada. Los turnos se alargan, las prestaciones son cada vez más mezquinas, las instalaciones son cada vez peores, los salarios del personal médico y paramédico andan por el piso. Se sabe que las remuneraciones del sector salud en la Argentina están entre las peores del mundo. Todo eso a

pesar de que el porcentaje del gasto destinado al tema no es despreciable. Lo que nos está hablando de la enorme magnitud de las carencias de la población, pero también de la ineficiencia y la corrupción. Párrafo aparte merece la situación del PAMI y la asistencia sanitaria a los jubilados y pensionados, donde los médicos de cabecera desaparecen y renuncian por falta de pago, dejando el tendal de viejos desguarnecidos. Todo el que puede huir del sistema público, desde pacientes hasta médicos y enfermeros, lo hace, para recalar en obras sociales (en un estado calamitoso, la mayoría) o medicina prepaga los primeros, o al exterior del país los últimos. Si no fuera por la migración, hacia la Argentina, de profesionales provenientes de Perú, Bolivia o Venezuela, estaríamos en serios problemas. En España ya existe una asociación de profesionales de la salud argentinos, destinada a orientar a los emigrados. Lo mismo pasa con las enfermeras. Esta tendencia es común a otras ramas de la economía. La expulsión de población de la Argentina ya alcanza cifras millonarias y se trata, por lo general, de mano de obra calificada. Para 2012, ya casi un millón de argentinos vivían fuera del país, a los que habría que sumar sus hijos, es decir, casi dos millones más.

¿Qué tipo de sociedad da esta transformación de la Argentina? Indudablemente, una con un grado de violencia muy elevada, con la expansión de la droga, de la prostitución y la trata de personas, sin servicio de salud, con jubilaciones que son apenas subsidios a la desocupación, etc., etc. Insistimos, no nos interesa una descripción amplia y precisa, que el lector no necesita, simplemente porque la vive. Lo que tal vez no es tan claro, sobre todo si quien está leyendo ahora tiene menos de treinta años, es que este proceso viene profundizándose desde hace mucho tiempo y que el fenómeno que va caracterizando al talante de los argentinos es el *acostumbramiento*. A medida que pasa el tiempo, nos vamos acostumbrando a esta degradación. En los años '80, no era común, en el Conurbano bonaerense, que las casas tuvieran altas rejas. En realidad, lo que caracterizaba a la vivienda del obrero más o menos calificado, o a la del que había

optado por construirla él mismo, era el paredoncito bajo, con dos o tres pilares unidos por un tirante de madera a modo de decoración. Podía ser también un caño, pintado de diversos colores o hecho con ladrillos más o menos artísticos. Lo cierto es que bastaba un mínimo de agilidad para levantar la pierna y saltar la “verja”. El acceso al interior era virtualmente libre y uno podía llegar hasta el fondo del terreno sin que ningún obstáculo lo detuviera, salvo algún perro más o menos amenazador. Hoy es difícil encontrar una casa que no tenga rejas de menos de dos metros de altura, con puntas múltiples y punzantes, candados varios, alarma, antepuertas de hierro, etc. Y no faltan los alambres de púa estilo campo de concentración, la alarma vecinal y hasta el cerco eléctrico. ¿Cuándo fue que los argentinos nos acostumbramos a esto? ¿A vivir cada vez peor? ¿A vivir tras las rejas?

Un experimento sencillo ilustra acerca de las consecuencias del *acostumbramiento*: si tomamos un recipiente con agua, la hacemos hervir y tiramos una rana en su interior, el pobre animalito tocará el líquido hirviente y saltará casi inmediatamente. Se quemará un poco, pero salvará su vida. Pero si metemos la rana cuando el agua está fría y la vamos calentando lentamente, el batracio se irá adaptando a la temperatura creciente y lo hará con tanta eficiencia que estará allí todavía cuando rompa el hervor. En ese momento, obviamente, será tarde. La Argentina corre el riesgo de sufrir la suerte de la segunda rana si no rompe con la perniciosa, demencial y suicida actitud del *acostumbramiento*. Es necesario tomar una decisión y terminar con más de medio siglo de decadencia y degradación. Para que se entienda mejor la propuesta que hacemos, es útil repasar, aunque sea en forma limitada, la naturaleza de la “enfermedad” argentina. Quedará entonces más claro por qué los argentinos se decantan, prefieren, aceptan el *acostumbramiento* y por qué no se animan a romperlo. Quedará más claro también, por qué es imposible seguir mucho tiempo más por ese camino.

Primera parte

1.

La enfermedad argentina

En la bibliografía sobre el desarrollo económico existe un problema que tiene como ejemplo a nuestro país. De alguna manera, el “enigma argentino” es un tema en sí mismo: cómo un país que tuvo un despegue tan prometedor, que tiene tantos y tan variados recursos naturales y humanos, que no alberga conflictos que han atravesado a otras sociedades (raciales, étnicos, culturales, etc.), cómo, en resumen, un país así, ha fracasado de un modo tan estrepitoso.

En efecto, se lo mire por donde se lo mire, la Argentina es un fracaso histórico. La pregunta es por qué. Está claro que hay muchas respuestas, que no examinaremos aquí, pero que vale la pena descartar de entrada: “los argentinos no quieren trabajar”; “aquí no trabaja el que no quiere”; “la grieta impide tener políticas de Estado”; “la Argentina perdió la cultura del trabajo”; “el Estado no deja desarrollar a la economía privada”; “el capital extranjero y los bancos se la fugan toda”; “la corrupción política”; “la educación no es lo suficientemente valorada”; “no hay mano de obra calificada”; etc., etc. Algunas hay que descartarlas simplemente porque no son ciertas. La idea de que un padre o una madre no tienen problema alguno en ver morir de hambre a sus hijos, teniendo trabajo a mano, suena, como mínimo, entre disparatada e insultante. No por casualidad, para sostener esta pavada, se suele apelar al racismo y al clasismo más vulgar (“los negros son así”; “tienen hijos como conejos, aunque no los pueden alimentar”). La forma más sencilla de refutarla es recordar

con qué facilidad se vacía la desocupación cuando crece la actividad económica. Si la oferta de trabajo resultara inelástica en relación a la demanda de trabajo (si se ofreciera trabajo y nadie lo tomara) vaya y pase. Pero eso no es lo que realmente sucede. Otras, se deben descartar porque no son falsas, pero están presentes en todos lados, la corrupción política, por ejemplo. China es un ejemplo de que tal cosa no limita, en modo alguno, el crecimiento económico. Otras, porque son consecuencia y no causa: la educación no puede crear habilidades para trabajos que no existen. El Estado puede tener un peso mayor o menor en la economía, pero pueden citarse casos de economías más “liberales” o más “estatistas” que han desplegado dinámicas económicas muy notables: la comparación entre las políticas económicas dominantes en el momento del “despegue” del capitalismo inglés y del momento correspondiente al Japón, son ejemplos muy conocidos. El “peso” o la “intervención” del Estado no son importantes a la hora de hablar de economía. El problema es más bien quién maneja el Estado, cómo y para qué.

Los problemas de la economía argentina son, a la vez, más simples y más complejos que estos “argumentos”. Para sintetizar, la Argentina es un competidor mediocre. En una economía capitalista, el núcleo de la supervivencia, sea cuál sea la escala de los participantes (países, empresas o individuos), es la capacidad para desplazar a otros. Dicho de otro modo, la competencia. El mercado capitalista es un dictador democrático: el que llega con los mejores precios, sobrevive, se expande, desplaza a otros. El que no, se funde. Seguramente, más de un lector estará pensando que eso no es así, que el mercado está lleno de trampas, lo cual es cierto. Pero a largo plazo y en general, el asunto funciona así.

Si la competencia es el mecanismo dominante, el instrumento central de esa competencia es la productividad del trabajo. En tanto las mercancías se intercambian a partir de su valor en trabajo, es decir, la cantidad de trabajo incorporado, el que llega al mercado con un menor valor incorporado (que se va a reflejar en un menor precio),

gana. Explico esto con mucho detalle en *La Cajita Infeliz*. En criollo: el que hace lo mismo con menor cantidad de trabajo, gana. Ahora bien, ¿cómo se obtiene ese resultado? Una forma es buscar métodos ingeniosos para hacer más fácilmente las cosas, por ejemplo, cuando hacemos un pasamanos para subir cosas en un camión. Es mucho más sencillo que sólo transiten por las manos los objetos, que cada uno tenga que ir y venir de la pila al camión. Pero estos cambios organizacionales, por buenos que sean, nunca son tan efectivos como la mecanización de los procesos, es decir, la aparición de la tecnología. Con dos personas y una cinta transportadora se hace lo mismo que con diez, parados uno a la distancia de un brazo del otro. Basta darse cuenta de la cantidad de salarios que se ahorran, para entender por qué las cintas transportadoras son tan populares en todo el mundo, casi para cualquier cosa que se haga.

Más compleja o más simple, la gran diferencia competitiva se logra con la tecnología. O lo que es lo mismo, con la “calidad” del capital puesto en juego. De allí que los países más tecnológicos son los que poseen mayor proporción de mercado. Alguien me dirá que esto no es así y que se puede hacer “trampa”, por ejemplo, con subsidios, trabas arancelarias, etc. Sí, es cierto, pero todas esas “trampas” se pagan: un país que tiene que subsidiar a sus empresas, tiene que restar recursos de otros sectores, lo que quiere decir que la economía en su conjunto pierde competitividad y, por lo tanto, no se puede mantener, ni a gran escala ni a largo plazo.

¿Por qué nos importa esto? Porque aquellos países que nacen “chicos” y “tardíos” tienen una fuerte desventaja frente a los primeros, que rápidamente alcanzan economías de escala que aumentan la productividad del trabajo. Cuando digo “chico” no aludo, claramente, a una cuestión geográfica o poblacional: Japón es apenas más chico que China y más grande que la India, que Canadá y Rusia, a pesar de que, geográficamente, entra en la Mesopotamia argentina y poblacionalmente es superado por los gigantes asiáticos en una proporción de uno a diez. La Argentina es chica porque su capital, ya sea nacional o

extranjero, es decir, todo el capital que se acumula en el país, es una porción muy menor del capital mundial. Ya vimos, más arriba, relaciones de tamaño entre la Argentina y otros países del mundo. Solo diremos que, si medimos la participación del PBI argentino en el PBI latinoamericano nos sentiremos un tanto, ¿cómo decirlo?, disminuidos. Porque al PBI de la región, Brasil aporta el 34,9%, México el 22,3 y Argentina el ... 12,4%. Pero si levantamos la vista más allá, la cosa se pone peor y se puede observar, *gráficamente*, en el Gráfico 8, con un modestísimo 0,79%. Es cierto que hay capitalismo más chicos que el argentino, muchos, pero la distancia que lo separa de los más grandes es mucho mayor que la que lo separa de los más chicos. Por otro lado, no decimos que sea “el más chico”, sino simplemente que se encuentra lejos de la cúpula.

Un país chico que además llega “tarde” tiene problemas. ¿Adónde llega tarde la Argentina? Al mercado mundial. No porque recién se haya conectado a comienzos del siglo XX o más tarde. No. La Argentina se conectó al mercado mundial desde el momento mismo de su organización (lo que, con el tiempo, iba a ser nuestro país, ya estaba vinculado al mercado mundial naciente cuando todavía era dominado por una potencia feudal, España, y no era, estrictamente hablando, un mercado capitalista). Es más, el nacimiento de la Argentina se vincula con el pasaje de ese mercado mundial dominado por el intercambio mercantil en condiciones feudales, a un mercado mundial capitalista, es decir, con la emergencia de Inglaterra y la revolución industrial. No queremos decir, entonces, que la Argentina era un territorio al margen del mercado mundial, sino que cuando comienza a desarrollar ramas industriales, la acumulación de capital en dichas ramas lleva décadas o incluso, más de un siglo, dominándolas. Por ejemplo: la industria textil se expande aceleradamente en Argentina entre los años '20 y '50. Sin embargo, la industria textil, en el mundo, ya tiene, para esa época, dos siglos, si contamos desde la revolución industrial inglesa, que comienza, *grosso modo*, hacia 1750. La industria automotriz recién se inicia, en nuestro país, en la década

de 1960, cuando, para ese momento, tiene siete décadas de existencia. Y así podríamos seguir. El que llega primero domina mercados, crece en escala y gana competitividad. Para los que vienen atrás, es más difícil, porque ya tienen que arrancar “grandes”, es decir, con una escala muchas veces imposible para un capital chico. Basta con pensar que la facturación anual de un par de empresas automotrices es tan grande como el PBI argentino, para darse cuenta de la magnitud del problema del que hablamos.

Por otra parte, un capitalismo “grande” tiene ganancias “sinérgicas” que potencian su capacidad competitiva. Me explico: un país que tiene una industria siderúrgica competitiva, desarrollada para, por ejemplo, la fabricación de rieles de ferrocarril, puede encarar la fabricación de cualquier cosa que utilice hierro. Por otra parte, si desarrolló ferrocarriles, es porque tiene necesidad de transporte de cargas masivo. Luego, cuando aparezca el motor a explosión, podrá aprovechar el mercado interno que surgirá de la decadencia del ferrocarril en la corta y media distancia. Si vemos este proceso en el conjunto de las ramas productivas, un capitalismo grande va acumulando ventajas competitivas que surgen de la contigüidad y el eslabonamiento de producciones distintas, pero relacionadas aunque sea lateralmente. Estas ventajas lo van elevando de categoría, frente a competidores que no podrán aprovechar ninguna de esas novedades. Esto explica mejor que cualquier otra cosa, por qué la Argentina, con un mercado interno enorme de maquinaria agrícola, no tuvo una industria tal sino hasta muy tarde y, aún entonces, muy limitada y condenada al ámbito local. Mientras tanto, países que no tienen demanda interna suficiente para esa rama, se transformaron en grandes exportadores de cosechadoras, como Japón, Alemania o Suecia. Los dramas que un capitalismo chico genera para las empresas de una rama particular pueden verse en la historia de Istilart, una pionera de la producción de maquinaria agrícola de Tres Arroyos (y creadora de las célebres estufas a leña) que, no pudiendo importar acero, tenía que

“recolectarlo” por el campo pampeano, comprando maquinas viejas en desuso.

La sinergia que se establece en el interior de un capitalismo grande es una fuerza muy poderosa. Piénsese en un elemento clave de la producción, como la energía. En la medida en que toda la economía crece, la demanda global de energía genera condiciones para la producción en gran escala y de diferentes orígenes. Todo ello lleva a un abaratamiento general de un insumo esencial como este, ofreciendo una ventaja competitiva a todas las ramas que lo emplean, en este caso, todas. Igual que en el caso de la maquinaria agrícola, del que hablamos en el párrafo anterior, se podría objetar que esas limitaciones se superan mediante el comercio internacional, es decir, comprando los insumos necesarios. Pero, en el mundo real, depender de insumos importados puede resultar un problema muy grave (piénsese en los problemas de la economía europea en relación a la provisión de gas ruso), amén de que muchos de ellos no pueden importarse, esa importación eleva mucho el costo o absorbe divisas necesarias para otros usos. Hay un elemento más importante en esta cuestión: importar lo que puede producirse localmente, si bien puede generar una ventaja o, al menos, solucionar un problema, traslada la satisfacción de la demanda al trabajo extranjero. Es decir, son otros los que acumularán gracias a nuestra demanda. Esto no significa que hay que alentar sueños disparatados de autarquía, pero es evidente que los países que dominan la acumulación mundial son aquellos que retienen en sus fronteras todas las ramas productivas que pueden y solo relegan las que resultan innecesarias o gravosas para la competitividad general.

Chico y tardío, ¿cómo logró, entonces, desarrollarse el capitalismo argentino como uno de escala media, es decir, que alcanza a desplegar una economía relativamente compleja? Porque hizo trampa. O, mejor dicho, porque posee un *mecanismo de compensación de su atraso relativo*. Ese mecanismo es su carácter *agrario*. La Argentina posee un recurso sobre el cual no puede actuar el capital a menos que se desplace hacia

el país para explotarlo. A diferencia de otro tipo de producción, la de computadoras, por ejemplo, que puede hacerse en cualquier lado, la producción agraria requiere que el capital se instale donde está la tierra. No pueden llevarse la pampa, tienen que venir aquí. Sucede lo mismo con el petróleo y con la minería. El capital tiene que establecerse aquí, invertir, generar empleo y un mercado interno. Eso es lo que explica el surgimiento de buena parte de los países “proveedores de materias primas”, que, de otro modo, no podrían haber desarrollado una sociedad capitalista de ningún tipo, porque el capital tiende a amontonarse donde tiene mayor rentabilidad, es decir, donde una acumulación previa de capital genera condiciones ventajosas para nuevos capitales. Como dijimos recién, un país desarrollado tiene suministro abundante de electricidad, por ejemplo. Luego, instalar industrias electro-intensivas es más rentable allí que en un país donde haya que empezar por desarrollar una fuente de electricidad.

Por el contrario, un país que tenga la posibilidad de dominar una mercancía que no puede producirse (como una porción muy fértil del planeta, por ejemplo) tendrá una base, más o menos endeble o no, de desarrollo capitalista, porque el “inversor” capitalista deberá migrar donde se encuentra ese recurso. Y, dado que nada es gratis, si quiere invertir, deberá pagar el permiso correspondiente al dueño de ese medio de producción. Dicho de otro modo, deberá pagar un alquiler, permitiendo que el dueño de ese medio, en este caso, el terrateniente, reciba una *renta*. Es decir, el “peaje” que cobra el dueño de la tierra para permitir al capitalista invertir en ella. Un país masivamente agrario, tendrá tres fuentes de ingreso: el *salario* a pagar a los obreros (por su participación en la producción); la *ganancia* (por la explotación del capitalista) y la *renta* (por el derecho que el capitalista tiene que pagar para usar ese medio de producción). De esa forma, circularán en el mercado interno los salarios obreros, la ganancia capitalista y la renta del terrateniente y darán vida a un determinado volumen de actividad económica, permitiendo la aparición de actividades necesarias a la producción agraria, desde fabricantes de repuestos,

servicios auxiliares, vivienda, alimentación, transporte, etc., etc. Por poco que esto sea, creará ya la base para un desarrollo capitalista.

Esa base, sin embargo, puede ser muy sólida y dar lugar a un amplio desarrollo de las fuerzas productivas. Ya sea porque es muy extensa (el “oeste” norteamericano) o porque tiene ventajas sobre otras similares. Es el caso de la Argentina, que tiene las mejores tierras del mundo. Cuando algo así sucede, comienza a generarse, a favor del país, un ingreso extraordinario: la renta *diferencial*. Todos los capitalistas que operen en ramas de la producción en la que no se puede fabricar el medio de producción (la tierra, los depósitos minerales, etc.) tienen que pagar el “peaje” que vimos antes, llamado renta a secas (o renta *absoluta*). Pero aquellos capitalistas que quieran operar sobre las mejores tierras, tendrán que pagar un plus (una *diferencia*). Esa diferencia aparecerá cuando el mercado haya ocupado las tierras mejores y deba desplazarse a tierras peores (porque crecerán los costos de transporte, si están más lejos, o porque son menos fértiles, etc.). Aparecerá porque, si la gente tiene que comer y no alcanza con las tierras mejores, tendrá que pagar más para que se pueda producir allí donde los costos son mayores. El precio subirá: si el mercado demanda tanta soja que no alcanza con la soja argentina, habrá que comprar, por ejemplo, en Paraguay y Bolivia. Para que la soja de esos países salga al mercado, tiene que atravesar centenares de kilómetros, amén de que su tierra no es tan fértil como la pampa. Pero los chinos quieren comer carne de cerdo. Al cerdo se lo alimenta con soja (que sirve también para otras cosas, obvio). Si los chinos quieren tener cerdos, comprarán soja a la Argentina. Pero si la producción argentina no alcanza, comprarán a paraguayos y bolivianos, que, por tener mayores costos, venden más caro. Es pagar más caro o no tener suficiente soja. Conclusión: el precio de la soja sube. Pero el costo de la soja en la Argentina sigue siendo el mismo, de modo que el productor de soja argentino ahora, por el mismo costo, va a recibir un precio mayor, una diferencia, la *renta diferencial*. Esa renta diferencial será mayor cuanto más suba el precio, por mayor demanda del mercado. Entiendo que todo esto no

es fácil de asimilar, así que le recomiendo que lea, si quiere, mi libro *Patrones en la ruta*, sobre el conflicto del campo del 2008. Allí se explican estos problemas con detalle. También puede ver mis clases de historia argentina en un link que le dejo al final. Ahora, hay que seguir.

Hablamos de un ingreso extra, que llamamos *renta diferencial*. Ese ingreso puede ser tan grande, que determine toda la historia de un país. Es el caso de la Argentina. Se puede decir, tranquilamente, que la renta diferencial construyó a la Argentina. Y la construyó a un gran nivel, al menos hasta 1930-50, al punto de consagrarla como un país de crecimiento económico desorbitado y de un producto bruto per cápita elevadísimo. Impulsado por la renta diferencial, el capitalismo argentino crece, erige un estado nacional, despliega un enorme espacio físico, lo llena de población llegada de todo el mundo y permite la expansión de una industria, una infraestructura y una cultura envidiable para casi todo el planeta. Por eso los argentinos nos creemos superiores a nuestros vecinos: porque nuestra historia pareció que iba a desembocar en algo parecido a los Estados Unidos. ¿Entonces? ¿Qué pasó?

Una metáfora nos va a ayudar. Imaginemos un padre joven con su pequeño niño de tres años caminando por la playa. El niño se cansa y pide upa. El padre lo sube a sus hombros y sigue caminando, sin mayor dificultad. Supongamos que volvemos a la misma playa una década más tarde y presenciamos la misma escena. El padre, ahora, es un adulto entrado en años, mientras el niño es ya es un adolescente que, sin embargo, no se baja de los hombros de su progenitor. Notaremos que ahora se mueve con mucha más dificultad. Si repetimos la experiencia década tras década, notaremos que el problema se agrava y que, en alguna de esas visitas encontraremos al anciano enterrado en la arena con un adulto fofo y pesado encima, espoleándolo para que realice una tarea imposible. Reemplacemos “padre” por sector agrario e “hijo” por sector no agrario y tendremos una idea clara de lo que ha pasado en la Argentina: el único sector dinámico del país, que garantiza una inserción internacional provechosa,

es ahogado por un sector industrial y de “servicios” que no puede sobrevivir por sí mismo, que solo sobrevive a costa de aprovechar al otro como mecanismo de compensación. Mientras los precios agropecuarios están en alza y atraen mucha renta diferencial y el tamaño de lo que hay que compensar, la economía no agraria, es relativamente pequeño, no hay problemas, el país se expandirá a tasas elevadas, fomentando una economía mercado-internista. Es decir, una economía que sólo vende al exterior vía producción agropecuaria, mientras que la industria se limita al mercado local. Para que esa industria no muera, es necesario “protegerla”, es decir, subsidiarla. Esos subsidios salen del sector agropecuario. Cuando lo que hay que subvencionar es demasiado grande (el PBI no agrario es mucho más grande que el agrario), comienzan los problemas, que se agravarán si el ciclo dominante se caracteriza por precios bajos de materias primas. Eso es lo que comienza a suceder en la Argentina hacia mitad del siglo XX.

¿Hay soluciones a este problema? Sí, que la industria argentina alcance la productividad mundial. Pero como ha llegado tarde y es pequeña, difícilmente puede realizar semejante hazaña, al menos si el esfuerzo se limita al empresario individual. Incluso, cuanto más concentrada y tecnológica sea la rama, hasta el apoyo y la presencia del Estado puede ser inútil. La llamada “industrialización peronista” es un ejemplo de esto último. En consecuencia, la economía propone a la sociedad un dilema: la Argentina puede ser eficiente si liquida buena parte de la economía no rentable; la liquidación de la economía no rentable pone en cuestión la existencia de millones de argentinos. Esta es la matriz de conflicto básico que ha vivido la sociedad argentina desde los años '50 del siglo XX: una economía que crece sobre una base industrial subsidiada, que no puede alcanzar economías de escala suficientes porque opera dentro de un mercado muy reducido, que depende para todos sus insumos, de importaciones crecientes. Dichas importaciones solo pueden ser pagadas con divisas provistas por el único sector exportador, el agropecuario. Luego, toda la economía fluctúa según la evolución de los precios agrarios. Cuando la

soga aprieta mucho, se produce una rebelión de los sectores agrarios, que normalmente lleva, con o sin golpe de Estado, con o sin cambio de gobierno, a una política “liberal”, es decir, que deje “en paz” al campo, que, al volver a crecer, logra un nuevo ciclo de expansión del ingreso de divisas. Mientras tanto, el resto de la economía sufre y protesta, hasta que una nueva política de subsidios recrea la expansión del empleo y el salario no agrarios.

Eso, cuando el precio de los productos agropecuarios se eleva, es decir, cuando hay renta diferencial. Cuando no, como sucedió casi continuamente entre 1950 y 2004, no solo se agudiza la disputa, sino que se buscan sucedáneos a la renta. ¿Por qué? Porque nadie quiere suicidarse: los sectores que pierden con una política pro-campo, las empresas subsidiadas y los obreros que ellos emplean, se resisten a la solución liberal. El vehículo más común para esa resistencia, es el peronismo. Esa resistencia no tiene otra solución que expandir el gasto en el mercado interno, lo que a corto plazo genera una sensación de bienestar, que se acaba cuando caen los precios agropecuarios o el sector agropecuario sufre una punción tan elevada de recursos (las famosas “retenciones”) que se acerca a la quiebra. Porque parece más beneficiosa a corto plazo, la política “peronista” se viste de ropaje popular, tarea facilitada por el simple hecho de que la Argentina es un país agrario pero no lo sabe. Si Cristina Kirchner pudo decir que la soja, que es una maravilla de la tecnología bio-genética para la cual se han gastado en investigación centenares de millones de dólares, es un “yuyo”, es porque la mayoría de la población vive de algo de lo que no tiene conciencia: el campo. Paradójicamente, la gran mayoría, la inmensa mayoría de la población (según se mida, entre el 80 y el 90%) no vive de nada que tenga que ver con la producción agropecuaria. Es la consecuencia de un agro extremadamente productivo y con un nivel tecnológico elevadísimo que hace que muy pocos obreros produzcan una masa de riqueza gigantesca. Para tener una idea de esto, basta con pensar que apenas unos 20.000 obreros levantan toda la cosecha de soja argentina, el principal bien exportable del país.

Como contracara, hay más de un millón de docentes. No es extraño, entonces, que, viviendo en las ciudades y trabajando en actividades completamente desconectadas de la producción agropecuaria, la población argentina no entienda ni perciba los problemas reales del país.

Como dijimos, cuando no hay renta, el problema se hace más agudo. En ese momento, la renta, como mecanismo de compensación, desaparece por completo y la Argentina tiene que reconocer que es mucho más pobre de lo que creía. Mientras existe (“la soja a 600 dólares”) la economía saldrá a flote y los problemas parecerán cosa del pasado, pero, a diferencia de comienzos del siglo XX, no servirá para expandir la acumulación de capital, sino apenas para mantenerla a flote. Por eso, la economía argentina, en su conjunto, desde mitad del siglo pasado, describe un serrucho descendente, porque no crece nada o muy poco, mucho menos que la media mundial y menos incluso que sus vecinos. Dicho de otro modo, el país se achica. Cada crisis la lleva a un escalón más bajo. La recuperación tras la crisis, no la devuelve al punto anterior, sino a lo sumo a uno más bajo, de manera que el país se va, lentamente, hundiendo en la miseria. En momentos en que la renta ya no puede compensar ni siquiera la caída, se buscan, como señalamos más arriba, otros instrumentos para mantener la economía en funcionamiento: la devaluación (para devolver una efímera competitividad a las industrias locales), la inflación (para licuar los salarios y las deudas en pesos del Estado) y el endeudamiento. Por eso, desde mitad del siglo XX, la inflación, la deuda y la devaluación no hacen más que expandirse, dando cuenta de que estamos en un país quebrado. Los gráficos 9 y 10 muestran qué pasa cuando no hay renta: inflación y endeudamiento. La consecuencia de la inflación y el endeudamiento ya lo vimos: empobrecimiento.

Esta configuración social describe una nueva contradicción: los que tienen votos (los sectores no agrarios) son los que no tienen solución económica a mediano y largo plazo (mercadointernismo); los que tienen una solución económica (los sectores agrarios), no la pueden

implementar porque carecen de poder social suficiente para llevarla adelante, en tanto significaría la expulsión y la miseria de la masa de la población (la reprimarización). Así, la Argentina se encuentra en un pantano social que reproduce, amplía y agrava el pantano económico. Su población oscila entre tumbo y tumbo, entre dos falsas soluciones, porque ya debería haber quedado claro que “peronismo” y “liberalismo” son las dos caras de este funcionamiento de la economía y la sociedad argentinas. Esta alternancia oculta la decadencia general, la continuidad de la decadencia bajo todos los gobiernos hasta ahora, provengan del campo ideológico que provengan, sin importar la política económica que lleven adelante.

Para resumir un problema complejo cuya descripción detallada llevaría varios cientos de páginas (y que encaramos en otro libro, *Adiós a la Argentina*), la llave de las dificultades de la sociedad argentina se encuentra en la incapacidad de los sectores no agropecuarios para alcanzar la productividad mundial del trabajo. Si se resolviera esta cuestión, si la industria local pudiera alcanzar los estándares internacionales de productividad, al menos habría resuelto sus problemas *generales*, sería un capitalismo eficiente. Dejemos asentado, sin embargo, que con ser un capitalismo eficiente no alcanza para resolver los problemas de la población, pero eso lo veremos más abajo. Dejemos asentado, también, que no es posible que quienes han gobernado hasta aquí nuestro país, los solucionen. Eso también lo veremos más abajo. Concentrémonos primero en experiencias exitosas de desarrollo económico, es decir, en qué han hecho los que sí pudieron. Eso nos ayudará a comprender lo que viene después. Veamos, entonces, cómo hicieron los campeones.

2. ¿Por qué Corea del Sur?

Vamos a ver, en este apartado, cómo hicieron los países más exitosos del siglo XX, para alcanzar los primeros lugares de la economía mundial, en particular, aquellos que partieron de situaciones de desastre y de atraso histórico. Por eso, nos vamos a concentrar en los países del sudeste asiático, en particular, en Corea del Sur. Adelantemos algunas conclusiones generales y luego vayamos al caso particular. La clave de la industrialización de países como Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur, los llamados, en su momento, “nuevos países industrializados” (o NICs, por sus siglas en inglés) igual que la espectacular recuperación de Japón o el vertiginoso ascenso de China, no tienen nada que ver con ninguna política aplicada en Argentina, ni con el mercado-internismo peronista ni con ninguna variante liberal.

Todos los países que mencionamos, se valieron de una política pro-industrial, sobre todo y en un principio, ligada a la industria ligera, volcada decididamente a la exportación, con una clara dirección y planificación estatal, que privilegió a las grandes empresas por sobre el mundo “pyme”. Una vez alcanzada la capacidad competitiva en esas ramas, la actividad fue progresando hacia la mayor incorporación de tecnología y el avance sobre las ramas más densas en capital. La concentración en el mercado externo las puso en la necesidad de enfrentar el problema sustantivo: la productividad mundial del trabajo. Si bien la planificación implicaba fuertes dosis de protección, la función del proteccionismo exportador era alcanzar las escalas necesarias

para lograr la productividad mundial. Todo este esfuerzo supuso una enorme presión sobre el campo, como fuente de recursos y sobre el mundo “pyme”, dejado a su suerte. Estos países desarrollaron una forma particularmente intensa de “política de campeones”: la suerte del país no se juega en todos los campos ni en todas las empresas; se juega en un número limitado de ellas y en unas ramas específicas de la economía. Todo está enfocado hacia allí, lo que supone un altísimo grado de *concentración económica y estados fuertes*.

Sobre la planificación económica, podemos citar, en nuestra ayuda, a expertos en el tema, que el lector encontrará en los recuadros que ponemos aparte para no sobrecargar demasiado el texto.

Concentrémonos ahora en el tema “Estados fuertes”. Todos estos países pasaron por circunstancias traumáticas que destruyeron el aparato del Estado, que tuvo que ser reconstruido casi desde cero. Japón fue intervenido militarmente por los Estados Unidos y la ocupación no se limitó a decidir cuestiones de orden geopolítico. En realidad, como sucedió con Alemania, el gobierno de McArthur reconstruyó el Estado japonés, inició la recuperación económica y, tras un ataque inicial (otra vez, como sucedió en Alemania), devolvió el poder sobre los negocios a los *zaibatsu*, los grandes clanes familiares que dominaban los conglomerados empresariales más importantes. El Estado japonés reconstruyó la economía a través del MITI, el Ministerio de Industria y Tecnología, con una política caracterizada por la planificación a largo plazo, con un poder de sanción implícita notable. El caso chino es aún más radical, porque al tradicionalmente débil Estado pre-revolucionario y a la descomposición generalizada de un país invadido y dividido por una guerra civil, que pierde, en la Segunda Guerra Mundial, unos quince millones de habitantes, le sucede la extrema centralización organizativa y política del maoísmo. La planificación es, con todas sus deficiencias, lo que define al nuevo Estado revolucionario. Taiwán es, básicamente, la creación de un Estado a partir de los restos de un ejército, el derrotado ejército nacionalista de Chian Kai-shek. Veamos, con más detalle, el caso coreano.

El Estado y el desarrollo chino

“A pesar de la apertura y privatización, el Estado chino controla la propiedad de las empresas en sectores claves: aunque en términos relativos las unidades propiedad directa del Estado son menores (menos del 1% del número total), dominan sectores estratégicos como petróleo, gas, acero, aluminio, seguros, comunicaciones, banca y desarrollo tecnológico. Desde estos consorcios, la burocracia se dio una política de expansión exterior, mediante inversión directa en tecnología, infraestructura y otras. Las reformas redujeron la propiedad del Estado pero no el control, garantizado, por las políticas del buró y el control de la gestión cotidiana. De esta forma, se constituyeron firmas públicas que lograron insertarse en el mercado mundial de manera competitiva: por caso, la petrolera Sinopec (fundada en 1998 en base a la Corporación Petroquímica China), que en 2019 se ubicó en el segundo lugar del ranking de la revista *Fortune* con ingresos netos de más de 414 mil millones de dólares. El gobierno chino seleccionó a las empresas estatales de industrias pilares como ‘campeonas’, y se dedicó a impulsar la productividad y el incremento de la escala y de la dotación tecnológica. Estos conglomerados fueron respaldados por incentivos y facilidades crediticias (donde la banca juega el papel de apoyo estratégico dirigido por el gobierno) para lograr ese salto de magnitud, ya que el Estado chino las considera fundamentales para promover la innovación y recortar la distancia con las potencias de Occidente. (...)

El gobierno también brinda especial atención al desarrollo tecnológico en su disputa con otras potencias industriales. Por ello, el objetivo es brindar condiciones competitivas mediante la capacidad de dirigir recursos. La banca, que se expande con la cotización en bolsas internacionales, cumple un papel de transmisor de las decisiones gubernamentales. A su vez, hay una relación estrecha

entre las firmas que dedican su actividad a la Investigación y Desarrollo (I+D) y el Estado. Compañías por acciones no estatales como Tencent, Alibaba, Huawei o ZTE reciben beneficios por parte del gobierno, y mediante su competencia en el exterior adquieren tecnología que luego transmiten al mercado interno. Así, pueden ser seleccionadas como ‘industria pilar’ si apoyan la estrategia oficial. No son de extrañar, entonces, las acciones de censura de gobiernos como el de los EE.UU., durante los años recientes, tanto contra ZTE como contra Huawei. Asimismo, suele existir una estrecha relación entre los fundadores o los jefes de estos consorcios ‘exitosos’ con los funcionarios de la burocracia estatal.

China tomó el ejemplo de la política económica de Corea del Sur, al establecer un rendimiento mínimo obligatorio para que las compañías accedan a apoyo oficial. El Estado controla los bancos más grandes y con ello la fuente de financiamiento a las industrias. A partir de estos mecanismos, fomenta a los sectores estratégicos. Es decir, a partir de la reforma de la propiedad empresarial, el gobierno asumió una estrategia de ‘campeones’ a la china: fuerte presencia del Estado en sectores estratégicos, coordinados por la tutela de la SASAC (un cuasi ‘Ministerio de Producción’), y grandes empresas vinculadas a insumos básicos (energía) o a la tecnología (telecomunicaciones) favorecidas por la acción estatal, incluso al facilitarles la absorción de competidores locales.”

Damián Bil: “La larga contramarcha”, prólogo a *Desarrollo del capitalismo y lucha de clases en China*, de Minqi Li.

Empecemos por los aspectos físicos. Corea entera, norte y sur, tiene casi el tamaño de la provincia de Chubut (220.000 km² las dos primeras; 224.000, la segunda). En ese reducido espacio se amontonan 76 millones de personas, contra 556.000 en la provincia patagónica. Si superpusiéramos Corea del Norte en el mapa argentino, apenas alcanzaría a tapar a Catamarca y Tucumán juntas (120.000 km², aproximadamente), no obstante contener 25 millones de habitantes en el mismo terreno en el que viven poco más de dos millones de catamarqueños y tucumanos. Corea del sur es casi igual en extensión a la provincia del Chaco: unos 100.000 km² cada una, aunque en la parte sur de la península asiática convivan 51 millones de coreanos, casi 50 veces más población que en la provincia del noreste argentino. A diferencia de la exuberante diversidad climática de la Argentina, en Corea el clima va de templado y húmedo en verano a muy frío, en invierno. Algo así como si uno pudiera subir al Cerro Catedral apenas cruzando la General Paz, porque en toda la península, la nieve se hace presente en los meses más fríos.

Corea ha tenido una larga historia de dominación colonial. Atrapada en una península, de un lado China, del otro, Japón, arriba Rusia. Dominada por los mongoles, sufrió la conquista temprana de Japón, a comienzos del siglo XVI. Después de expulsados los japoneses, fue dominada por el imperio chino bajo la dinastía manchú, hasta el siglo XIX. Con el despliegue del imperialismo japonés, volvió a caer bajo su dominio entre 1910 y 1945. Terminada la Segunda Guerra Mundial, Corea se verá envuelta en una nueva contienda, ahora dirigida por los comunistas, que se hacen fuertes en la frontera con China y hubieran logrado reconquistar casi todo el país, de no ser por la intervención de McArthur y las tropas norteamericanas. La guerra de Corea, precisamente, va a devastar ambas partes del dividido país, y sobre todo en el sur, va a llevar a una completa militarización de la vida social y a la reconstrucción del Estado a partir de dictaduras militares.

El Estado y el desarrollo japonés

“Bajo un sistema de libre empresa, donde el empresario posee un fuerte espíritu de independencia y autonomía, probablemente no es posible lograr este tipo de desarrollo económico a largo plazo, fundado en la orientación por parte del gobierno. Pero en una economía cuyo credo era la ética confuciana, que pensaba siempre en el país y donde las principales empresas eran dirigidas por negociantes con mentalidad de samurái y por consiguiente leales al gobierno, tal tipo de desarrollo era posible, como así se evidenció. En esa clase de economía el mecanismo de los precios apenas desempeñaba un papel importante, y las cuestiones de verdadero interés eran cómo obtener el capital necesario para atender a la demanda del gobierno, a qué industrias dirigir dicha demanda y cuál sería la naturaleza de la demanda generada a su vez por las empresas adjudicatarias de esa demanda gubernamental, todo ello en relación con el principio keynesiano de la demanda efectiva. Las empresas que recibían los favores del gobierno engordaban, produciéndose una situación de oligopolio o monopolio; estas empresas no entraban en luchas competitivas que quizás hubieran mejorado la eficacia económica, aunque utilizaban diferentes recursos de competencia no económica para obtener las contrataciones gubernamentales. El mecanismo del mercado no funcionaba por completo, ni se asignaban los recursos de una manera satisfactoria. Pese a todo ello, realmente el Japón logró establecer en un tiempo bastante corto un gran sector monopolístico y el sector de los *zai-batsu* como núcleo de su economía.

Es decir que el gobierno japonés tenía una parcialidad especial a favor de un grupo limitado de empresas. Con las demás se mostró una dureza inaudita. Pero esta especie de favoritismo era más o menos inevitable, e incluso era un medio racional para que el gobierno pudiese alcanzar sus objetivos. El punto de mira

invariable de los distintos gobiernos, desde la revolución Meiji en adelante, era hacer del Japón un país fuerte con una potencia militar de primera y una industria de primera: un país que no pudiera ser derrotado por las naciones adelantadas de Europa y América. Sólo había dos fórmulas para conseguirlo. La una era seguir adelante con una modernización uniforme de todo el país, sin hacer distinciones. La otra era formar en el mundo industrial japonés unos equipos representativos, elevarlos a la primera división mediante un entrenamiento especial y luego ampliar la plantilla del equipo. Bajo la primera fórmula habría de pasar mucho tiempo antes de que el Japón pudiese contar con empresas de primera categoría, empresas de las que el Japón no tuviese que avergonzarse cuando salieran al mundo; pero con la segunda fórmula se podía crear, en un tiempo bastante breve, el núcleo reducido de un 'sector moderno' y de nivel mundial. Más adelante, el gobierno podría impulsar la modernización en todo el país, mediante sucesivas ampliaciones de dicho núcleo."

Michio Morishima: *¿Por qué ha triunfado el Japón?*

La dinámica entre ambas partes de la península, desde ese momento, va a invertir la relación original, de un norte más urbanizado y desarrollado y un sur más desfavorecido. El PBI per cápita de ambos países era igual en 1950: 854 dólares (de 1990). Veinte años después, todavía era bastante similar (2.167 de Corea del Sur contra 1.954, de Corea del Norte). Cuarenta años después, en 1990, la distancia se había triplicado: 8.704 y 2.814. Para 2008, Corea del Sur era casi 20 veces más grande que su homónima del norte: 20.454 contra 1.122. En 2018 la ONU estimaba que el PBI per cápita de Corea del Sur era 32.000 dólares, aproximadamente, mientras su hermana del norte llegaba a 640.

Tan impresionante como esta comparación local es el desempeño de la economía de Corea del Sur en el mercado mundial: la parte más austral de la península creció al 9,5% promedio entre 1960 y 1979 y al 8,2 las dos décadas siguientes. Dicho de otro modo, tuvo un crecimiento “a tasas chinas” del 9% aproximadamente, a lo largo de cuatro décadas consecutivas. Entre 1998 y 2013, las tasas se redujeron a cifras mucho más bajas, pero que superan todavía el promedio mundial y de los países más avanzados: casi 5% entre el primer año y 2007, y poco más de 3 en los seis restantes. El resultado es fantástico: un país de apenas el tamaño de la provincia de Chaco es capaz de sostener la misma población que la Argentina, con un PBI que ocupa el décimo lugar en el mundo, por delante de Brasil, Rusia, Australia y España, y solo superado por los principales países de Europa, Canadá, China y EE.UU. Calculando el PBI nominal a octubre de 2021, para hacer una Corea habría que juntar cuatro Argentinas: casi 2 billones de dólares contra 500 mil millones.

El país no alcanzó estos resultados con industria “liviana”, aunque empezó por allí. Corea tiene este lugar porque su desarrollo progresó a lo largo de las líneas tecnológicas más elevadas. En la producción de celulares inteligentes, lidera la producción mundial con Samsung, por encima de Apple y Huawei, la misma empresa que pelea entre los grandes en monitores, televisores led, etc. Samsung también es la

segunda productora mundial de chips. La tercera empresa en ese ranking también es coreana: SK Hynix, de SK Group. Arriba de ambas, solo Intel. No es extraña esta presencia importante en ese segmento, porque Corea es el segundo productor de semiconductores, solo por detrás de Taiwán. No muy atrás de Samsung se ubica LG, una de las mayores productoras mundiales de electrónica. Ambas dominan el mercado de televisores led, con una participación de mercado del 33%, por encima de las más tradicionales japonesas como Toshiba, Sharp, Panasonic o Sony, o las nuevas empresas chinas como TLC o Hisense. Kia y Hyundai se encuentran entre las 15 fabricantes de autos más importantes del mundo (novena y decimotercera respectivamente), aunque hay que destacar que las dos empresas son propiedad de Hyundai, lo que ubica al conglomerado bastante más arriba. La flota comercial coreana es la novena del mundo, con un tamaño equivalente a la mitad de la flota naval de China y Japón. Hyundai es la novena empresa en líneas de contenedores del mundo. Corea es el segundo constructor naval del mundo, por detrás solo de China. Es el quinto productor mundial de autos, por detrás de China, Japón, Alemania e India, y por delante de EE.UU., Francia, España, Rusia y Brasil. Posco, una de las empresas coreanas más grandes, es el cuarto productor mundial de acero.

El lector habrá notado que hemos hecho alusión a unas pocas empresas. Es que la concentración industrial en Corea es muy elevada: un puñado de *chaebols* domina una gran cantidad de ramas de la economía. Un *chaebol* (la pronunciación coreana de “zaibatzu”) es una empresa o conglomerado empresarial de base familiar. En la actualidad, después de la crisis de 1998, que afectó fuertemente al país y determinó la quiebra de Daewo y la división de Hyundai, el chaebol más poderoso es Samsung, seguida por LG Group y la heredera de Hyundai, Hyundai Motor Group. Otros importantes son SK, Posco y Hyundai Heavy Industries. Los *chaebol* nacieron con la Corea de posguerra, en vinculación directa con el gobierno de Park Chung-Hee. Se trata de una nueva burguesía íntimamente ligada al Estado, que

las favorece con políticas proteccionistas, estímulos fiscales y, sobre todo, una regimentación profunda de la fuerza de trabajo.

En términos de política económica, no se trata de un proteccionismo generalizado, sino de una política destinada a un puñado de empresas cuya función es desarrollar la economía nacional privilegiando la exportación. El despegue coreano se produce después de la guerra que dividió el país, pero no inmediatamente. En realidad, la estrategia exportadora debe esperar hasta mitad de los '60. El "milagro" coreano se asocia a una dictadura militar, la de Park Chung-Hee, que derroca al presidente que maneja el país desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, Syngman Rhee. Park va a conducir el país con mano de hierro, desde 1961 a 1979. Su asesinato no da por terminada la dictadura, en tanto poco después asume Chun Doo-huang, que gobierna hasta 1988. Recién allí llega a Corea algo parecido a la democracia burguesa como la que impera en Argentina, con el ascenso de Roh Tae-woo, que concede elecciones libres en medio de fuertes protestas sociales. La etapa de mayor crecimiento económico de Corea del Sur se corresponde, entonces, con una férrea dictadura militar. El "milagro" y la dictadura van, por lo tanto, de la mano.

Esta presencia de un Estado poderoso de cara a las masas, no debe hacer olvidar que ese mismo Estado lo es de cara a la propia burguesía. La primera tarea del Estado coreano es la regimentación de la burguesía. Esa regimentación fue selectiva y particularmente brutal. Recordemos que la primera estrategia económica de Corea no fue otra que el mercado-internismo sustitutivo de importaciones, dominante durante el régimen de Syngman Rhee. La llegada de Park va a dar inicio a la destrucción de esa burguesía y la construcción de otra. Como señala Bruce Cumming, los empresarios fueron forzados a adoptar una estrategia exportadora, que pronto se transformó en una especie de religión de Estado, al punto de celebrarse el "Día de la Exportación", una fiesta en la que el propio presidente entregaba la "Pagoda Industrial de Oro" al mejor exportador de la nación.

Otro elemento central de la política económica coreana, es la planificación. Park inauguró la era de los “planes quinquenales” surcoreanos, tomados de Corea del Norte y de su propia experiencia durante la ocupación japonesa de Manchuria. Dichos planes se llevaron adelante desde la Junta de Planificación Económica, un remedo del MITI japonés, y se extendieron entre 1963 en adelante. El modelo resultante es, como lo describe otra vez Cummings, de un intervencionismo estatal apabullante (ver recuadro).

Para terminar este apartado, vamos a señalar algunas cuestiones a tener en cuenta a la hora de mirar el “milagro coreano”, sobre todo, aquellas con las que, dudosamente, un gobierno socialista pueda contar y que resultaron imprescindibles para la experiencia de Corea del Sur. Porque, si algo se podría resumir dicha experiencia, es que de milagrosa no tiene nada. En efecto, si se tienen en cuenta las ventajas que enumeraremos a continuación, irrepetibles y, por sobre todas las cosas, imposibles de pensar para una perspectiva socialista en el mundo actual, el verdadero milagro hubiera sido que, con todo lo que tuvo a su favor, Corea no despegara. Hagamos la lista:

1. Corea del Sur es hija de la Guerra Fría, en el borde más caliente de la confrontación, al punto que sus consecuencias todavía hoy dominan la vida política de la península. Esta situación, muy parecida en un aspecto a la experiencia de Japón, Taiwán, Alemania Federal, Finlandia y, en general, el mundo escandinavo, hace al país merecedor de un trato preferencial por la principal potencia militar y económica del mundo. Como señala Pablo Bustelo, Corea del Sur fue, hasta los años '80, el país más “asistido” del mundo, financieramente hablando, por los EEUU. Pero el asunto no acaba allí: Corea, igual que Japón, formaron parte del esfuerzo militar norteamericano en la región, sobre todo, de sus beneficios económicos. Ambos países fueron proveedores privilegiados de los gastos militares norteamericanos en la región, tanto en la Guerra de Corea, como en Vietnam. Tampoco éste es el límite de las “bondades” de la Guerra Fría para

El Estado y el desarrollo coreano

“Pero una década antes Park Chung Hee ya había mostrado cómo romper estos lazos [se refiere a los intereses ligados al mercado interno]. La Junta Militar detuvo a los hombres de negocios ligados a la sustitución de importaciones que habían engordado bajo el Gobierno de Syngman Rhee y los obligó a marchar por las calles, a la manera de la Revolución Cultural china, con sombreros de burro y carteles tipo sándwich que decían ‘soy un cerdo corrupto’, ‘me comí al pueblo’, y otras jugosas frases por el estilo.

La Junta había acusado en poco tiempo a un extenso grupo de ‘explotadores ilegales’, compuesto por aquellos que habían hecho grandes fortunas por cortesía de Syngman Rhee. Su jefe era Yi Pyong-ch’ol, presidente de Samsung. Convertido en el líder de los cerdos -hombres de negocio devoradores del pueblo-, acudió ante el general Park y le sugirió que, en vez de trabajar cerca del Gobierno a fin de abalanzarse sobre las propiedades japonesas, como en el pasado, los hombres de negocios debían ser animados a buscar capital extranjero para movilizar la economía. Samsung, Goldstar y otra serie de empresas ya habían comenzado a saturar el pequeño mercado interno de Corea: ¿por qué no intentar ver si tenían éxito en la exportación? Park no era un revolucionario, a pesar de lo que pensaban algunos estadounidenses. Escuchó lo que Yi Pyong-ch’ol tenía para decir, y pronto convocó a diez grandes líderes industriales (entre ellos al propio Yi) para hacer con ellos un trato: no los encarcelaría, a cambio de que hicieran bien sus ‘tareas’; debían invertir en nuevas industrias, donando ‘participaciones’ al Gobierno en estas inversiones. Las nuevas industrias debían aprender además a vender en los mercados internacionales. (...)

He aquí el trato: yo hago los arreglos para que un banco, digamos de Japón, te preste 10 millones de dólares a tasas de interés

más bajas que las del mercado para que hagas televisores blanco y negro de 12 pulgadas, y te cubro la garantía del préstamo. Te daré una propiedad en nuestra zona libre de exportación, construiré el camino hasta tu planta, te daré combustible y electricidad a precios preferenciales, y pondré a tu disposición cemento estadounidense sobrante para tus instalaciones. Te conseguiré una empresa extranjera con mercados establecidos, saber tecnológico y canales de distribución, que venderá tus televisores por todo Estados Unidos, hasta en los almacenes. Te garantizaré una oferta fija de trabajo educado y disciplinado a un precio establecido (también muy por debajo del precio de mercado), la prohibición de los sindicatos, y enviaré al Ejército ante cualquier combinación peligrosa que emerja en tu lugar de trabajo. Decidiré cuántos competidores vas a tener, te daré objetivos anuales de producción (y bonificaciones en caso de excederlos) y me aseguraré de que haya espacio suficiente para que todos crezcan (esto para no mencionar que tú eres el hermano de mi esposa, por ejemplo). Si este sistema funcionaba de manera intermitente durante los '60, funcionó como un reloj en los '70, convirtiéndose en la esencia del 'modelo coreano'."

Bruce Cumings: *El lugar de Corea en el sol.*

la economía coreana: el propio mercado interno norteamericano se abre a las exportaciones coreanas. Dicho de otro modo, además de no tener que pagar sus gastos de defensa, la Guerra Fría le permite a Corea disfrutar de mercados (cercanos y lejanos) abiertos, y de generosa asistencia financiera.

2. La fuerza de trabajo ocupa un lugar muy relevante en éxito “a la coreana”. Lo primero que hay que decir es que, igual que casi todos los países asiáticos, Corea ha disfrutado de una mano de obra muy barata, en términos internacionales, muy abundante y muy disciplinada. Muy barata: las tasas de explotación en Corea del Sur, sobre todo en los inicios del proceso, son espeluznantes. Remitimos al lector al párrafo de Cummings que acompaña estas páginas. Agregamos aquí que el salario promedio de un obrero coreano era apenas el 10% del de su par norteamericano. Muy abundante: se trata de campesinos que emigran a las ciudades como resultado del aumento de la productividad provocada por la reforma agraria de posguerra. Recordemos que al momento de inicio del “milagro”, la población rural del país, alcanzaba al 72%, mayor incluso que el de Corea del Norte (60%). Para tener una idea de la brutal transformación que vive la estructura social del país, basta con mirar los mismos porcentajes medio siglo después: en 2013, apenas el 18% de la población surcoreana vivía en el campo (contra 39% de su vecino). Abundante, entonces, para los cánones de la época y para el tamaño de la economía coreana de aquel momento, que luego se ha ido beneficiando no solo de la migración de coreanos del norte, sino también de emigrantes de otros países de la región (vietnamitas, indonesios, chinos, etc.). Muy disciplinada: este proceso de migración, que genera una tendencia a la saturación del mercado laboral y, por lo tanto, presiona contra la organización sindical, se suma a la extrema represión política del país, que no solo es una dictadura militar, sino una dictadura militar en situación de guerra permanente.

3. La debilidad de la burguesía es otra ventaja importante para el planificador. Permite establecer la primacía de la lógica global del capital nacional frente a la lógica del capital individual. Se trata, la burguesía coreana, de una clase débil en términos de la escasa magnitud de su capital y muy dependiente de un Estado que es fuerte por su situación de dictadura militar en guerra, a su vez, dependiente de otro Estado, que actúa como validador del Estado nacional, los EEUU. Esa dependencia de la burguesía respecto del Estado se asienta, sobre todo, en el mercado internismo, pero también en el papel central del gobierno a la hora de asignar contratos obtenidos por concesiones políticas de la potencia dominante. Esto explica la subordinación humillante que hemos mostrado.

4. La debilidad del capital asiático es otro elemento a destacar. Salvo Japón, destruido por la guerra, no hay potencia económica alguna en el lejano oriente que implique una competencia desleal, estilo David y Goliath. Cierto es que esa mayor acumulación de capital existe en el resto del mundo, pero ya hemos señalado que se encuentra anulada precisamente por las condiciones geopolíticas particulares en las que opera el capital coreano.

Si sumamos todas estas condiciones, podremos entender por qué afirmamos que el verdadero “milagro” coreano hubiera sido que Corea no despegara: con capital barato regalado al país, con mercados abiertos, con mano de obra barata, abundante y disciplinada, con una burguesía obligada a aceptar la planificación general y un espacio geográfico donde no imperan grandes capitales, cualquiera produce un “milagro”.

Estas condiciones no solo no van a estar presentes en nuestro país, sino que desde una política socialista, difícilmente podamos contar con ellas. Las que no van a estar: la Argentina es un país escaso en población que todavía disfruta de niveles salariales elevados en términos internacionales, que se enfrenta a vecinos cercanos y lejanos

donde la acumulación de capital alcanza un punto muy elevado, y con una burguesía poderosa, con amplia experiencia política, que domina el Estado, actúa como un freno a cualquier proceso de racionalización económica y rechaza cualquier intento de planificación general. Las que no podremos aceptar por la política socialista que queremos desplegar: la Argentina, más que probablemente, se encuentre con la hostilidad de las potencias capitalistas, más que con su aquiescencia, amén de que queremos alcanzar la productividad coreana sin apelar a la destrucción de dos o tres generaciones de argentinos, sacrificados en el altar de la racionalización para alcanzar el nivel de eficiencia buscado. Dicho de otro modo, el socialismo desarrollista argentino necesitará apelar a otros elementos para desplegar su potencia. Antes de abordar esas cuestiones, veamos hacia dónde queremos ir, para que se pueda mensurar si el esfuerzo que vamos a exigir vale la recompensa.

3.

El paraíso en la tierra

Por lo general, el llamado “modelo escandinavo” o “nórdico” suele prestarse a confusión, en particular, ahora que los “libertarios” pretenden que tales experiencias encajen en su perspectiva histórica y su lectura del presente. En efecto, como se sabe, cualquier forma de intervencionismo es caracterizado por el mundo “ultra” liberal como “socialismo”, al mismo tiempo que pretende que el socialismo solo puede terminar en dictaduras sangrientas y económicamente ineficientes. Obviamente, el caso que examinamos ahora no encaja, se lo mire por dónde se lo mire, en dicha perspectiva: muy eficiente económicamente hablando, “socializante” (desde el punto de vista “libertario”) por sus instituciones relacionadas con la seguridad social, democráticos en grado sumo para cualquier criterio “occidental” de democracia política.

Para poder explicar esta “anomalía” los liberales suelen reconstruir la historia del “estado de bienestar” de modo amañado: resulta que Suecia, por ejemplo, habría construido una gran sociedad avanzada a partir de políticas liberales, que luego el socialismo habría arruinado. Desde los años '90 del siglo XX, el retorno de los liberales al poder explicaría la recuperación de la economía sueca. Resulta claro que es una reconstrucción caprichosa: pretender que un sistema es “arruinado” a lo largo de más de 60 años, es, por lo menos extraño, habida cuenta de que ese daño no podría ser tan importante como para tardar tanto en destruir lo construido de modo tan virtuoso. Al mismo

Suecia no es un país socialista y los mismos “socialistas” suecos no lo son

“Durante casi cincuenta años se esperó el poder. Tranquilidad y orden, decían los dirigentes. Se construyeron las organizaciones. Los congresos adoptaron resoluciones. Se planteaban mociones y eran aceptadas. Tranquilidad, más tranquilidad. Se tenían círculos de estudio y se creaban movimientos populares y existían las cooperativas y el movimiento sindical, y cuando llegó el día... [...]”

Entonces, se llegó al poder. Ahora sí que iba a pasar algo gordo. Desde que algo gordo iba a pasar, más de dos generaciones de ministros del movimiento obrero han cogido ya su jubilación. [...] Tranquilidad, más tranquilidad.

¡Caramba! Han pasado cosas serias. El capital se ha fortalecido. El cooperativismo ha muerto en tanto que movimiento popular para resucitar como gran consorcio. Los periódicos del movimiento obrero han dejado de salir, su editora de libros ha sido cerrada y los agitadores han sido excluidos... Tranquilidad, sólo tranquilidad. [...]

En las tribunas están los viejos luchadores. Exhortan al pueblo a mantener la tranquilidad y la disciplina. Suecia se ha convertido en un Estado del Bienestar. Suecia se ha convertido exactamente en lo mismo que cualquier otro país capitalista altamente desarrollado. [...]

Pero no se fundó para esto en 1889 el Partido Socialdemócrata. No trabajó la gente para esto [...] un año y otro por todo el país para poner en pie un movimiento obrero lo suficientemente fuerte como para ser capaz de transformar la sociedad. A los dirigentes se les otorgó una vez su poder para crear una sociedad nueva y mejor. No para asegurarle a la burguesía un capitalismo más rentable.

Sin embargo, cuando los dirigentes recibieron su poder, cerraron con los burgueses un pacto: si a los trabajadores se les

garantizaban más bienes de consumo, los dirigentes dejarían de tomarse demasiado al pie de la letra eso del socialismo y de la dignidad del hombre.”

Jan Myrdal, citado en del Rosal Crespo, Mario: *El capitalismo sueco y los límites del socialismo reformista: una crítica marxista del modelo de Rhen-Meidner (1932-1983)*.

tiempo, basta con ver los datos del desempeño económico de Suecia durante esa etapa, como para darse cuenta de que distan de ser un fracaso que habría arruinado una política virtuosa. Por otra parte, la degradación de las condiciones de vida sueca desde el retorno de los liberales, a fines del siglo XX, es un hecho constatable, de modo que una performance económica mejor no necesariamente reproduce el “milagro” social del período socialdemócrata. Por el contrario, la irrupción del “neoliberalismo” en Suecia significó la decadencia del igualitarismo y el ascenso de todos los males que caracterizan a las sociedades donde se impone el más crudo individualismo mercantil (vea, querido lector/a, el recuadro de Goran Therborn y, si tiene ganas, léase *El lado oscuro de Suecia*, colección de relatos de autores suecos famosos, o si tiene más ganas, encárese con las novelas de Stieg Larsson y Henning Mankell). Por último, si algo caracteriza a la socialdemocracia sueca es que ha sido ella misma la impulsora de las medidas que han destruido el “estado de bienestar”. Suecia no ha necesitado de “libertarios” para transformarse en un paradigma liberal, tanto por el manejo de la economía como por sus resultados sociales.

En efecto, la socialdemocracia sueca, que gobernó el país en forma casi ininterrumpida desde 1930 hasta los años '80, no puede ser acusada de ineficiente en términos económicos. Sucede que los liberales confunden un tipo de sociedad (el capitalismo) con una ideología (el liberalismo). No se les ocurre que el capitalismo puede ser gobernado por diferentes políticas económicas y manejado a partir de diferentes ideologías (keynesianismo, fascismo, liberalismo, etc.). Cuando observamos el caso sueco, al que vamos a privilegiar aquí, lo primero que hay que aclarar es que no se trata de una *sociedad* socialista. Suecia es una sociedad donde domina la propiedad privada de los medios de producción, es decir, es una sociedad capitalista. Una sociedad capitalista gobernada (hasta los años '70, que es el período que nos interesa) por una ideología reformista y una política

Suecia hoy

La década de 1980 fue testigo del avance internacional de la teoría económica neoliberal. En ese marco, un grupo de economistas del SAP (Partido Socialdemócrata Sueco) organizó un seminario para estudiar las nuevas ideas de Chicago que consiguió llegar a los oídos del ministro de Finanzas, Kjell-Olof Feldt, y del gobernador del Banco Central. La mercantilización y el control de la inflación se convirtieron en las nuevas prioridades de la política socialdemócrata. En 1985, este grupo impuso la liberalización de los mercados de crédito y de capitales en Suecia. Feldt contó que, cuando le presentó la propuesta a Olof Palme, el primer ministro respondió: “Hagan lo que quieran. De todas formas, yo no entiendo nada”. Estas decisiones, junto con la reorganización de la Bolsa de Estocolmo, durante mucho tiempo adormecida, abrieron las compuertas al capital financiero especulativo, tanto nacional como extranjero. Esto generó a su vez, en 1991, una crisis financiera de origen interno, que puso fin al pleno empleo en Suecia, redujo el PIB en un 4% y les costó a los contribuyentes otro 4% del PIB para rescatar a los bancos.

El SAP tuvo la suerte de que entre 1991 y 1994 estuviera en el poder una coalición “burguesa” –liderada por Carl Bildt, un partidario convencido de la Guerra Fría, del Partido Moderado–, que tuvo que enfrentar las consecuencias de este estallido de la burbuja financiera. Fue una tarea que la coalición desempeñó muy mal, lo que permitió la vuelta de la socialdemocracia al poder en 1994, con 45% de los votos. Los socialdemócratas consiguieron volver a estabilizar la economía y liberar al país de su dependencia de los banqueros neoyorquinos. Fue un logro a corto plazo, sin embargo, conseguido con duras medidas de austeridad, y no incluyó un replanteamiento de la privatización, la mercantilización o la ‘nueva gestión pública’ –que utiliza las prácticas de las grandes empresas

en los servicios públicos- y, mucho menos, preocupación igualitaria alguna. Las coaliciones burguesas y las lideradas por el SAP, que se han alternado en el poder desde 1991, han actuado, por el contrario, como corredoras de relevos en la promoción de la desigualdad y la especulación. Juntas han eliminado los impuestos a la herencia y sobre el patrimonio y los bienes inmuebles, han hecho que los rendimientos del capital tributen menos que los ingresos del trabajo y han restringido la escala de las prestaciones sociales, además de endurecer el acceso a ellas. Hace dos años, la revista *Forbes* declaraba que “Suecia encabeza la lista de los mejores países para hacer negocios en 2017”, aunque se trataba de un país gobernado por socialdemócratas.

La desigualdad económica se ha disparado. La tasa de ingreso disponible ha aumentado 60% desde 1980 -de un coeficiente de Gini de 0,20 a 0,32 en 2013-, lo que devolvió la distribución de ingresos del país al nivel de la década de 1940 o quizá finales de la de 1930. Dos tercios de ese aumento pueden atribuirse a las decisiones políticas referentes a los impuestos y a las transferencias sociales, y solo un tercio a una distribución más desigual de la renta familiar bruta. La actual distribución de la renta en Suecia guarda cierta semejanza con la inglesa de 1688. El 0,1% más rico tiene en promedio una renta disponible, después de impuestos y transferencias, 38 veces superior a la del asalariado medio. En el momento de la Revolución Gloriosa, los *Temporal Lords* de Inglaterra tenían una renta 30 veces mayor que la de los mercaderes y comerciantes urbanos de clase media. La distribución de la riqueza ha empeorado aún más, lo que dio como resultado el patrón más desigual de Europa occidental, a la par de los de Brasil, Sudáfrica o Estados Unidos. En 2002, el 1% más rico de Suecia era propietario de 18% de la riqueza de los hogares; en 2017, ese porcentaje había subido a 42%.

Otras desigualdades están también profundizándose. La Autoridad Nacional de Educación (Skolverket) ha concluido que una cuarta parte de las calificaciones de los estudiantes puede atribuirse ahora a la clase social de los padres, frente a 16% en 1998. La brecha en la esperanza de vida a los 30 años entre grupos de distinto nivel educativo ha aumentado, desde 2000, en dos años para las mujeres y uno para los hombres; llega hasta seis años menos de vida para los menos educados si se tienen en cuenta ambos sexos, en comparación con los muy educados. La desigualdad de género es una excepción y no ha aumentado. Las mejoras de 1968 y el movimiento feminista no han retrocedido y siguen repercutiendo en un país profundamente laicizado y sin una derecha religiosa significativa. Esto no significa que Suecia esté libre de dominación masculina y machismo: al contrario, el movimiento internacional MeToo, cuando llegó a Suecia, se convirtió en una serie de protestas colectivas en todo el país contra el acoso sexual, lideradas por las profesionales, entre ellas policías, académicas, médicas, abogadas y banqueras.

Göran Therborn: “¿El fin del sueño socialdemócrata en Suecia?”

económica keynesiana, cuyo resultado sobresaliente es eso que suele llamarse “Estado de bienestar”. Este último fenómeno es el que queremos examinar.

El “modelo” sueco

El punto de partida de Suecia es básicamente minería, en especial, hierro y cobre. Desde muy temprano, su economía se estructura en torno a ese sector. El mundo “escandinavo” (Noruega, Dinamarca, Suecia) o “nórdico” (los mismos más Finlandia e Islandia), junto con los países “bálticos” (Estonia, Letonia, Lituania) y todo lo que desemboca de alguna manera en el Mar Báltico (Rusia, Prusia/Alemania, Polonia, Holanda), giró siempre en torno al dominio de esa especie de lago interior. Ese dominio estuvo siempre en disputa desde fines de la Edad Media, una disputa que solo comenzó a cerrarse en la medida que el feudalismo dominante en la zona, caracterizado por su fragmentación, fue concentrándose en los nuevos estados absolutistas. En ese proceso, Suecia tuvo su momento de “gran potencia” hacia la Guerra de los Treinta Años (1618-1638), en que llegó a dominar la zona. Con posterioridad, la expansión del Imperio Ruso y el despliegue de Prusia, más la siempre importante presencia de Dinamarca, limitó su influencia. Lo que impidió que se transformara en una potencia regional de alcance europeo fue su limitada base económica. Para esta época, Suecia es un espacio mucho menor al actual (el sur está en manos de Dinamarca) y asentado en una agricultura muy primitiva, condicionada por la limitación de la tierra y el clima. Es el comienzo de la explotación minera lo que permite instalar un Estado feudal sueco y desplegar una actividad política a escala europea. Sin embargo, lo que también caracteriza a esa nueva base económica, es su limitada capacidad para permitirle a Suecia un papel mayor.

Desde esa base, que nunca abandonaría, a lo largo del siglo XX, Suecia va a desarrollar una economía más compleja, apoyada

en grandes empresas exportadoras, con una notable capacidad de innovación tecnológica: Volvo, Ericsson, Ikea, Electrolux, H&M, Husqvarna, Saab, SAS, Sandvik, Tetra Pak, etc. En el último tiempo, también se ha desarrollado en el campo de la industria de juegos (Mojang, la creadora de Minecraft) y de la música (Spotify).

Buena parte de este desarrollo se produjo bajo lo que se conoce como “modelo sueco”, que va a desplegarse a fines de los años '20 y comienzos de los '30 del siglo XX. En efecto, tras la etapa de desarrollo inicial, bajo una política liberal, Suecia va a entrar en un período de turbulencias propio de la posguerra, la que sigue a la Primera Guerra Mundial. El desarrollo de la clase obrera, no solo a nivel nacional, sino sobre todo en la URSS, pone límites estrictos al desarrollo sueco. Cualquier plan económico debe contar con el hecho de que, a muy pocos kilómetros, apenas cruzando el mar Báltico, se encuentra San Petersburgo o, peor aún, Leningrado... El plan diseñado, denominado por la posteridad como “modelo Rehn-Meidner” (por sus promotores, dos economistas ligados a los sindicatos, Gösta Rehn y Rudolf Meidner) partió de este condicionante político. El Partido Socialdemócrata Sueco, entonces, resultó ser el vehículo ideal de esta nueva política que podría caracterizarse como “keynesianismo de izquierda”. De ningún modo era un plan para poner en marcha una sociedad socialista:

“El interés de los capitales dominantes en el modelo Rehn-Meidner radicó en que esta estrategia pretendía fundamentalmente maximizar la productividad, fomentar un adecuado ritmo de explotación y acumulación, mantener controlado el coste laboral unitario y los precios mediante la contención salarial, y estimular, a través de estos mecanismos, la competitividad de la economía sueca y, en especial, de las compañías exportadoras. Además, este modelo fomentaba la creación de una mayor oferta de fuerza de trabajo cualificada, lo que permitiría paliar el déficit de este tipo de mano de obra en los procesos productivos de los capitales dominantes. Y, obviamente, abriría las puertas a procesos de centralización y

concentración del capital más rápidos de lo que la dinámica mercantil produciría por sí misma.”¹

En un par de generaciones, un país básicamente agrario alcanzó un nivel de desarrollo elevado, sobre todo teniendo en cuenta el punto de partida: semiperiférico, pobre, tardío, además combinado con un enorme esfuerzo reformista. Este “modelo” va a tener un límite en la competencia de nuevos participantes en el mercado mundial en las ramas en que la industria sueca se había hecho fuerte, centralmente, el hierro, el acero, la construcción naval, la madera y la industria automovilística. Pero también, por la competencia desleal de los salarios del sudeste asiático, no solo por la presión interna, sino por la emigración de los propios capitales suecos.

El “modelo”, que dominaría la política sueca hasta los años ’80, tuvo un notable éxito. Según el mismo autor,

“permitió alcanzar altas tasas de empleo y de actividad, en especial, entre las mujeres, al mismo tiempo que lograba una notable reducción de las desigualdades distributivas dentro de la clase trabajadora y una época históricamente larga de casi absoluta paz social. Entre los factores que hicieron posible esta situación destacan cuatro: el elevado ritmo de aumento de la productividad, la competitividad y la acumulación del capitalismo sueco; un crecimiento masivo del empleo público, sobre todo, femenino y a tiempo parcial; una política activa de empleo muy ambiciosa que impuso procesos de movilidad geográfica y funcional a los asalariados con notables perjuicios sociales para amplios segmentos de la clase trabajadora; y la institucionalización total del movimiento obrero, que se vio sometido a una innegable centralización burocratizada por parte de la LO [la central sindical] que impedía cualquier disidencia o desacuerdo con los resultados de la negociación colectiva.”

¹del Rosal Crespo: Mario: *El capitalismo sueco y los límites del socialismo reformista: una crítica marxista del modelo de Rhen-Meidner (1932-1983)*, Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2015.

La subordinación del trabajo al capital es completa y voluntaria, en Suecia, desde los Acuerdos de Saltsjöbaden, de 1938. Estos acuerdos organizan la vida social sueca, estableciendo, mediante un pacto entre privados (empresarios y sindicatos), la negociación colectiva, el reconocimiento del capitalismo como sistema económico y el compromiso obrero en el desarrollo de la eficiencia y la competitividad a partir del aumento sistemático de la productividad. El artículo 32 del acuerdo establece claramente que es potestad del capital todo lo concerniente al manejo de la fuerza de trabajo (contratación, despido, dirección, etc.). El horizonte común entre obreros y patronos es el desarrollo común dentro de relaciones capitalistas, privilegiando la exportación como objetivo central de la economía. Consecuentemente, nunca Suecia tuvo un predominio de la propiedad estatal, ni siquiera cuando la crisis económica la obligó a salvar empresas de la quiebra. Como señala un analista, “el Estado sueco nunca ha sido propietario más que de algunas industrias y servicios públicos nada distintos de los de cualquier otro país capitalista europeo con gobiernos mucho más liberales o conservadores”.

En realidad, Suecia es una sociedad capitalista con un grado elevado de acuerdos institucionales, lo que se llamó el “*funktionsocialism*”, una estrategia de planificación indirecta para garantizar niveles elevados de producción y de distribución de ingresos. Como el principal teórico del socialismo sueco, Ernst Wigforss, lo explicó, la propiedad estatal solo es necesaria cuando la empresa privada es incapaz de desarrollarse en la rama en forma óptima. Con la planificación alcanzaba para garantizar el funcionamiento adecuado de la economía, y no necesitaba combatir la propiedad privada.

Suecia no es la primera economía pequeña en lograr un desarrollo económico importante. Pero lo que caracteriza a la experiencia sueca es un desarrollo económico acompañado de un ambicioso desarrollo social, compatible con una sociedad capitalista. En este sentido, el elemento más importante es la política de pleno empleo, concentrada en dos organismos especializados: la Oficina Nacional de Empleo y

la Administración Nacional del Mercado de Trabajo. Al menos hasta los años '70, la economía sueca gozó de plena ocupación. Un segundo elemento significativo del “modelo” sueco, es la disminución de las diferencias salariales, entre asalariados en general, y entre varones y mujeres en particular: “Considerando el mercado laboral en conjunto, la proporción que el salario medio femenino representa respecto al masculino ha subido desde el 70,4% en 1960 hasta el 85,6% en 1980, la más alta del mundo capitalista de la época.” Las mujeres también podían optar por el trabajo a tiempo parcial, que permitía acceder al sistema jubilatorio y gozaban, junto con su pareja, de las “prestaciones parentales”, es decir, los subsidios que compensan las pérdidas de ingresos salariales debidas al nacimiento de los hijos. Los padres tenían hasta 450 días de permiso parental por hijo hasta los 8 años, pudiendo la madre empezar a hacer uso de la licencia seis semanas antes del nacimiento. Estos 450 días se podían distribuir entre los cónyuges, a elección. Esto se acompañaba con una pensión de 640 coronas mensuales (unos 10.000\$ argentinos) por cada hijo menor de 16 años.

Por otra parte, el modelo incluyó también una pensión básica nacional para todo el mundo, vacaciones obligatorias para todos (que llegó a ser de 5 semanas, hacia los años '70), jornada semanal de 40 horas, 9 años de educación básica obligatoria, seguro de accidentes laborales, subsidios para vivienda, subsidios a la salud (tratamiento gratuito en los hospitales públicos, odontología gratis para los niños y subsidiada para los adultos, subsidios en remedios, remedios gratuitos para enfermedades complejas, derecho al aborto, clínicas maternas para cuidado pre-natal, compensaciones a los salarios perdidos por enfermedad), a los gastos familiares (subsidios a los matrimonios con hijos, 12 meses de licencia para cuidar a los hijos hasta el primer año de escuela, subsidio para cuidado de los chicos en casa o en guardería pública), al desempleo (subsidio al desempleo equivalente al 80% de los ingresos previos), a la jubilación (subsidios a diferentes tipos de situaciones, pensiones para huérfanos, para parientes supervivientes),

a las personas de bajos ingresos, etc. El conjunto de los gastos del Estado sueco alcanzó, a comienzos de los '70, a un 60% del PBI, comparado con el 20% de los EE.UU. Un tercio de los empleos de la economía sueca pertenecían a la plantilla del Estado (contra 5% en EE.UU.). Este sistema de ingresos adicionales llevó a Suecia a eliminar la pobreza a comienzos de la década de 1970. El resultado general fue un aumento generalizado en la calidad de vida: la población sueca vivía más y mejor que la de los países más avanzados del mundo.

Uno de los elementos más interesantes es el clima social al que este desarrollo lleva. Ese clima está marcado por el *igualitarismo*. En palabras de un exiliado uruguayo en los años '70: "En un hospital, te podía tocar que estabas vos en esta cama y al lado estaba un ex primer ministro. Internado al lado tuyo, y con la misma enfermera que le venía a medir la fiebre..." Observando un indicador muy elemental del nivel de "igualdad" en los ingresos, el Índice de Gini, Suecia tenía, todavía hacia el 2000, es decir, luego de una década de dominio plenamente liberal, un índice inferior a todos los países europeos. La profundización del proceso de desmantelamiento del "modelo" sueco, llevó al país al puesto 12 en 2016, con tendencia al empeoramiento. Tomando otro, el Índice de Desarrollo Humano, que combina expectativa de vida al nacer con PBI per cápita y tasas de matriculación y alfabetización, Suecia ocupaba, hacia 2019, el puesto número 7, a pesar de casi tres décadas de ajuste "neoliberal". Veinte años antes, ocupaba el segundo puesto, solo detrás de Noruega.

Este igualitarismo es lo que lleva a la población a una situación particular, donde la relajación acerca del futuro y en torno al "éxito" personal es dominante, como se lamenta el diario argentino *La Nación*. El diario liberal pretende que en Suecia la "iniciativa" y la responsabilidad individual no están a la orden del día, al menos en lo que se refiere a resultados económicos, recordando los dichos de un economista que vivió algunos años en el país, al que un estudiante le comentó: "Si me va normal, bien o excelente, tampoco me afecta tanto. No va a cambiar mucho mi futuro económico si me

esfuerzo más”. Es interesante recordar que así piensa alguien que vive un nivel de vida envidiable por la inmensa mayoría de la población del planeta. Sin embargo, lo que cualquier ser humano preocupado por una buena vida, es decir, una vida tranquila, sin sobresaltos económicos, sin el apremio permanente por las vicisitudes cotidianas, consideraría positivo, para el diario liberal es muestra del estancamiento al que lleva una mentalidad, no lo dice, pero se deduce, “socialista”. Evidentemente, para un millonario, que los obreros se sientan seguros, protegidos y no obligados a la presión permanente, es una desgracia...

En resumen, Suecia es la expresión del máximo nivel de desarrollo social que puede darse dentro del capitalismo, es decir, sin eliminar la explotación social. Suecia es “modelo” de lo que es posible en esta sociedad, sin necesidad de ninguna revolución. Es también ejemplo de que no hace falta ser la primera potencia económica y política del mundo para ofrecer a su población una vida digna de ser vivida. EE.UU., Alemania, incluso Corea del Sur, podrían dar a su población algo igual o superior. Si no lo hacen, es porque la burguesía domina en esos países con mucha más amplitud de la que lo hizo en la Suecia que desemboca en los años '70. Dicho de otro modo, no es una cuestión “económica” ni depende de un “automatismo” social. No porque no haga falta esa base económica (de allí nuestra apelación a Corea), ni porque el crecimiento económico no genere bases para una mayor capacidad de respuesta de la clase obrera, sino porque sin una intervención decidida de los trabajadores, no hay posibilidad de ninguna mejora sustantiva real. La burguesía no regala nada. Si no hubiera estado el peligro soviético a unos pocos pasos y si el socialismo sueco no hubiera intervenido, no habría habido ninguna Suecia.

La Argentina necesita de esa intervención en primer plano de la clase obrera por las dos razones que hemos visto hasta ahora: porque necesita una base económica sólida y porque con ella quiere construir una buena vida para todos sus habitantes. Para eso, la clase obrera argentina debe...

4. ...dejar de chocar contra la pared

Debería de quedar claro, a esta altura, que tanto por la forma en que Corea del Sur consiguió su desarrollo espectacular, como por las limitaciones que el “modelo sueco” tiene en el largo plazo, no son más que ejemplos de *aquello que queremos conseguir* y no de *la forma en que lo consiguieron*. Porque, va de suyo, que nuestra apuesta es socialista. Luego, la forma en que ambos consiguieron esos resultados no es la nuestra en dos sentidos:

1. En sentido coyuntural: ambas experiencias se dieron en contextos y situaciones muy diferentes, de las actuales, sí, pero también de las que debe enfrentar un país tan distinto de ambos como la Argentina y, sobre todo, de una Argentina que se embarca en un camino socialista.

2. En sentido *formal*: la forma de la sociedad que buscamos es distinta de las que examinamos. Aunque para el sentido común, es decir, para la ideología burguesa, Corea del Sur y Suecia son dos experiencias muy diferentes, desde el punto de vista de la *forma social*, ambos son iguales, ambos son capitalismo, ambas son sociedades donde domina la explotación social. Que ambas, al mismo tiempo, puedan dar resultados sociales tan distintos, solo demuestra la enorme plasticidad de esa forma social que llamamos *capitalismo*, que puede oscilar

entre el régimen nazi, la esclavitud que acompaña a la revolución industrial y la democracia burguesa más desarrollada.

Este tema de la “forma” es muy importante, porque debe quedar claro que no nos proponemos, simplemente, sacar a la Argentina de su decadencia histórica. Eso sería simple nacionalismo burgués: el capital crece, los burgueses son más ricos y los obreros reciben migajas. Nos proponemos cambiar la forma misma de la sociedad, porque aún en el supuesto caso de que fuera posible un camino como el sueco, seguiríamos estando dentro de una sociedad en la que la explotación social sería la experiencia dominante. Por lo tanto, cualquier mejora dentro de esa forma sería solo la sombra de lo que podría ser sin explotación. Ya hablaremos de eso más adelante. Hablaremos ahora de por qué es necesario el socialismo para resolver los dos problemas que nos aquejan, por qué no pueden resolverlo los partidos existentes.

Una explicación sencilla a la pregunta anterior es “porque no lo han hecho hasta ahora”. Ya han gobernado, desde mitad del siglo XX, todos los partidos y orientaciones políticas burguesas posibles y han puesto en marcha todas las políticas burguesas posibles y han fracasado. Ya hemos tenido civiles y militares, democracia y dictadura, neoliberales y keynesianos, populistas y desarrollistas, tipo de cambio alto, tipo de cambio bajo, flotante, fijo, flotación sucia, tablita, convertibilidad, pro-campo y anti-campo, industrialistas y anti-industrialistas, superávit fiscal, déficit fiscal, proteccionistas y aperturistas, etc., etc., etc. Todo fracasó. Se dirá que el problema es que no se ha mantenido una continuidad sustantiva en una sola de todas esas políticas, pero, además de que se trataría de una explicación contrafáctica, es decir, una afirmación sobre algo que no sucedió, por lo tanto, inverificable, no es cierto. Hemos tenido convertibilidad a lo largo de una década, por ejemplo, y terminó en una explosión devaluatoria e inflacionaria. Durante todo el período que va desde los primeros gobiernos de Perón hasta Cavallo, la industria automotriz estuvo protegida y

eso no le dio al país una rama económica competitiva. Podríamos multiplicar los ejemplos. Nada ha funcionado y ya hemos explicado por qué: el núcleo del asunto es la escasa productividad de la industria argentina, consecuencia de la escasa escala de la acumulación de capital.

El lector se estará preguntando por qué la burguesía argentina no puede proceder a concentrar el capital en pocas empresas, como lo hizo Corea del Sur. Hemos visto qué necesitó Corea para lograr ese resultado. El problema de la Argentina no es que sobren empleados estatales o que haya mucha gente que viva de subsidios del Estado. El problema es que hay demasiada burguesía, casi toda la cual vive del Estado. Los escándalos de corrupción que hemos visto en los sucesivos gobiernos de Menem en adelante, por lo menos, se deben precisamente a esto: la burguesía argentina solo sobrevive como socia menor de la gran burguesía mundial, a la que ofrece el mercado interno local a cambio de actividades subsidiarias (como las autopartistas automotrices, eje de la fortuna de los Macri, por ejemplo) o de actividades en las que puede competir gracias a sus vínculos con los sucesivos gobiernos (peajes u obras públicas, por ejemplo, y su causa asociada, la de los “cuadernos”). Es por esto que esta burguesía parásita llama a las inversiones externas: son ellas las que pueden mantener un ciclo del capital que de otro modo se estancaría. El capital extranjero no viene aquí a provocar una revolución productiva, simplemente porque no hay condiciones para tal cosa: no hay mano de obra barata ni inversiones en ramas especiales que garanticen una rentabilidad importante (energía a bajo costo, por ejemplo). El capital extranjero se contenta con operar localmente para saltar las barreras proteccionistas (el tipo de cambio alto, por ejemplo) y apropiarse de ganancias importantes que puede obtener con inversiones limitadas y con tecnología superada. Y, si amenazara a sus socios locales, encontraría una fortísima oposición del grueso de la burguesía local. Sería solo acompañada por un puñado de empresas argentinas capaces de valerse por sí mismas (Arcor, por ejemplo), pero vería explotar el país

por una oposición burguesa capaz de movilizar a su favor a la masa de la población que se ve afectada por la política “de ajuste”.

Esto explica la formación de dos grandes alianzas políticas que estallan en los años '70: el peronismo y el “neoliberalismo”. El peronismo es el partido del mercado interno, dirigido por una burguesía industrial local que es la base del atraso, por lo que carece de capacidad para sacar a la Argentina del pantano, pero al mismo tiempo tiene una base política gigantesca, en la medida en que el grueso de la población depende de ella. De allí que sea difícil ganarle una elección, al menos hasta la llegada de Alfonsín. Inútil económicamente, mantiene una enorme capacidad de impugnación. Dicho en términos populares, el peronismo es el perro del hortelano: no come ni deja comer. El “neoliberalismo” es una denominación genérica para un conjunto de fuerzas representadas por las fracciones agrarias y los sectores más poderosos de la industria y las finanzas locales (incluyendo aquí al capital extranjero). Se expresó a través del radicalismo y del partido militar. Su fuerza consiste en su capacidad para recuperar la economía después de la recesión a la que la lleva necesariamente el peronismo. Pero, para hacer eso, necesita destruir las condiciones de vida de la mayoría de la población argentina, en tanto, incapaz de expandir el capital a escala mundial, solo encuentra solución en el ajuste permanente. Por eso, si bien es económicamente más racional, es políticamente muy débil. Esa debilidad se hace mayor en tanto que los sectores no agrarios que conforman su dirección, también viven del mercado interno y necesitan, por lo tanto, expropiar de plusvalía al campo. Por esta razón, la unidad que logran frente al peronismo, la suelen perder en el gobierno, cuando los capitales agrarios caen en la cuenta que las “retenciones” no se van. En términos populares, otra vez, esta alianza social, que suele incluir a los sectores asalariados de “cuello blanco” como se decía entonces (o “clase media”), puede definirse como “sangre, sudor y lágrimas, para nada”.

Después del Proceso Militar, la derrota de la clase obrera consolidada en el poder a los sectores “neoliberales”. Como vimos recién,

estos sectores esconden, en realidad, dos programas: uno, abiertamente liberal, que supone el fin de las retenciones y, por lo tanto, el sacrificio del mercado interno; y otro, que podemos llamar “desarrollista”, que es liberal para las pymes y contra la clase obrera, pero proteccionista para los grandes capitales. El primero, solo es defendido por el campo y es, políticamente, inviable. El segundo, suele ser el programa de las fracciones burguesas más poderosas del peronismo, del radicalismo y de los militares influidos por el desarrollismo liberal (como Onganía). La secuencia Martínez de Hoz, Sourrouille, Cavallo, Lavagna expresa esta línea, aunque algunos quieran ver una diferencia sustantiva entre el primero y el tercero, frente al segundo y al cuarto. Se trata de matices en una política común: subsidios para los grandes capitales, ajuste para el resto del mundo.

La transformación más importante del sistema político, sin embargo, se produce con la crisis del 2001. Hasta ese momento, se producían importantes modificaciones en la estructura social que todavía no se manifestaban políticamente. Tanto Alfonsín como Menem, someten a la clase obrera a la expulsión del proceso productivo, ya sea mediante la quiebra de empresas por su desnacionalización (como sucede con los textiles, que se producen fuera del país), como por el “desgrasamiento” del Estado, mediante la política de privatizaciones. Las privatizaciones son acompañadas de una fuerte reducción de personal, haciendo abierta una desocupación que hasta entonces estaba escondida en el aparato del Estado. Petroleros, telefónicos, mineros, ferroviarios, fueron a parar a la calle. Aparece, entonces, una nueva capa de la clase obrera argentina: la población sobrante (para las necesidades del capital, se entiende), más popularmente conocida como “desocupación”. Esta población es la que va a formar el movimiento piquetero, simplemente porque ya no puede organizarse como antes, en el movimiento sindical. Esta población es la que va a protagonizar el 2001, junto con todos los heridos por la convertibilidad, es decir, por una década de aplicación del programa “desarrollista”.

La recomposición de un sistema político que se suponía muerto después de 2001, lleva a la ilusión de que aquí no ha pasado nada y que tanto el radicalismo como el peronismo resurgen de sus cenizas. Pero no es así. Tanto Alfonsín como Menem son el canto del cisne de ambas alianzas: por un lado, la pauperización y proletarización de la pequeña burguesía (la “clase media”), deja sin bases a la UCR; por otro, la desocupación y la expansión del empleo en negro, debilita al movimiento obrero, otrora columna vertebral de la alianza peronista y actor clave para frenar las políticas de “ajuste”. El nuevo panorama nos muestra a una burguesía más débil, en conjunto, en la medida en que la Argentina se achica en el mercado mundial, y a una clase obrera fragmentada, donde tiende a ser pasiva la fracción que antes encabezaba la lucha, los obreros industriales, y pasan a la dirección aquellos que no tienen vínculo directo con el sistema productivo. Son estos últimos los que deben ser contenidos, luego de la irrupción del 2001.

En efecto, para controlar la rebelión de estos sectores (que llegan al 30% de la población total, si no más), rebelión cuya potencia brota no de un poco más o menos de ingresos, sino del hecho de que si no cortan una ruta no comen, es decir, están arrinconados contra la pared de la subsistencia, fue necesario un vasto movimiento de estatzación. Es decir, fue necesario que el Estado se hiciera cargo de su reproducción, primero, con Duhalde, mediante los “planes”. Luego, centralmente con Cristina, con el empleo estatal o para-estatal (cooperativas, empresas “de la economía popular”, etc.). Dado que estos sectores solo sobreviven gracias a la caridad pública, son una clientela cautiva que otorga a su favorecedor la victoria, en tanto le garantizan un volumen muy elevado de votos. Este sistema se podía ver, antes, en las provincias más pobres, donde el empleo estatal era todo y el que no votaba al gobernador no comía. Ahora, este esquema se hace nacional y tiene su asiento en el conurbano de las grandes ciudades, especialmente, en el de Buenos Aires, que, por su importancia

política es conocido, simplemente, como EL Conurbano, relegando otras situaciones similares, en torno a Rosario, Córdoba o La Plata.

Este mundo de planes, empleos estatales, jubilados y pensionados, depende de quién detente el Estado. La emergencia del macrismo demostró que, frente al “populismo” se eleva una oposición “de derecha” capaz de ganar elecciones. ¿De dónde saca su fuerza esta nueva alianza? De aquellos que deben pagar la “fiesta” populista: el campo, pero también la población obrera en mejores condiciones de existencia (obreros “en blanco”) que tienen mejores ingresos, pero, por eso mismo, son sujetos de la mayor presión impositiva. A ellos se suman la pequeña burguesía pyme, normalmente agobiada por la misma causa. Se forma, entonces, un nuevo campo de enfrentamientos entre una alianza estatista/mercado internista y otra anti-estatista/modernizante. Ya Cavallo demostró que una alianza de este tipo podía ganar elecciones. La continuidad del macrismo a pesar de la pésima experiencia de gobierno, demuestra que esa posibilidad sigue intacta porque la “grieta” no es una construcción discursiva inventada por el kirchnerismo. Más bien, refleja la nueva conformación del sistema político argentino en las nuevas condiciones de la estructura social. En tanto que el que controla el aparato del Estado, manda, la crisis de la coalición gobernante provoca el giro de una parte de las huestes del viejo gobierno hacia la oposición. No hay fidelidades políticas firmes, más bien un crudo economicismo: me das de comer y te voto. Por eso el PRO puede apropiarse de al menos una parte de la población sobrante de CABA (donde ha ganado elecciones en muchas villas) y del Conurbano (destronando a viejos intendentes peronistas).

La dinámica entre ambas fuerzas tiende, igual que antes, a anularse mutuamente, reproduciendo el pantano político y social anterior, ahora no como agrupamientos de clase activa (la UIA y la SRA frente a la CGT) sino a agrupamientos de tipo territorial. De allí la importancia que asumen los intendentes y gobernadores, los “dadores” de la caridad pública, junto con el Estado nacional. Lo más interesante

es que, ahora, en las dos alianzas hay clase obrera, es decir, el peronismo perdió el monopolio que tenía de ella. Esto no significa que en el período que termina con el Proceso las alianzas anti-peronistas no contuvieran fracciones de la clase obrera. Siempre hubo obreros en ese campo, solo que en magnitud muy limitada. La novedad actual es que tanto Cristina como Macri pueden alcanzar grandes electorados (más del 50% de los votos), lo que implica que el viejo “anti-peronismo” se ha vuelto hoy “popular” y que el peronismo ha perdido anclaje en el proletariado. Una parte, pequeña, se le fue en la “nueva izquierda” trotskista; otra, más amplia, salió del sistema político (vota en blanco, no va a votar, etc.); una última, la mayoritaria, puede elegir alternativamente entre una alianza u otra.

Sea cual sea la forma que asuma la política argentina actual, lo que se observa es que ambos reproducen la ausencia de programas capaces de sacar al país de la quiebra. Esa carencia es más notoria que antes: el peronismo tenía una ilusión (una “Argentina Potencia” industrial apoyada en el Estado); nadie sabe qué idea de país tiene el kirchnerismo, más que un distribucionismo mezquino que consolida la miseria. Por el otro lado, la distancia entre un Frondizi industrialista y un Macri cuyo programa se limita a un poco de obra pública y la esperanza en que otro le resuelva los problemas (la “lluvia de inversiones”), es más que evidente. La política burguesa en la Argentina se reproduce como farsa de lo que, alguna vez, al menos llegó a tragedia.

Este pantano burgués no puede ser resuelto por la propia burguesía. Ni por la chica ni por la grande, ni por la nacional ni por la extranjera. Porque lo que exige la crisis, la concentración de todos los recursos en pocas manos, supone la expropiación de todos los capitales inútiles y parásitos. Lo que en Argentina quiere decir, casi todo. Y todavía faltaría el otro elemento clave en las experiencias que vimos: la planificación, o como se dice en la calle, “un proyecto de país”. Esta clase social, entonces, solo puede sobrevivir fagocitándose su propio cuerpo, es decir, comiéndose al país. Si la Argentina quiere tener un futuro, necesita ser salvada de la clase que la hizo nacer y que hoy ya

está condenada por la historia. Otra clase tiene que hacerse cargo del país, una que tenga la capacidad para esta expropiación masiva, para concentrar los recursos y planificar un futuro.

Esa clase no es otra que el proletariado. Pero para eso es necesario que deje de llevarse la pared por delante. Si le preguntáramos al obrero promedio actual sobre sus elecciones electorales, probablemente obtendríamos el siguiente diálogo:

-Primero, a Alfonsín...

-¿Y qué pasó?

-Me cagó...

-¿Entonces?

-Voté a Menem...

-¿Y?

-Me cagó...

-¿Y qué hiciste?

-Voté a la Alianza...

-¿Con qué resultado?

-Me cagó...

-Bueno... ¿Y después?

-Los voté a Néstor y Cristina... Al principio, bien, pero después...

-¿Qué?

-Me cagaron...

-No me digas: después votaste a Macri y te cagó y por eso lo votaste a Alberto...

-Y, sí...

-Bueno, entonces está claro qué es lo que pasa...

-¿Qué pasa?

-A vos te gusta que te caguen...

Si la clase obrera insiste en votar a los representantes de la clase que destruye el país, no va a obtener más resultado que el empeoramiento sistemático de sus condiciones de vida. Es hora de elegir otra cosa.

Segunda parte

5. Una economía avanzada

Para quien siguió el argumento hasta aquí, está claro que buscamos construir una economía avanzada como base de una sociedad avanzada. Los que han manejado el país hasta ahora, solo han profundizado el atraso. No pueden, por lo tanto, más que repartir miseria. El socialismo solo puede existir sobre la base de un alto desarrollo de las fuerzas productivas. Pero no necesitamos ser la primera potencia económica del mundo para garantizar un nivel de vida elevado a nuestra población. Alcanza con una economía dinámica, al nivel de la productividad mundial en las ramas más complejas del mercado. Dicho de otro modo, el socialismo argentino debe construir una sociedad eficiente a escala internacional en las ramas que pagan los mejores salarios. Eso supone que el grado de penetración en el mercado internacional (y, por ende, la expansión acelerada de importaciones y exportaciones) es un indicador de la salud creciente de la economía nacional, del mismo modo que el acercamiento a los objetivos sociales que nos proponemos será un indicador de la salud creciente de la vida social. La Argentina socialista debe ser una potencia exportadora de productos complejos.

¿Por qué el mercado mundial y no el mercado interno? En sentido estricto, existe un solo mercado. El mercado mundial es el mercado interno y viceversa. Cuando ambos mercados se encuentran separados, es porque la economía no tiene la productividad suficiente y se trata de mantener, a la fuerza, un espacio libre de la competencia

internacional. Obviamente, quien se dirige a la conquista del mercado mundial, lo primero que conquista es aquella porción que está más cerca, es decir, eso que llamamos “mercado interno”. De modo que esa oposición es falsa, sólo hay un camino: la productividad mundial. Si no la alcanzamos, no hay forma de defender el mercado local: todos los subsidios que se viertan en su interior para evitar la competencia deben salir de algún lado. Los sectores amputados de recursos para sostener las actividades ineficientes comenzarán a funcionar mal. Pero no solo eso. Toda la economía funcionará cada vez peor, porque subsidios a la producción local ineficiente significa mayores costos. Luego, una mayor ineficiencia global.

Ese problema puede presentarse por diferentes puertas de entrada, pero es siempre el mismo. Si pongo barreras arancelarias, no solamente me voy a ver expuesto a represalias, sino que todos los compradores locales van a pagar más caro ese insumo, lo que perjudicará su competitividad. Luego, toda la economía se ralentiza. Tarde o temprano, esa pérdida de productividad se refleja en una pérdida de capacidad internacional de compra, lo que significa, lisa y llanamente, que el trabajo local se devalúa. La consecuencia lógica es una devaluación de la forma social que representa materialmente el valor del trabajo local, es decir, la moneda. La serie infinita de devaluaciones argentinas simplemente refleja una productividad decreciente que se acentúa y profundiza con cada medida “proteccionista”. El correlato interno, el modo en que se produce la devaluación del trabajo local es la inflación. Por eso, en la Argentina, el proteccionismo simplemente produce miseria y evapora la moneda nacional.

Este planteo pareciera arrojar como consecuencia una defensa de las políticas aperturistas y/o liberales. Pero las políticas liberales chocan con dos murallas, la primera, social, la segunda, económica. La social: ninguna sociedad va a aceptar el suicidio como política. El liberalismo consiste en un simple acto de fe: la iniciativa individual resolverá todos los problemas. De modo que se trata simplemente de “desregular”, es decir, liberar a los individuos al poder del mercado.

Es como si nos invitaran a tirarnos por un precipicio sin fondo, confiando en que abajo habrá un colchón. Como es fácil de ver, el resultado inmediato de esa desregulación es la desaparición de los medios de vida de la inmensa mayoría de la población, arrasados por la competencia. Los liberales conceden que algo así puede suceder, pero que a la larga... A largo plazo estaremos todos muertos, dijo Keynes y tenía razón. Además, y esta es la muralla económica, no es cierto que la liberalización nos lleve a una vida mejor. Ahí está Chile para comprobarlo. Décadas de continuidad del “modelo neoliberal” no sirvieron para transformar a Chile en una economía avanzada ni, mucho menos, en una sociedad avanzada. Simplemente, sigue dependiendo de la economía del cobre, concentrada en una empresa estatal... Donde, para peor, la población carece de cosas elementales, como una jubilación digna o la gratuidad de la enseñanza.

En realidad, el problema es sencillo: la liberalización de todas las trabas al poder del mercado solo hace que la economía en cuestión se especialice en aquello para lo que tiene ventajas competitivas. El resto, perece. En el caso argentino, el sector agrario. Como ya señalamos, eso significa la liquidación de más de dos tercios de la población. El “modelo liberal”, entonces, no solo es socialmente impracticable, sino que garantiza un retroceso gigantesco en las condiciones de vida hoy existentes. Es socialmente impracticable no solo porque los obreros van a resistir, sino porque la propia burguesía no toleraría, alegremente, la liquidación de sus capitales en nombre de una religión, por más que esa religión se llame “liberalismo”. Esta es la razón por la que la burguesía argentina es peronista y no acepta, ni siquiera, a un liberal moderado con veleidades desarrollistas como Macri.

Como vamos a ver más adelante, la verdadera opción no es “proteccionismo vs librecomercio”, sino “anarquía burguesa (proteccionista o liberal) vs planificación socialista”. Decimos “anarquía burguesa” porque tanto liberales como proteccionistas (y todas sus variantes) en el fondo, dejan librada la suerte del país a la voluntad y conveniencia de los empresarios, ya sea en forma completa (los liberales) o parcial

(keynesianos, intervencionistas, peronistas, etc.). Es decir, en última instancia, nos dejan en manos de inútiles que ya llevan 70 años destruyendo el país. Los “libertarios” desvían la atención cuando focalizan su crítica en la “casta”, es decir, los partidos políticos y los empresarios a ellos asociados, que viven como parásitos del Estado (el “Club de la obra pública” es el ejemplo más a mano). Pero mienten y se equivocan. Mienten, porque viven de esa misma “casta”, pero, por sobre todo, porque el estado del país no es la consecuencia de esa “casta”, sino al revés: en estas condiciones que hemos descripto, es el país el que genera esa “casta”, porque no hay ningún negocio importante que pueda sacarlo del pantano, esperando por las inversiones de “buenos burgueses”. Si tal cosa existiera, desde los yanquis a los chinos ya hubieran invadido la Argentina para aprovechar negocios que los inútiles locales no son capaces de ver. Dicho de otro modo, la “casta” es la única forma de supervivencia posible del capital en la Argentina. Si no se quiere la “casta”, hay que superar el capital (y a sus defensores, lo que incluye a los “libertarios”).

Hay una razón más profunda por la que hablamos de “anarquía burguesa” y metemos en esa bolsa gente en apariencia muy distinta. Y es que, la economía, dejada en manos de los empresarios individuales, responde *a lo que hay*, no *a lo que podría haber*. Es decir, dejando en manos de los empresarios las decisiones económicas importantes, qué, cómo, dónde y con qué expectativa, invertir, se somete a toda la economía a los intereses inmediatos del capital individual. El empresario sólo invertirá donde, aquí y ahora, le surja el negocio más rentable. En la Argentina, eso es lo que ya sabemos: dejando de lado el campo, todo se concentrará en obra pública con precios de corrupción, nichos fuera de toda competencia (como la “industria” de computación de Tierra del Fuego) y cosas así. Si dejáramos a esta gente hacer lo que quiere, ya nos han dicho lo que harían: entregar la tecnología nuclear trabajosamente conseguida por generaciones de científicos argentinos, comprar a China las centrales nucleares y condenar a los argentinos a criar cerdos para el mercado chino. De científicos

nucleares a obreros sin educación que manguerean pisos en criaderos porcinos...

Como hemos visto, en el caso de Corea del Sur, solo una situación extrema (que se repite en Japón, China y Taiwán), permite a un Estado fuerte planificar más allá de la conveniencia inmediata del mundo empresarial. Esa situación hace posible pensar en objetivos de largo plazo, ordenar las prioridades y organizar el esfuerzo. Cuando eso se da espontáneamente, porque las condiciones están abiertas y los recursos a mano (Inglaterra en el siglo XIX, EE.UU. en el siglo XIX y XX) la utopía liberal de la eficiencia de los individuos parece cumplirse. Cuando esas circunstancias excepcionales no se dan, no queda otra que “hacer trampa”, es decir, planificar, anticiparse al mercado.

Ese elemento clave, muy excepcional en la experiencia capitalista cuando hablamos del conjunto de la economía (Alemania, EE.UU. y Gran Bretaña durante las guerras mundiales, por ejemplo), es lo que permite, además de anticipar un determinado “dibujo” económico, preparar un resultado social específico. Porque la anarquía burguesa lleva, sencillamente, a la reproducción de las diferencias sociales. Para que tal cosa se vea morigerada (nunca eliminada) es necesaria una enérgica intervención estatal (recuérdese el *funktionssocialism* sueco descripto más arriba). De modo que la anulación de la propiedad privada de los medios de producción, es una condición necesaria de una planificación real y, por lo tanto, de la única solución posible para la Argentina.

¿Qué elementos requiere esta economía socialista avanzada? Básicamente dos: una extrema concentración de recursos en unas pocas ramas productivas; una selección de aquellas ramas que implican mayor magnitud de trabajo complejo y, por lo tanto, mejores ingresos. La concentración de recursos es imprescindible si se quiere alcanzar la escala necesaria para conseguir competitividad a escala internacional. Esa concentración se da en dos aspectos: 1. El país no puede producir todo, forzosamente ha de especializarse; 2. En

cada rama elegida, solo puede haber una empresa nacional. De la elección de ramas hablaremos más abajo. Con respecto a la extrema concentración en cada rama, alcanza con decir que eso es lo que hacen los capitales más poderosos del mundo. En EE.UU. hay apenas dos productores de automóviles: Ford y General Motors. Si se repasa el centro de la producción capitalista mundial, se encontrará que no hay miles de empresas por rama, sino que las dominantes son unas pocas y que, salvo algún capitalismo muy grande (EE.UU., Alemania o Japón, por ejemplo), en cada país, las empresas que compiten a ese nivel son apenas un puñado, cuando no una sola.

De hecho, en muchos de los grandes países capitalistas se practica lo que ya hemos descripto en el caso de Corea como “política de campeones”. La nuestra será una política de campeones en grado extremo: una sola empresa nacional de hardware o celulares que sea capaz de competir en el plano interno y salir al mercado mundial solo es posible cuando hablamos de cantidad, de millones de productos. Solo por dar un ejemplo: en 2019 se vendieron en el mundo unos 360 millones de celulares. El 70% fue fabricado y vendido por Samsung (78 millones) y Huawei (66 millones). El tercer productor, Apple, fabricó y vendió 46 millones de iPhones, es decir, tantos como habitantes tiene la Argentina. No hay forma de competir en ese rubro sin esa escala. En Argentina, en 2020 se vendieron 7 millones y medio de celulares. Una empresa que pudiera al menos producir esa cantidad, apenas alcanzaría al 0,50% del mercado mundial. Ese solo dato nos habla de la escala necesaria, por un lado, y de la necesidad del mercado mundial, por otro. Una empresa que fabrica la décima parte de la que domina el mercado, no tiene mucho para hacer. Al mismo tiempo, una empresa que se limita a un mercado que tiene ese tamaño, no puede alcanzar la escala necesaria para competir a nivel mundial.

Hablemos ahora de la especialización. La elección de las ramas productivas es un asunto complejo, dado que hay varios criterios en danza y que cada elección condiciona a las demás. Criterios: lo que ya es competitivo, no se puede desarmar. El agro pampeano seguirá siendo

un motor esencial del desarrollo económico argentino. De hecho, todas las modificaciones posibles en esa línea deben respetar esta realidad. Es cierto que hay mucho que hacer en este terreno, en particular, en las llamadas “economías regionales”, donde la Argentina puede transformarse en una potencia mundial en la producción de frutas y cultivos industriales y sus derivados. Aquí solo hay que continuar mejorando la escala y, sobre todo, la transformación local de la producción (poroto no, aceite de soja sí; maíz no, carne de cerdo sí; sidras, enlatados, en lugar de la fruta fresca, etc.). Otras formas de “producción agraria”, es decir, otras fuentes de proteínas animales y vegetales, deben recibir más impulso: exportar más carne vacuna y consumir más de otras en el mercado interno combina una cuestión económica con una de salud. Menos carne vacuna, más vegetales y, sobre todo, más pescado, mejora el intercambio internacional y la salud local. El turismo será objeto de estímulo particular, no solo por su capacidad para atraer divisas imprescindibles, sino porque permite valorizar áreas geográficas que deben preservarse de otro tipo de intervención humana, por razones ecológicas. La elección del turismo condiciona, por su parte, el desarrollo minero, que debe estimularse a fin de alcanzar una “segunda pampa húmeda”.

Fuera de estas áreas donde hay una competitividad “natural”, el corazón de nuestro esfuerzo debe ponerse en la producción tecnológicamente más compleja, que es la que permite los salarios más elevados. Hay algunos sectores de ese tipo donde el país ya tiene un desarrollo muy visible: el mundo del software, la farmacéutica y la energía nuclear. Estas ramas solo requieren más concentración (en la farmacéutica) y más recursos (energía nuclear). La tarea más pesada se encuentra allí donde el país no tiene un desarrollo serio: informática, robótica, máquinas herramienta, química compleja, genética, aeronáutica, construcción naval y tecnología de comunicaciones. Aquí el diseño debe comenzar, en muchos casos, casi desde cero. Y es aquí donde se concentran todos los recursos disponibles.

Una última aclaración. La elección prioritaria de ramas no excluye, más bien precisa, la modernización del resto de la producción. De nada servirá crear “campeones” cuya capacidad competitiva se vea limitada por una estructura atrasada a la que deba arrastrar. En dos sentidos: dado que el núcleo de la apuesta es el mercado mundial, y dado que eso necesita recursos, cada dólar, cada divisa internacional lograda con trabajo argentino cuenta. La política socialista es la del privilegio de los exportadores. Las ramas de la economía que no puedan modernizarse y no nos interese modernizar (porque resultan más baratas de comprar en el mercado mundial, es decir, de intercambiar por trabajo local caro) deberán desaparecer. Cuáles sean solo lo puede decir el tiempo y la experiencia. Pero la industria de la confección, por ejemplo, o se moderniza o muere. No es con millones de costureros y costureras herniados a fuerza de máquina de coser y con sueldos miserables, que vamos a construir la Argentina moderna. Lo más probable es que, una Argentina que avance en el sentido que queremos, “tercerize” ese tipo de producciones, lo que le permitirá expandir su influencia sobre los vecinos que aprovechen esos nichos. Pero toda industria que quiera sobrevivir, debe ser competitiva al menos en el plano local, es decir, costo internacional más transporte.

Para eso debemos estimular la concentración y el crecimiento de escala en todas las producciones que no son prioritarias pero que pueden empujar en ese sentido. La industria del zapato, por ejemplo, podría ser mucho más productiva si en lugar de centenares de pequeñas fabriquetas se construye una fábrica nacional. Lo mismo con las carpinterías, en madera o metálicas, materiales para construcción, etc. Si bien esas ramas no necesariamente puedan exportar, el solo hecho de que ocupen el renglón local, ahorrará divisas en importaciones y reducirá las tendencias inflacionarias. Una economía que saca músculo en todas las áreas, genera una sinergia notable en el conjunto.

6. Un Estado productivo

Una de las razones que hace posible pensar esta estrategia como exitosa, es la planificación. Es decir, que no consiste en poner la economía en piloto automático y “ver qué pasa”, al estilo “liberal/libertario”. Se trata de una estrategia activa, que va a buscar el problema y a resolverlo. Pero, además, esa planificación es completa, en la medida en que supera los límites de la planificación capitalista. La planificación capitalista opera mediante estímulos, dejando la dirección de las acciones a los agentes privados. A éstos les queda mucho margen para evitar lo que no les conviene, presionar por cambios, invertir el sentido de la política estatal. Como señalamos, es muy difícil para el Estado dirigir la política económica contra la voluntad siquiera parcial de la clase que lo domina. Esos intentos suelen terminar en sueños trancos de burócratas y licenciados en Ciencias Políticas. La planificación socialista, por el contrario, tiene en sus manos todos los resortes necesarios para romper la inercia de los agentes económicos y, sobre todo, para ordenar las acciones, porque el grueso de los medios de producción está en sus manos.

Por otra parte, entre las muchas razones que pueden aducirse para explicar el fracaso del “desarrollismo”, al estilo Frondizi, además de su crónica carencia de recursos, está el hecho de que el Estado, en una sociedad capitalista como la Argentina, se vuelve la fuente de ingresos extraordinarios de sus proveedores, a través de sobrepuestos. Eso cuando el Estado “terceriza” tareas. Pero sucede incluso cuando

el Estado produce directamente, porque sus empresas (como sucedía con YPF, ENTEL y otras) son canibalizadas por las proveedoras de insumos o tecnología. Así, lo que es una empresa pública estatal, termina privatizada. Claro que “privatizada” de un modo particular, porque se queda con las pérdidas y terceriza las ganancias. Y en el medio, una montaña de corrupción, coimas y todo lo que ya se conoce. La función real de las empresas estatales en el desarrollismo es, entonces, el subsidio a los proveedores.

De modo que, la tarea económica de un Estado socialista es muy diferente de la de un gobierno desarrollista. Por empezar, porque es un Estado que refleja otra estructura social, donde la burguesía ha sido expropiada. Dicho de otro modo, no hay a quien “tercerizar” ni subsidiar. Pero, por sobre todas las cosas, porque un Estado socialista es un Estado productor. La Argentina no tiene, solamente, que salir de un Estado burgués, sino, además, desarrollar un Estado productor de nuevo tipo. No el Estado pseudo-productor del desarrollismo o del viejo nacionalismo peronista de Fabricaciones Militares, sino un Estado productor capaz de competir a escala internacional con empresas capitalistas de primer nivel. Para eso, debe disputar la competitividad en dos planos.

El primer plano es la competitividad sistémica, es decir, todo lo que abarca el entorno del proceso económico, y que se divide en dos partes: el material humano, es decir, la educación, la ciencia, la salud, la ecología; la red social, o sea, las obras públicas, la comunicación y la política internacional. No hablamos de impuestos, porque cuando estamos en un sistema socialista, el Estado se financia directamente de su propia producción. Cuando todo eso está alineado con las metas productivas, se crea una sinergia que potencia al conjunto. Cuando no, los esfuerzos realizados al nivel de empresa, se pierden.

Obviamente, el punto de partida son las relaciones internacionales, porque es lo que va a habilitar la inserción de la economía socialista en el mundo. Debe quedar claro que la función de un gobierno socialista argentino no es “exportar” la revolución, sino, como

veremos más abajo, “predicar con el ejemplo”. No buscamos crear una maquinaria de guerra, sino una economía eficiente. Para ello necesitamos mercados abiertos o, al menos, receptivos. Eso implica una política de no alineamiento con ningún bando capitalista particular, de la misma manera que tampoco supone una hostilidad particular para con ninguno. Como también veremos más abajo, este es un plan pensado para un barco solitario en aguas hostiles. Compraremos a quien nos compra, venderemos a quien nos venda y nos mantendremos al margen de toda disputa posible. Ellos, que se maten. Nosotros haremos “la nuestra”. Se trata de una posición difícil de sostener, pero imprescindible, porque el mantenimiento de mercados abiertos a la producción argentina es necesario para el objetivo que nos proponemos, en tanto no se puede ni “vivir con lo nuestro” ni “con los de algunos más”. Hemos de vivir en el mundo o perecer.

Esto conlleva varias consecuencias: la primera, que la política exterior argentina debe privilegiar acuerdos económicos en los que la prioridad es “más por menos”: más trabajo complejo argentino contra menos trabajo complejo extranjero. Es ese diferencial el que buscamos: inteligencia contra sudor. Un ejemplo de lo que no se debe hacer, de lo contrario de lo que se debe hacer, es el acuerdo kirchnerista con China para comprar centrales nucleares y recibir inversiones para desarrollar la cría de cerdos. Todos los acuerdos económicos del país deben ir destinados a obtener ese desfase, ese diferencial a favor. Obviamente, como la tecnología no es algo que se logra solo por propio esfuerzo, que hay quienes la poseen y, por lo tanto, exigen por ella, la política exterior debe buscar, siempre que deba aceptarse un intercambio por bienes más complejos, la transferencia de tecnología correspondiente.

Resuelto este tema, la mejora de la competitividad sistémica en la perspectiva que venimos asumiendo, supone un esfuerzo notable en el ámbito de la educación. Las características de una educación a la altura de lo que nos proponemos implica una transformación completa de la estructura actual. En la actualidad, en la Argentina la

educación ha dejado de ser nacional, se ha localizado y, con la falsa idea de acercarse a “lo local y sus necesidades” lo que hace es reproducir la miseria ambiente: en donde hay recursos hay una educación, donde no los hay, hay otra. Por supuesto que peor. Pero además se trata de una educación que se alarga inútilmente en el tiempo, porque más años de escolaridad no suponen mayor cantidad y complejidad de contenidos, ni mayor cantidad y complejidad de habilidades. Lo que hace años se aprendía en los primeros grados, a leer y escribir, sumar, restar y multiplicar, hoy se arrastra hasta la secundaria y después, porque hasta los funcionarios responsables de estos resultados reconocen que la mayoría de los egresados de la secundaria argentina son analfabetos funcionales, es decir, no pueden interpretar un párrafo medianamente complejo. La escuela, así, se transforma en un simple contenedor de chicos para facilitar la salida laboral de los padres y actuar como colchón de la crisis social. La escuela no es la preparación intelectual y técnica para la participación en una sociedad avanzada, sino una extensión de la caridad pública y la seguridad social. Por otra parte, el contenido de esa educación es completamente anti-científico, no solo por cuestiones ideológicas, sino porque el contenido de las materias científicas se encuentra devaluado en relación a otros contenidos, con muchas horas dedicadas a la “opinión” y lo “lúdico-recreativo”, frente al conocimiento puro y duro. La educación carece de investigación, de trabajo en laboratorio, de experimentación y abunda en lo libresco y escaso de contenido. Con la excusa de evitar “lo memorístico”, se evita que los alumnos hagan el esfuerzo que corresponde al hecho de estudiar.

Una educación para una sociedad avanzada, técnica y socialmente, debe hacerse más densa, ocupar mejor el tiempo, desarrollar más habilidades y obligar a los alumnos a incorporar más conocimiento. Pero, por sobre todas las cosas, debe abundar en conocimiento científico. Una educación más densa, que desarrolle las habilidades correspondientes al estudio autónomo, a la capacidad de expresión y a la resolución de problemas, tiene que combinarse con una sólida

formación en ciencias, en particular, exactas y naturales. Tiene que combinarse también con la vida práctica, es decir, con el mundo del trabajo: la introducción de diversas formas de ingeniería, arquitectura, medicina, etc. Nueve años de educación obligatoria y, a partir de allí, el pasaje a la vida adulta, es decir, la introducción al mundo pre-universitario y universitario.

Una sociedad avanzada no puede dejar al albur del acomodo, las influencias y las conveniencias políticas inmediatas lo que solo da resultado en el largo plazo. Es decir, necesita una política científica y tecnológica alineada con los objetivos esenciales de la Nación. Esa política tiene que combinar una dosis sabia de ciencia básica y ciencia aplicada. Sobre todo, porque no hay la última sin la primera y porque nadie llega a la cima de la producción tecnológica sin una poderosa ciencia básica propia. Pero la vinculación tiene que graduarse en el camino, en el proceso. Los organismos de producción científica deben abandonar la lógica de grupos, dominados por lo general por camarillas universitarias y por los laboratorios y empresas privadas, para formar parte del gran organigrama estatal de producción. Articulados, con metas claras y precisas, con recursos adecuados, se pueden dar grandes saltos rápidamente.

Por ejemplo: la industria farmacéutica argentina enfrentó la pandemia dividida, trabajando cada parte con una empresa internacional distinta, europea, norteamericana o rusa. El resultado: la Argentina no tuvo vacunas a tiempo, debió esperar a que los países productores resolvieran sus problemas y se contentó con ser campo de pruebas (Pfizer) o socio menor de algún punto de la cadena productiva (AstraZeneca, Sputnik). Por supuesto, la posibilidad de una vacuna argentina quedó relegada a prácticamente nada, a pesar de mucha experiencia en el tema. Es decir, el país tenía infraestructura y ciencia suficiente como para intentar un desarrollo propio. La fragmentación del capital y la ausencia de política científica impidió coordinar el esfuerzo y lograr un producto que podría haber mordido una porción, menor, muy pequeña tal vez, pero porción al fin, del mercado

mundial. Para la industria farmacéutica argentina habría sido un salto cualitativo. A un Estado socialista y su planificación sistemática, esa oportunidad no se le habría pasado.

Otro ejemplo: la Argentina tiene un extenso desarrollo en energía nuclear. Al mismo tiempo, tiene una de las mayores reservas de gas natural del mundo. Pero los cortes de energía están a la orden del día. Un desarrollo serio, con treinta plantas nucleares como Embalse, alcanzaría para abastecer de energía a toda la Argentina, reemplazaría todas las centrales basadas en combustible fósil, permitiría extender el consumo eléctrico al transporte automotor y reemplazar todas las formas de energía hogareña y fabril no eléctricas, ampliar la base energética disponible para la expansión industrial acelerada y liberar las exportaciones de gas y petróleo, un modo sencillo y rápido de obtener divisas.

Estos ejemplos simplemente muestran que la Argentina tiene una base tecnológica y científica disponible en muchos sectores de la vida económica, que harían posible, rápidamente, un despliegue industrial competitivo. En lugar de esta perspectiva, la producción de científicos en la Argentina es una forma de subsidio de nuestro país a las grandes multinacionales y a los países más avanzados, adonde va a parar, por un proceso denominado con justicia “brain drain” (fuga de cerebros) el mejor desarrollo humano de la Nación.

Puede llamar la atención que, al lado de la educación y la ciencia, como elemento importante de la competitividad sistémica coloquemos la salud. Pero no es extraño si se abandona la mirada capitalista acerca de la fuerza de trabajo o, como les gusta llamarlo, el “capital humano”. La salud es uno de los gastos más importantes de toda economía. No necesariamente porque a los capitalistas les preocupe demasiado la salud de sus obreros, sino porque, siendo una preocupación vital de todos los seres humanos y habiendo avanzado tanto la medicina, es lógico que la lucha obrera haya obligado a los capitalistas a hacer concesiones en este terreno. Es así como, hasta el Estado más desaprensivo se ve obligado a gastar fortunas en este renglón,

fortunas que se deducen de impuestos que, en última instancia, compiten con la plusvalía apropiada por los capitalistas. Un Estado socialista haría estos gastos y más con mucha más generosidad y buena voluntad, por razones obvias. Pero cuando hablamos de salud en relación a la competitividad, de lo que hablamos es de otra cosa. Por un lado, la población sana trabaja más y mejor. Por otro, una población sana, gasta menos en salud, lo que significa una reducción general de los recursos sociales destinados a una actividad que pesa mucho en el gasto general de un Estado que tiene la obligación de competir internacionalmente. Un sistema de salud que invirtiera mucho en la salud de los niños y los jóvenes, que realizara estudios periódicos a toda la población, que tuviera un sistema de alerta eficiente para prevenir enfermedades, etc., indudablemente mejoraría el cuadro general y, a la postre, gastaría menos, porque la prevención y la atención a tiempo son mucho más baratas que la intervención dramática.

La ecología: destruir el país en nombre de un negocio, es mal negocio. Sin embargo, debe evitarse el ecologismo tonto, que dice que no a cualquier actividad humana. Oposiciones absurdas a la “megaminería”, como si pudiera haber “miniminería”, o a la “minería a cielo abierto”, como si fuera mejor que la “a cielo cerrado”, al uso de transgénicos o de sistemas de control químico de malezas o pestes, solo tienen como consecuencia la continuidad de la pobreza y el atraso en una especie de apocalipsis hippie. No hay actividad económica humana que no sea peligrosa y potencialmente destructiva del medio ambiente. Hay actividades que se pueden permitir con un cierto tipo de controles, otras que requieren fiscalización más estricta y algunas que no pueden permitirse, de ninguna manera. Minería tiene que haber hasta que el mundo pueda arreglarse sin minerales. Y nuestro país necesita crecer y exportar. La genética es una actividad científica con notables consecuencias tecnológicas y, por ende, económicas. El país no puede prescindir de ellas y no lo va a hacer por el ataque de oscurantismo de una pseudo izquierda que cree poder vivir del aire.

Todo depende de qué, cómo y cuándo. Cuidar el ambiente es cuidar a sus habitantes, pero cuidar el ambiente no equivale a no usarlo.

Por otra parte, la Bolsa de Trabajo estatal, de la que hablaremos más adelante, debe ponerse a disposición para campañas precisas y veloces para resolver problemas que se arrastran durante décadas, como la limpieza del Riachuelo. La mejora del hábitat, del espacio en que vive, no solo implica un desafío ecológico, también un desafío sanitario, que mejorará las condiciones generales de la evolución de la sociedad argentina.

Todos estos elementos que hemos señalado hasta aquí (y que requieren un tratamiento técnico y pormenorizado que es imposible en este espacio) deben alinearse para ganar competitividad general, sistémica: una sociedad con una población sana, capaz, educada, en un hábitat adecuado, con una perspectiva de desarrollo independiente, no puede ser sino una sociedad eficiente. El orden genera eficiencia y el orden comienza por lo más general.

Obviamente, la competitividad sistémica tiene un ámbito más estrechamente económico de aplicación: la red social, o sea, las obras públicas ligadas a la comunicación y el transporte en todos sus niveles. Una tarea central de la creación de la competitividad, es la de lograr un aceitado sistema de transporte de personas y cosas. La recuperación de una red ferroviaria eficiente, la creación de un sistema de transporte aéreo de cargas, un sistema de puertos fluviales y marítimos, no ligados a la rentabilidad particular de tal o cual capital sino a la rentabilidad general del país, supone una reestructuración completa del sistema de transporte nacional. Lo mismo sucede cuando hablamos de “transporte” y comunicación digital. La digitalización completa de todas las actividades administrativas, la extensión de las telecomunicaciones, la creación, en suma, de un sistema interconectado nacional gratuito para toda la población y estructurado en torno al plan estratégico de producción, generará muchísima sinergia y construirá espontáneamente ganancias enormes de productividad.

El grueso del problema de la competitividad se juega en el interior de cada rama. Ya hemos dicho que privilegiaremos la gran escala. La Argentina socialista es una Argentina sin pymes o, al menos, reducidas a aquellos sectores de la vida económica que no constituyan el núcleo de la producción. El corazón productivo de la Argentina será el núcleo de empresas estatales destinadas a alcanzar la productividad media del trabajo mundial. Más abajo se verá el cómo de estas empresas, pero se puede aclarar que serán, en un comienzo, de dos tipos: las puramente estatales; las mixtas. Las puramente estatales se constituirán allí donde el esfuerzo del Estado deba arrancar de cero. Las mixtas, allí donde el Estado se dedique a concentrar pymes en una nueva empresa de mayor escala. La escala supone tecnología, lo que implica no solo un proceso de concentración y racionalización (lo que ya genera un salto de productividad) sino una renovación tecnológica profunda.

Un punto final en esta breve reflexión lo constituye el lugar del Estado y la administración, es decir, el llevado y traído tema de la “burocracia”. Es obvio que, en una Argentina socialista, el Estado va a crecer en tamaño. El problema no es ese, el tamaño del Estado, sino en qué ámbitos debe crecer y en cuales debe decrecer. Va de suyo, por la descripción que hemos hecho, que el Estado que buscamos es uno de tipo productivo, donde el grueso del gasto y del empleo debe ser gasto y empleo productivo. Pero no solo: el grueso del gasto y del empleo del Estado debe ubicarse en la producción de bienes comercializables en el mercado mundial, no en servicios internos (construcción de viviendas, servicios de salud, educación). Si bien, el destino final del proceso económico que buscamos se encuentra en ese punto, la producción estatal debe proveer el sustento de esos gastos. Se trata de un Estado productivo de bienes transables, no de servicios. No se trata de un Estado “subsidiario” que, en el mejor de los casos, produce servicios necesarios a la población, sino de un verdadero Estado “empresario”.

Sea como sea, hay que distinguir el aparato productivo del Estado, que, por su propia naturaleza, es decir, por estar destinado a la competencia, tiene que ser eficiente, del aparato administrativo del Estado, es decir, aquél que cumple las funciones comunes y corrientes del país: trámites, certificaciones, asistencia, control, seguridad, justicia, supervisión de actividades sociales, etc. El aparato administrativo del Estado debe combatir la tendencia a la burocratización de su estructura. Si no fuera así, terminaría siendo una carga pesada para el esfuerzo general. De modo que una administración pública delgada, liberada del exceso del empleo burocrático, tanto por la simplificación de trámites como por la digitalización completa de la administración, debería ser el ideal de un Estado socialista. En este aspecto, por razones que sería largo explicar aquí, el Estado socialista argentino sería mucho más “chico” que el más chico de los Estados liberales.

Una crítica común a una perspectiva de este tipo es que la corrupción es inherente a un Estado demasiado grande. Pero se trata de una crítica sin fundamento. Seguramente, a muchos políticos burgueses y empresarios capitalistas les gustaría ver naufragar este experimento y suponen que podrán combatirlo llenando páginas y páginas, decenas de horas de televisión y otros medios de comunicación con denuncias sobre peculado, coimas y corrupción. Nos harían un gran favor. El control de la burocracia y de la corrupción se haría más fácil en un clima de “denuncialismo” constante, de modo que una política elemental de una administración socialista sería entregar a la oposición más acérrima todas las oficinas de control de gastos estatales. Una especie de control de calidad externo que no podría sino repercutir en la eficiencia del conjunto.

Tercera parte

7. El momento “allendista”

Este no es un programa socialista clásico, si es que algo así existe. Hasta ahora, los programas socialistas revolucionarios se han limitado a un conjunto de vaguedades “y luego vemos”. No está mal, si se parte del supuesto de que una gran conmoción universal va a sacudir al capitalismo en su conjunto, al estilo Revolución Rusa o, incluso, Revolución China. En un contexto de revolución mundial, pretender algo como un “programa de gobierno” es un disparate. Se hace lo que se puede, según venga la situación. La ventaja de una situación tal es que la caída repentina del poder capitalista hace más fácil organizar la nueva sociedad, en la medida en que la misma legalidad burguesa ha caído. Lo mismo sucede cuando la revolución llega por la fuerza de las armas, al estilo guevarista o en el contexto de una “guerra de liberación”. El nuevo gobierno socialista puede actuar liberado de los lastres que establece la legalidad burguesa. Pero recuérdese que este es un programa para una situación “allendista”, es decir, en la que un partido revolucionario llega al gobierno del Estado en medio de una situación no revolucionaria local y en ausencia de un proceso revolucionario mundial. Esto crea un conjunto de problemas en extremo difíciles de abordar, tanto que, en general, la izquierda tiende a creerlo imposible, razón por la cual, se limita a esperar una situación de tipo “clásica”. Por eso, su plan de acción comienza siempre con un momento “constituyente”, es decir, un momento en que es posible empezar desde “cero”. De allí la insistencia en la “asamblea

constituyente” como objetivo primordial. En nuestra estrategia, la asamblea constituyente es el punto de llegada.

Veamos primero en qué consiste una situación “no clásica”, es decir, las limitaciones que impone, a un proyecto de este tipo, su implementación en el marco de la legalidad burguesa. Para eso, tenemos que distinguir cuatro conceptos: sociedad, Estado, régimen, gobierno. Aclarar este punto ayudará a entender lo que nos proponemos.

Una sociedad es un tipo de relaciones sociales de producción. Es decir, un conjunto de relaciones sociales que permite reproducir la vida. El esclavismo, por ejemplo, se basaba en una estructura social en la que una minoría de seres humanos, los amos, eran propietarios de la mayoría, los esclavos. Tenían derecho de vida y de muerte sobre ellos y los hacían trabajar el máximo posible para sus dueños. Carecían de cualquier derecho, las clases sociales eran perfectamente visibles, había una ley para cada clase y el encargado de aplicar la ley era la clase privilegiada. La sociedad hacía un culto de la desigualdad. En la sociedad feudal sucedía algo similar, aunque el siervo había conquistado su libertad personal. No podía separarse del feudo en el que había nacido, pero al menos no era una cosa para su señor. El señor feudal tenía el “derecho” a cobrar una renta por el permiso de usar la tierra, que, teóricamente, era suya. De todos modos, la desigualdad era también la norma: había un derecho de campesinos y uno de señores feudales y los “tres poderes” (ejecutivo, judicial, legislativo) estaban todos en manos del señor feudal.

La sociedad capitalista es muy distinta. Formalmente, es decir, ante la ley, los individuos son todos iguales. Sin embargo, esa igualdad esconde una desigualdad: la de la diferente capacidad económica. Los individuos, que son iguales ante la ley (ciudadanos), son distintos en la economía (clases). En la economía, hay individuos que son dueños de los medios de producción, los capitalistas o burgueses, y hay otros, la mayoría, que solo viven de su capacidad para trabajar, los obreros. Formalmente, en la ley, los capitalistas pagan a los obreros por su trabajo (el salario), pero en la vida real, pagan por lo que

los obreros venden: esa capacidad de trabajar, su fuerza de trabajo. ¿De qué viven los capitalistas? De usar esa fuerza de trabajo de modo que el trabajo que produzcan exceda, supere, la cantidad de valor (lo que el obrero necesita para vivir) que cuesta esa fuerza de trabajo. Ese excedente quedará en manos del capitalista, simplemente porque los medios de producción (máquinas, edificios, materias primas) y los resultados del proceso de trabajo (las mercancías producidas) son su propiedad. A ese excedente se le llama plusvalía. Los ricos no son ricos porque trabajen mucho o sean muy inteligentes. Lo son porque extraen trabajo excedente a cada obrero que contratan. Un gran capitalista, como el dueño de Walmart, que tiene dos millones de empleados en todo el mundo, le extrae a cada uno una cantidad de horas de trabajo excedente. Supongamos cuatro horas por jornada (un cálculo extremadamente conservador) de trabajo excedente por obrero. El señor Walmart obtiene, por día, ocho millones de horas de trabajo, ciento sesenta por mes de veinte días de trabajo, dos mil millones de horas de trabajo por año. Con todo ese trabajo excedente, el señor Walmart puede ampliar su capital, emplear más obreros y explotarlos (se llama “explotación” a esta tarea de extraer trabajo excedente) y, por supuesto, darse una vida regalada.

La conclusión es sencilla: en el mundo capitalista, formalmente, no hay clases, pero que las hay (en la economía), las hay. Esta diferencia de acceso al poder social, hace que toda la estructura formal, que consagra la igualdad ante la ley, termine siendo la forma en que se consagra la desigualdad real: porque no es cierto que seamos iguales. Basta con pensar en los recursos que un millonario tiene para hacer valer sus derechos (desde pagar abogados caros, hasta financiar políticos para que gobiernen como quiera) y aquellos de los que carece un trabajador (que siempre verá pasar políticos que le prometen lo que nunca cumplen y que irá preso por la menor falta sin que nadie lo defienda). Seguramente, alguno preguntará por qué los obreros no pueden transformarse en burgueses y ya. Pero eso ignora el hecho de que, si bien es cierto que no hay ninguna limitación “formal”

al cambio de clase, hay una limitación real: hacerse burgués supone conseguir capital, que es de lo que carece un obrero. De esta forma, el sistema se reproduce sin necesidad de que ninguna ley lo obligue: si no tenés capital, tendrás que vender fuerza de trabajo. Cuánto más avanza la acumulación de capital, es decir, cuanto más grandes son los capitales que un obrero debe enfrentar para ascender de clase desde la nada, más difícil es este tránsito. Por eso, la propia economía reproduce las diferencias sociales y las consolida. Algunos se caerán (normalmente muchos más) y algunos se elevarán (normalmente, muchos menos). La sociedad capitalista se polariza (cada vez hay menos ricos más ricos y más pobres, más pobres) generando la ilusión de que “tu puedes”, si “lo quieres”. La realidad es, en general, a gran escala y en el mediano y largo plazo, lo inverso. No hay más que ver la pirámide poblacional de cualquier país capitalista avanzado (en el que dominan las relaciones capitalistas) como EE.UU., Gran Bretaña, Japón o, si se quiere, la Argentina: un 80% de obreros constituye la base de la sociedad y menos de un 5% la cúpula. En el medio, gente que cree que no es ni una cosa ni la otra, la “clase media”, que odia a los obreros porque tiene miedo de convertirse en uno, y adora a los ricos, porque quiere convertirse en millonaria. Este estrato es la principal fuente de ideología liberal, es decir, el mito de la igualdad capitalista.

Esta larga aclaración sirve para explicar qué queremos decir cuando hablamos de socialismo: una sociedad donde la igualdad no sea una formalidad, sino un hecho real. Para eso no alcanza con repartir la riqueza de los ricos entre los pobres. Eso solo generaría una distribución de los resultados sociales del capital. La continuidad del sistema capitalista, tarde o temprano, genera nuevos ricos y el ciclo comienza de nuevo. Tampoco es necesario, más bien lo contrario, eliminar a los ricos, reemplazarlos por otros. En realidad, la persona en cuestión no importa, lo que importa es que los nuevos ricos se comportarán de igual manera que los viejos. No. Lo que hay que cambiar son las relaciones sociales, es decir, que algunos posean los medios de producción y otros nada. Lo que hay que hacer no es *distribuir* los

medios de producción, sino transformarlos en propiedad de toda la sociedad. Lo que implica concentrar su propiedad en el Estado. Hay que eliminar *la propiedad privada de los medios de producción*. Eliminada la propiedad privada de los medios de producción, se eliminan las clases sociales (no hay propietarios y desposeídos) y el Estado pasa a representar a toda la sociedad, no a una clase. Con la eliminación de las clases sociales, se elimina la explotación, es decir, la extracción de trabajo excedente de la mayoría desposeída en beneficio de la minoría propietaria de los medios de explotación. Eso, indudablemente, resulta en una transformación en el Estado, un cambio en su forma social. Para entender esto, hay que ver qué es el Estado.

De la descripción anterior puede deducirse que la sociedad cambia muy poco a lo largo del tiempo. Las grandes transformaciones sociales se producen muy de vez en cuando y cuando una nueva sociedad aparece, normalmente es porque logra responder a problemas importantes de la humanidad, aunque sea de una manera cruel. Por eso, desde hace 300 años que vivimos en el mismo tipo de sociedad, la sociedad capitalista. Obviamente, quienes viven en esa sociedad (o en cualquier otra sociedad de clases) no aceptan su mala fortuna, si les tocó vivir en la parte de abajo. Esa es la razón por la que existe la lucha de clases: los explotados no se resignan a serlo. Y se rebelan. A veces, por una explotación aliviada. Otras, por el fin de la explotación. ¿Por qué no estalla la sociedad de clases, entonces? Una razón, ya la dijimos: porque de alguna manera, resuelve problemas. Pero cuando deja de hacerlo, cuando el daño que produce es mayor que el que evita, cuando aparecen posibilidades reales de una vida mejor, la sociedad de clases estalla. En ese momento, aparece el Estado. El Estado es una institución social cuya función (entre otras) es contener la rebelión de los explotados. Por eso, el Estado es una institución de clase: el Estado de la sociedad esclavista, es el Estado de los dueños de esclavos. El de la sociedad feudal, el de los señores feudales. El Estado capitalista es el Estado de los burgueses. Por más que se vista de seda, burgués se queda. Es decir, por más que garantice la igualdad ante la

ley y el derecho de todos a votar y ser elegidos, ya sabemos cómo funciona. Su punto de partida y de llegada es la defensa de la propiedad privada de los medios de producción, es decir, aquello que establece la superioridad de los capitalistas. No de este o aquél capitalista. El Estado burgués no va a intervenir (aunque hace trampa todo el tiempo cuando se trata de burgueses muy poderosos) porque quiebre esta o aquella empresa, porque, en el capitalismo, ningún capitalista (hasta que le toca a él) acepta que se rescate a la competencia justo cuando la competencia se hunde. Pero cuando la propiedad burguesa de todos los capitalistas, la propiedad privada como tal, se encuentre en peligro (cuando a los obreros se les ocurre que el socialismo tal vez no sea una mala idea) el Estado entrará en acción con su principal arma: el monopolio de la violencia. Allí veremos democracias (burguesas) que no tienen temor de asesinar obreros (piénsese en Perón y la Triple A o Yrigoyen y la Liga Patriótica), reprimir como la peor dictadura. Y si no alcanza, llegará el golpe de Estado militar, el fascismo y lo que haga falta. Porque para el Estado capitalista, la propiedad privada es lo que cuenta. La mayor parte de las veces, la sangre no llega al río, y la represión asume otra forma. Pero para eso, hay que entender qué es un “régimen político”. Queda dicho, sin embargo, que cuando hablamos de socialismo en la Argentina, hablamos de construir un nuevo Estado, un Estado socialista, que haga posible y garantice un nuevo tipo de sociedad, sin clases. Ya imagino a alguno poniendo el grito en el cielo en relación a esta última idea, un Estado socialista, pero se explicará más abajo.

¿Qué es un régimen político? El Estado es una institución. Pero de su existencia no se deduce de qué forma hay que manejarlo, dado que hay muchas formas de hacerlo. A ese “manejo” se lo llama “política” y a esa “forma”, “régimen político”. Un régimen político es la estructura política con la cual se maneja el aparato del Estado. Por ejemplo, la democracia burguesa: en la democracia burguesa, la burguesía concede a las clases subordinadas, la participación en la vida política general, siempre y cuando no se vea afectada la propiedad

privada. Esto significa que el poder, entre diferentes grupos burgueses, se va a decidir a través de la movilización política controlada, las elecciones. Es una movilización política, porque toda población se ve convocada a decidir quién va a manejar el aparato del Estado. Es controlada, porque se limita, mediante la ficción de la representación, a poner un papel en una urna. Luego de este hecho, la política abandona a la sociedad, y queda en manos de los políticos, es decir, de los “representantes”. El pueblo, entonces, que se supone es la base del poder social y la fuente de legitimidad de los gobernantes, solo puede expresarse de esta manera. Y si se arrepiente, a esperar, con paciencia los años que sea necesario esperar, hasta la próxima elección. Aunque el gobernante haya incumplido en forma absoluta con sus promesas de campaña. Hay mecanismos para atenuar esta expropiación política del pueblo (juicio político, referéndum, etc.) pero son siempre circunstancias excepcionales, que protegen a los gobernantes de cualquier voluntad popular, en nombre del “respeto a las instituciones”. La democracia es burguesa, porque en realidad, los que realmente participan del poder son los que tienen recursos para hacerlo, ya sea directa o indirectamente, y porque la estructura jurídica, presidida por el respeto sacrosanto a la propiedad privada, es burguesa. Es su sociedad, es su Estado, es su régimen político. Obviamente, el sistema democrático burgués actúa como una fachada, pero no deja de contener elementos de realidad, que hace que, como régimen sea preferible a otros, donde la arbitrariedad del poder se transforma en norma, como la dictadura burguesa y sus varias manifestaciones, desde la dictadura militar hasta el fascismo. Son todos regímenes burgueses. El más seguro es la democracia burguesa, porque el explotado “acepta” la dominación burguesa y llega a creerse libre. Cuando esa ilusión se cae, aparece el dominio burgués sin cortina alguna (el Proceso Militar, por ejemplo). A veces, para reestablecer su poder, el capitalismo debe apelar a la ayuda de otras clases sociales, como la ya mencionada “clase media” (o mejor, pequeña burguesía) para ayudar a reprimir a una clase obrera muy sublevada. Es la hora del nazismo.

Todos estos son regímenes políticos burgueses. ¿Por qué hablamos de ello? Porque es muy probable que este programa que el lector tiene entre manos llegue al gobierno por medio de la democracia burguesa. De eso hablamos cuando decimos que se trata de una apuesta de tipo “allendista”, por Salvador Allende, presidente chileno que llegó al gobierno mediante la elección popular en un régimen democrático burgués. Como dijimos antes, llegar al gobierno en estas condiciones es un problema, porque significa que la sociedad capitalista, con su Estado y su régimen político, están preparados para defender la propiedad privada. Dicho de otro modo, un gobierno revolucionario en estas condiciones, nace extremadamente condicionado. Por ejemplo, por la voluntad de la burguesía de cambiar de régimen y apoyar, contra obreros sublevados, otro tipo de manejo del aparato del Estado, que le permita actuar de formas que la democracia burguesa no tolera o tolera poco. O deja ver, fácilmente, que todo era una mentira. No es extraño, entonces, que cualquier intento de transformación social más o menos seria, deba enfrentarse, primero, a las limitaciones que le impone la democracia burguesa, y luego, a la amenaza burguesa de promover un nuevo régimen, más agresivo que el anterior. Un gobierno que nace, entonces, para superar la democracia burguesa, se ve constreñido, rápidamente, a defenderla frente a algo peor. Y defenderla (o superarla) con muy pocas herramientas, porque conquistar el gobierno es relativamente fácil. Lo difícil es conquistar el poder. Para entender esto, entonces, hay que comprender qué es un gobierno y qué puede gobernar un gobierno en una democracia burguesa. Va de suyo, por todo lo que hemos dicho, que una Argentina socialista no busca destruir la democracia burguesa en nombre de un régimen político represivo, sino en el de un régimen político realmente “democrático”, basado en la igualdad real, no formal, entre los miembros de una población ya no distribuida en clases sociales. Estos nuevos “ciudadanos” se representan en un nuevo Estado que es el soporte de una nueva forma de propiedad de los medios de producción, la propiedad colectiva. Una Argentina socialista es más “democrática” y

no menos que la más democrática de las democracias burguesas. Pero para llegar allí, tenemos que conquistar el poder *a través* de la democracia burguesa, por lo menos, por ahora, porque, como dijimos, por ahora la lucha política va pasando por el campo electoral. Veamos, entonces, el concepto de “gobierno”.

El gobierno es el elemento más débil de esta secuencia. Una sociedad cambia, radicalmente, una sola vez. Su Estado, cambia, se transforma, puede caer y ser recompuesto, pero siempre dentro de un mismo molde. Los regímenes políticos cambian con cierta frecuencia, aunque suelen durar décadas. Los gobiernos, por el contrario, cambian regularmente. Es más, es un motivo de orgullo para la democracia burguesa, *deben* cambiar, no pueden eternizarse. El gobierno es simplemente el personal político que ocupa el comando del aparato del Estado. O, mejor dicho, de una parte de ese aparato, el Ejecutivo. Porque la estructura del Estado capitalista supone que el gobierno solo controla aquella parte a la que le toca la tarea cotidiana de ejecutar órdenes, que vienen de sí mismo, pero también de otros. De otros que, públicamente le ordenan, desde otro poder, el Legislativo, qué hacer, o desde el Judicial, que le señalan lo que no puede hacer, es decir, los límites constitucionales de su acción. El poder judicial es virtualmente inatacable por un gobierno recién llegado y puede tomarle todo su mandato modificar su composición. El gobierno controla con dificultad el poder legislativo, porque, sobre todo en el caso argentino, no es tan fácil conseguir una mayoría suficiente en ambas cámaras, sobre todo porque los distritos grandes y más proletarios, carecen de representación en el Senado (no hay senadores del Conurbano, por ejemplo, aunque la mayoría de las intendencias que bordean la capital tengan muchos más habitantes que la mayoría de las provincias). La forma de renovación de los mandatos impide una renovación completa de las cámaras, haciendo persistir mayorías ya inexistentes en las urnas. Se trata de una de las tantas trampas del sistema representativo, preparadas para evitar que una elección

“disruptiva” altere radicalmente la situación política. O, lo que es lo mismo, para que nada cambie.

Con esto, lo que se trata de señalar es que un gobierno socialista revolucionario, llegado al “poder” por las urnas, no llega en realidad al “poder”. Porque, además de las trampas que hemos mencionado y del limitado lugar que se consigue al conquistar el gobierno, hay que recordar que hay áreas enteras del Estado que no sólo no van a elecciones (como los jueces), sino que son extremadamente resistentes a toda modificación y con estrechos e infinitos lazos con las redes del poder burgués: las fuerzas armadas, el aparato represivo en general, el sistema de “espionaje” y la alta burocracia estatal, por ejemplo. Y eso todavía no es más que el poder “político”, es decir, el poder que se ejerce desde el Estado, que no solo no es todo el poder, sino ni siquiera el más importante. Porque el verdadero poder se encuentra en la economía, donde una clase tiene en sus manos todos los resortes necesarios para hacer naufragar cualquier intento de cambio mediante mecanismos de boicot del proceso económico (fuga de divisas, evasión tributaria, corridas cambiarias, vaciamientos, etc.). Dicho de otro modo, la conquista del gobierno es apenas el punto de llegada de un camino muy largo al final del cual, si se logra recorrer por completo, se encuentra el poder y, por ende, el futuro.

Es por esto que los socialistas no guardan mucha expectativa con la democracia burguesa, porque saben que al otro día de ganar tendrán las manos completamente atadas. Por eso también, fijan sus esperanzas en una rebelión proletaria que barra con todos estos obstáculos, destruya el Estado burgués y permita comenzar desde cero. El programa que aquí proponemos se realizaría de modo infinitamente más sencillo en un escenario de ese tipo, en tanto el camino al poder real se abreviaría notablemente. Sin embargo, un escenario así suele ser más bien excepcional, lo que obliga a los partidos revolucionarios a languidecer en una eterna ilusión de un advenimiento que rara vez ocurre. Preferimos elaborar una estrategia que acepte la realidad política más probable y trate de caminar por allí, antes que

esperar a que los problemas se resuelvan solos. Por otra parte, dada la situación política argentina, no sería extraño que un partido muy a la izquierda fuera llevado al gobierno. En ese contexto, la izquierda trotskista, maoísta o guevarista, no sabría qué hacer, puesto que no se ha preparado para esa ocasión. Al mismo tiempo, un porcentaje importante de la población estaría, probablemente, dispuesto a votar a un gobierno con perspectivas radicales, si se le ofreciera un camino practicable, es decir, que se apoyara en propuestas prácticas antes que en vaguedades generales.

Queda establecido, entonces, que el primer obstáculo con el que un gobierno revolucionario va a enfrentarse es la legalidad burguesa. Se podría especular con que una agitación particularmente exitosa podría constituir un gobierno revolucionario en medio de un proceso constituyente, que haría que el camino se acortara de modo importante, aunque todavía estaría pendiente la cuestión del poder militar y económico. Debe recordarse que un proceso de tipo constituyente es apenas un momento de agitación. Ninguna convención constituyente puede construir una nueva sociedad a fuerza de decretos. De modo que, además de exageradas expectativas, ese tipo de procesos todavía están muy lejos de las realizaciones materiales concretas, es decir, del poder, fuera del cual, todo es ilusión. Preferimos plantear este problema en el punto más probable en que logre encarnar, que es el más difícil, largo y peligroso: el momento “allendista”.

Por otra parte, como explicaremos más abajo, es más factible que un gobierno se consolide si logra mostrar su eficiencia creciente y, con ella, la atracción de mayor cantidad de fuerzas sociales que van obteniendo resultados de esa eficiencia. Más que construir una fuerza ex novo, el momento allendista consiste en un progresivo alinear de fuerzas que, una vez que adquieren fundamento a su existencia y desarrollo en la política en marcha, se transforman, de obstáculo, en un sustento de dicha política. Si la guerra es el movimiento en un medio que resiste, un gobierno revolucionario en un momento allendista debe tener siempre la iniciativa, evitar los choques frontales y

alinear fuerzas. Eso nos lleva a pensar en una política económica de transición. Nos concentramos en la política económica, para bien o para mal, porque es lo que realmente importa a la hora de disputar el poder. Dicho de otro modo, vamos a hablar ahora de qué haríamos y cómo, en caso de conquistar el *gobierno* mediante las urnas.

8. La transición

Una aclaración antes de comenzar con la descripción de nuestro plan de *gobierno*. Los socialistas nos proponemos eliminar la propiedad privada. La propiedad privada de los *medios de producción*, no de los *bienes de uso*. Los medios de producción son aquellos que permiten producir y reproducir la vida a gran escala, a escala social. Es decir, los que se usan, por decirlo así, para trabajar, para producir socialmente: campos, fábricas, instalaciones, maquinaria, etc. Los *bienes de uso* son aquellos de tipo personal, para el consumo cotidiano: la ropa, la casa, el auto, por enumerar aquello que suele preocupar más al individualista. Lo que el Estado socialista, en nombre de toda la sociedad, va a concentrar, son los *medios de producción*, no los *bienes de uso*. Va de suyo que, si alguien usara sus bienes de uso como medios de producción, entraría en colisión con la forma de la sociedad. Por ejemplo, si alguien poseyera tres autos y destinara uno al uso personal y los otros dos los “alquilara” para actuar como remises, ya no serían bienes de uso sino medios de producción. Obviamente, hasta que alcancemos una sociedad socialista relativamente desarrollada, sería difícil que el Estado socialista, debiendo gestionar gigantescos sistemas productivos, se preocupe por un remisero. De modo que la pequeña producción mercantil, e incluso la “pyme”, sobrevivirán mucho tiempo, probablemente, un par de generaciones, en un marco en el cual muchas actividades económicas no pueden ser socializadas. No pueden ser socializadas por su reducido tamaño, su escasa

importancia económica o por pertenecer a ramas de la economía donde la planificación es más difícil.

Debe quedar claro, entonces, que esa idea de que los socialistas queremos quedarnos con todo es estúpida. Y lo es, primero que nada, porque la propiedad de la que hablamos es la propiedad socializada, es decir, propiedad de la sociedad, no de algún particular, sea socialista o lo que sea. Y después, porque lo único que pretendemos socializar son los GRANDES medios de producción. Ni expropiación de kiosqueros ni apropiación de medias de lana y calzoncillos largos. El socialismo no es esa caricatura y toda persona inteligente debiera darse cuenta de que cuando repite acríticamente esas tonterías, está siendo víctima de manipulación ideológica por parte de aquellos que quisieran que, efectivamente, el socialismo fuera una sociedad totalitaria, absurda, sin sentido. Eso hace más fácil hacer pasar las iniquidades del capitalismo como la única posibilidad de vida.

Dicho esto, explicitemos los criterios más generales de un programa de gobierno socialista, dejando para después, un plan específico para los primeros cuatro años de gobierno. El primer criterio es el siguiente: lo que funciona, entendiendo por tal, lo que está alineado con la productividad internacional, es decir, no requiere subsidios ni directos ni indirectos, no se toca. No porque seamos respetuosos de la propiedad privada “eficiente” o de los “buenos capitalistas”, sino porque antes que cualquier otra cosa, la tarea de un gobierno socialista que llega en condiciones “allendistas” es garantizar la continuidad de la economía, es decir, que, al otro día de la llegada al gobierno, la gente vaya al cajero y encuentre su sueldo. No podemos arrancar el gobierno tratando de dominar el conjunto de la economía. No solo porque probablemente no tengamos suficiente energía social para tal cosa, sino porque manejar una empresa, no digamos el conjunto de la economía, sobre todo una empresa eficiente y de escala mundial (Techint o Arcor, por ejemplo), supone un gigantesco *know how*, una gran experiencia y un conjunto muy aceitado y enorme de técnicos confiables. La toma de posesión prematura por el Estado

de este tipo de empresas no puede sino arruinarlas. Es forzoso reconocer que estas empresas nos van a acompañar por mucho tiempo y, más que expropiadas por un acto de voluntad, van a ser desplazadas por el éxito del proceso económico socialista. Lo mismo sucede con el agro, en particular, el agro pampeano: es más fácil, por medio de las retenciones, apropiarse de la renta, que pretender gestionar una maquinaria compleja de la noche a la mañana cuando tenemos por delante enormes problemas urgentes: todo el resto de la economía que no funciona y constituye el núcleo de nuestro desafío. En el campo, progresaremos a medida que el Estado se vaya haciendo cargo de tierras que pasan a su propiedad por deudas, quebrantos, etc. Y no van a ser manejadas “por pequeños productores”, ni por “economía familiar”, “población aborígen”, ni por “campesinado” alguno. Van a pasar, directamente, a grandes empresas agropecuarias de propiedad estatal. En ese proceso, iremos consolidando una metodología de trabajo, aprendiendo técnicas y métodos de gestión y mejorando resultados. Se irá gestando, de este modo, un sector agrario estatal, eficiente y dinámico, que irá creciendo con el tiempo. En la medida en que la producción científico-tecnológica estatal permitirá ir reemplazando a los proveedores de insumos, que el transporte, reconstituido el sistema ferroviario, estará en manos del Estado y que la comercialización de la cosecha será también una tarea estatal, la participación en la apropiación de esa riqueza social no requerirá en forma inmediata la modificación completa de la propiedad de la tierra. Se evitará, de ese modo, afectar un sector cuyo correcto funcionamiento requiere de manejo cuidadoso, dada su importancia vital para el conjunto de la economía.

El segundo criterio es el inverso del anterior. Así como no podemos poner en cuestión el funcionamiento del conjunto de la economía por la toma prematura de las empresas eficientes, no hay más subsidios para ningún capital ineficiente. Dicho de otro modo: el capitalista que no pueda sobrevivir como capitalista, que no pretenda socializar sus pérdidas. Capital que no es rentable, a la quiebra,

no hay rescate para nadie. Esto pone al Estado socialista ante un problema: la quiebra masiva de empresas ineficientes y, por ende, el tendal de desocupados. La política en esa situación, en una secuencia que comenzará el mismo día en que el gobierno socialista se haga cargo, supone encarar una tarea de “eficientización” de tales capitales mediante la formación de asociaciones con el Estado. Los capitales ineficientes serán invitados a participar de un proceso de concentración y centralización en unión con el Estado en una empresa de tipo mixta. Los que no acepten, pueden seguir por su cuenta, pero los que quiebren, serán estatizados sin costo alguno para el Estado. Dicho de otro modo: el que quiere ser capitalista, que demuestre que puede. Con subsidios y regalos, cualquiera es capitalista. De este modo, la propiedad estatal crecerá ya sea por la concentración de capitales ineficientes en empresas mixtas o por la absorción y reestructuración de “empresas recuperadas”.

El tercer criterio es la política de campeones estatales. Se trata del privilegio al desarrollo estatal en un conjunto limitado de ramas, como ya hemos explicado, caracterizadas por su alta complejidad tecnológica. Si el primer criterio busca evitar el desmadre de la economía y garantizar el proceso de transición y el segundo mejorar la eficiencia general, el tercero se preocupa por el futuro, es decir, por el diseño productivo a largo plazo que hará posible una Suecia en el siglo XXI, al sur del océano Atlántico.

El cuarto criterio es el de la defensa de los intereses del Estado frente a los capitalistas. Se acabó el Estado que subsidia avivados, que regala su patrimonio, que se pone al servicio del robo de la riqueza colectiva. Buena parte de la recuperación del peso económico del Estado pasará no solo por la imposición de una norma plenamente capitalista (lo que no funciona, no se subsidia), sino por otra norma, también perfectamente aceptable dentro del marco jurídico burgués: la recuperación de los bienes producto de actos de corrupción y deudas con el Estado. Buena parte de la burguesía argentina sobrevive en medio de un sistema de corruptela generalizada. Una agresiva

política destinada a recuperar para el Estado aquello que fue apropiado mediante mecanismos propios de la corrupción que domina nuestro país, arrimará a las finanzas públicas ingentes recursos. Lo mismo con las deudas (previsionales, impuestos, etc.) de todo tipo, que las empresas privadas tengan con el Estado.

De este modo, quedan diseñados tres tipos de empresa en la Argentina socialista: la empresa privada, la empresa mixta y la estatal. La empresa privada estará conformada por todas aquellas unidades económicas de propiedad individual que sobrevivan por sí mismas a la competencia capitalista. El Estado no intentará, bajo ningún criterio, ahogar el funcionamiento de este tipo de empresas, entendiendo que, en la primera fase de construcción del socialismo, no pueden ser reemplazadas y que su funcionamiento sirve al desarrollo de la economía nacional. Probablemente, salvo un par de grandes empresas de inserción internacional, solo estén en condiciones de operar a partir de estos criterios, aquellas unidades económicas que intervengan en el sector agrario y las “micro-empresas”, es decir, aquellas que por la naturaleza en el sector que operan, no ofrecen ventajas sustantivas a las economías de escala (los servicios personales, el turismo, las refacciones, etc.) y no participan del mercado mundial propiamente dicho. Va de suyo que, en este sector, el Estado no hará diferencia entre empresas locales y extranjeras, solo establecerá los límites elementales a cualquier actividad económica, sean sociales (las leyes laborales) o ecológicos.

La empresa mixta es aquella que operará, con toda seguridad, en el ámbito denominado “pyme” (una aclaración: a escala internacional, la mayoría de las empresas argentinas son “pymes”). Una empresa mixta divide su capital accionario en partes iguales entre los propietarios privados que participan de la empresa, por un lado, y el Estado, por otro. La función de dirección general recae en el Estado, midiéndose su éxito o su fracaso por la capacidad de elevar la productividad del trabajo de cara al mercado mundial. La función de ejecución parcial y fiscalización recae en los ex propietarios privados, que, sobre

la base del plan general, desarrollan las directivas al nivel de planta. Los ejemplos más fáciles de comprender son los siguientes: la producción de zapatos, sobre todo, de zapatos de mujer, se desparrama en centenares de pequeñas y medianas empresas; lo mismo sucede con la confección de prendas. La concentración de toda la maquinaria en un solo espacio, con un solo canal de distribución, de adquisición de materias primas, el uso común de edificios y fuentes de energía, la racionalización de los procesos productivos y la introducción de tecnología, más la capacidad del Estado para crear mercados, elevaría inmediatamente la productividad. Piénsese solo en la magnitud de compras estatales en ropa y calzado de trabajo, y se tendrá una idea clara de las posibilidades de economías de escala que empresas de este tipo tendrían. Si bien no creemos que este es el proceso central de la economía en el largo plazo, sí lo es en el corto y mediano, porque hacer eficientes estas ramas cuyo destino es, básicamente, el mercado interno, no solo puede resultar en alguna capacidad exportadora inesperada, sino en una reducción sustantiva, real, de la inflación. Porque es mediante la baja de los precios por la mayor eficiencia productiva que se reduce la presión inflacionaria. Una Argentina socialista es una Argentina que combate la inflación genuinamente, es decir, en la producción misma, no mediante artilugios monetarios.

La empresa estatal es aquella que surge de su propio seno, ya sea porque el Estado recaptura funciones, o porque se hace cargo de las empresas quebradas porque resultan incapaces de funcionar sin subsidios de algún tipo. Es obvio que un Estado socialista volvería a traer a su seno todas las tareas en el campo de la energía, del transporte ferroviario y de las telecomunicaciones. El retorno de renovadas empresas estatales como ENTEL, Ferrocarriles Argentinos, YCF, YPF, Astilleros y otras por el estilo, significarían dar marcha atrás con el fraude de las privatizaciones, que transformaron los déficits del Estado en subsidios privados, aptos para negociados de todo tipo y para el enriquecimiento de los sectores más parásitos de la burguesía local, el Club de la obra pública, cuya capacidad "capitalista" se ve en

la causa “de los cuadernos”. Pero, además, el Estado encarará la producción directa de todo aquello que pueda hacerse en términos de eficiencia general (energía nuclear, por ejemplo), farmacéutica, hardware, etc. Va de suyo que aquellos sectores de la propiedad estatal que no funcionen en forma rentable y sean superadas por la competencia privada, serán cerrados. No se puede aceptar ningún romanticismo en torno a este punto: subsidiar eternamente empresas inviables, es reaccionario. Igual que en el sector privado, en el estatal solo existirá aquello capaz de sobrevivir por sí mismo. Todas las empresas estatales no eficientes serán convocadas a presentar planes realistas, en plazos razonables, para justificar su existencia. De no hacerlo, serán transformadas en aquello que al Estado le resulte conveniente, por supuesto, respetando los derechos laborales y los ingresos de los trabajadores. Hay que entender que el sector estatal de la economía será el núcleo de la construcción socialista y marcará el sentido general de evolución de la economía. No se puede proceder a partir de criterios ideológicos o consideraciones abstractas, ni mucho menos, respetar privilegios inexplicables.

9. La base social

La principal tarea del primer gobierno socialista, de sus primeros cuatro años en el poder, es la consolidación de una base social, es decir, de un conjunto de fuerzas sociales que participa del proceso creador, recibe sus beneficios y, por lo tanto, está dispuesto a defender ese proceso y sus resultados. Toda revolución social comienza por un hecho que crea condiciones históricas nuevas, entendiéndose por tal, hechos que generan intereses a favor de la nueva realidad que, por lo tanto, están dispuestos a defenderla frente a la resistencia al cambio. Una vez que la propiedad terrateniente en Rusia fue destruida por los campesinos, que se repartieron la tierra, cualquier intento de dar marcha atrás implicaba enfrentarse a millones de seres humanos dispuestos a defender la nueva realidad. De modo que la primera tarea de un gobierno revolucionario que asume en un “momento allendista” es procurarse una situación de este tipo. Es decir, producir hechos que consoliden intereses que se sientan movilizados en la defensa del proceso de transformaciones. Es importante destacar este punto, porque muchos gobiernos que pretenden algo similar, suelen arrancar haciendo concesiones, solicitando paciencia a las bases, que terminan abandonando la experiencia simplemente porque no tienen nada propio que defender.

Esto significa muchas cosas. Primero, que la economía es, también, política. Que no es lo mismo empezar por un lado que por otro y que los tiempos y las medidas son una ecuación política a resolver.

Dicho de otro modo, las medidas inmediatas, de corto plazo, deben encarar el problema económico al mismo tiempo que el problema político. Si el problema político es cómo hacemos para consolidarnos en el poder, el problema económico es cómo encaramos las soluciones que el país necesita con medidas que construyen el poder socialista. Es decir, las medidas inmediatas deben ser eficientes en términos económicos y políticos.

¿Cuáles serían esas medidas inmediatas? La primera es desocupación cero. El primer decreto del gobierno revolucionario es la incorporación como personal estatal a todos los desocupados del país, con el salario que corresponde a la categoría más baja del empleo estatal. Eso fija un piso a los salarios de toda la economía y elimina la competencia entre los obreros, forzando a las empresas privadas a elevar la productividad. La segunda es el blanqueo de todos los trabajadores en negro. Otra vez, las empresas que quieran sobrevivir deberán elevar la productividad a los efectos de alcanzar los ingresos necesarios. La tercera, el fin de la medicina privada subvencionada, lo que incluye a las obras sociales sindicales, y la creación de un plan nacional de salud general para toda la población trabajadora. Las obras sociales sindicales y las empresas de medicina prepaga que no puedan sostenerse por sí mismas deberán cerrar. La cuarta, la creación de nuevas ciudades, en las cercanías de Buenos Aires y Rosario, junto con la ampliación del predio urbano de las grandes capitales del interior, mediante la expropiación de tierras para utilidad pública, a fin de dar vida un plan nacional de vivienda. La quinta, la puesta en marcha de un plan de desarrollo energético nacional. Otra vez, en un nuevo recuadro puede verse un esbozo de dicho plan, sostenido en la expansión de la energía nuclear. Esta última medida es la parte del plan de gobierno que apunta al futuro en forma directa.

La primera objeción contra estas medidas es su fuente de financiamiento. Pero ese es un problema menor frente a la falta de base social para la transformación. El Estado argentino ya es un Estado deficitario. No lo va a ser más por estas medidas, simplemente va a

cambiar el destino de los fondos generados por ese déficit: del subsidio a una burguesía parásita a la creación de un sistema productivo con futuro y de una reparación social imprescindible. Por eso, no son, necesariamente medidas inflacionarias, en todo caso, la situación no será peor que lo actual, en todo caso, habrá menos fiestas en los countries y más felicidad en los barrios populares. También se puede decir que son medidas que harán quebrar a muchas pymes que no pueden soportar el blanqueo. Pero, las pymes ya están quebradas con trabajadores en negro. Y, como vimos, tenemos una propuesta para pymes ineficientes: la asociación con el Estado en empresas mixtas. Obviamente, aquel que no quiera, que siga como está, pero que no reivindique su derecho al trabajo en negro... Por otra parte, las medidas tienen sus elementos positivos: el blanqueo de trabajadores aumenta los ingresos del Estado; la construcción de nuevas ciudades va a disparar un boom del sector. Por otro lado, el fin de subsidios a la burguesía parásita aliviará mucho el déficit estatal. Por sobre todas las cosas, estas medidas van a dar una base sólida a la revolución, en la medida en que la población se siente movilizada por sus propias necesidades y las identifica con el triunfo del proceso.

Debe tenerse en cuenta, también, que no se trata simplemente de un aumento del personal del Estado proveniente de la desocupación encubierta. Se trata del incremento de personal de un Estado productivo. De modo que toda esa masa de fuerza de trabajo entra al empleo estatal en condición de disponibilidad, a una *bolsa de trabajo* estatal. En esa bolsa de trabajo, los obreros están en disposición de ser movilizados a todas las tareas necesarias, en particular, las grandes obras públicas. Buena parte de ese personal ingresará a las nuevas empresas estatales, algunas de las cuales se pueden organizar muy rápidamente, como la recolección callejera: una gran empresa nacional de reciclaje y tratamiento de basura, no solo mejorará la salud pública, sino que creará un sector productivo real y mucho más eficiente que el sistema actual de cooperativas. Se evitará, eso sí, el ingreso a la administración pública, en tanto se intenta aligerarla del exceso de personal que

la caracteriza hoy y que se hará más agudo cuanto más se desarrolle un sistema de burocracia inteligente e interconectado.

Hay que recordar que el núcleo de estas medidas es la contracara de otra medida, que es la base final de sustentación de este experimento: el “desgrasamiento” del Estado. El Estado va a ser sometido desde el primer día a un ajuste severísimo, que tendrá por objetivo eliminar los bolsones de subsidios encubiertos. Una tarea que va desde los precios de la obra pública, de los precios de proveedores, a los gastos de la política, de la administración, etc. Es indudable que una reducción en el número de provincias, por ejemplo, que resultan inviables en las condiciones actuales, eliminaría mucho gasto “político”. Es evidente que la estructura provincial del siglo XIX no puede ser la del siglo XXI. Lo mismo con el sistema de jubilaciones de privilegio. No puede haber jubilaciones superiores a diez veces la mínima, por dar un ejemplo. La eliminación de cargos políticos inútiles y de la cámara de senadores, significaría una verdadera revolución en los gastos estatales. La eliminación de todo vínculo entre iglesia y Estado, igual que todos los regímenes de privilegio que benefician a militares o altos magistrados, también significaría un ahorro sustantivo. La eliminación de subsidios a producciones inviables, aunque no afecten los salarios de los obreros involucrados, significaría baja de gastos. Este punto es importante: en ningún caso, ningún trabajador, sea cual sea la transformación que se produzca en su sector, dejará de percibir el mismo salario que percibía en su situación anterior, ni ninguno de sus derechos.

Debe tenerse en cuenta, además, que la Argentina socialista no marcha hacia una sociedad autónoma, sino más bien lo contrario, plenamente integrada al mundo, de modo que lo que no sea rentable producir localmente se importará. Eso abaratará los costos locales, disminuyendo la presión sobre la inflación. De la misma manera, estas medidas van acompañadas de una apertura generalizada a la inversión de capital extranjero en todos los sectores en que se produzca para la exportación, en particular, minería y combustibles fósiles.

Algunos pueden cuestionar esta idea, pero un experimento como el que proponemos requiere audacia. Se trata de una política de exportar todo lo que se pueda exportar, por lo tanto, todo suma.

De este modo, es dable pensar que el impacto de este conjunto de iniciativas puede ser fuerte en un primer momento, pero es manejable hasta que el sector productivo dedicado a la exportación comience a ganar volumen y pueda brindar un soporte más sólido al sistema en marcha. Con todo, enunciar estas medidas como inmediatas no significa llevarlas a cabo todas al mismo tiempo. Algunas, como la construcción de ciudades nuevas, demandarán tiempo, planificación y, sobre todo, recursos. Pero su formulación temprana permitirá avanzar rápidamente, aunque es probable que su ejecución recién comience sobre fines del primer mandato socialista. Otras son inmediatas, como la estatización de la desocupación. Para que una medida de este tipo no cause una quiebra aún mayor del aparato del Estado (que no sería tal, teniendo en cuenta de que estamos hablando de población que ya recibe ingresos del Estado, de modo que no se trataría de un gasto tan grande como el que parece a simple vista), debe ir acompañada de un plan nacional de empleo productivo estatal. En el Anexo al final de este libro puede verse un esbozo de dicho plan y sus virtudes. Otras medidas de este primer período, serán producto de una extensa deliberación y una ejecución concertada. No se puede blanquear a todo el mundo en negro de la noche a la mañana, pero sí es posible iniciar un plan nacional de regularización del empleo en el contexto de la creación de empresas mixtas, proceso que comienza el primer día y se extiende a lo largo de todo el primer gobierno. La política de recuperación de la propiedad estatal y de cobro de deudas y ejecución de quiebras comenzará el primer día, pero, dada la continuidad de la legalidad burguesa, entrará en la "máquina de impedir" judicial, lo que nos obligará a la movilización permanente de la población, que debe forzar a moverse a aquellos que buscarán cajonear, obstaculizar el desarrollo de la política socialista y defender los privilegios de la clase parásita a la que pertenece la mayoría de los jueces.

Es obvio que estas medidas deben ser calibradas y, sobre todo, vinculadas, a fin de que generen sinergia: la construcción de nuevas ciudades debe vincularse con los nuevos emprendimientos productivos del Estado, de modo que no sean simples lugares de “habitación” o “ciudades dormitorio”. Es obvio, que el hecho de que no nos asuste el potencial inflacionario de estas medidas, no significa que debemos actuar a lo bonzo. Pero estas medidas estarán sobre la mesa el primer día. Se pueden señalar muchas contradicciones, pero también se pueden señalar muchas medidas para contrarrestarlas. Eso entra dentro del día a día de la gestión de gobierno.

Un plan nuclear

¿Por qué un plan nuclear? Por varias razones: 1. Una Argentina que tiene que salir de su atraso y de su estancamiento, tiene, necesariamente, que expandir su base energética. 2. Dentro de las energías más baratas, más limpias y menos contaminantes se encuentra la nuclear. 3. Nuestro país posee una amplísima experiencia en el desarrollo del sector, produciendo tecnología propia. 4. El porcentaje de energía nuclear en el conjunto de la producción energética argentina es muy baja, de hecho, una de las más bajas del mundo entre los países nucleares. 5. Puede reemplazar energía de origen fósil fácilmente exportable, como petróleo y gas. Veamos.

En un país que se queda sin energía eléctrica cada vez que hace o mucho frío o mucho calor, no hace falta explicar el primer punto. Si la Argentina no está hundida en una crisis energética grave se debe simplemente a que su industria crece a un ritmo paupérrimo y desde hace una década está estancada. En un país que tiene, casi como orgullo nacional, a su desarrollo en la industria nuclear, tampoco hay que explicar demasiado el tercero. El segundo punto puede dar lugar a un intenso debate, pero la idea de que la energía nuclear es incontrolable simplemente no responde a la realidad. Es cierto que cuando hay un problema en una central nuclear, normalmente se trata de un problema grave, como Fukushima. Pero hay que recordar que la crisis nuclear en la ciudad japonesa sucedió en medio de la combinación de un terremoto y un tsunami, con una cantidad de víctimas fatales ridículas para lo que estaba en juego. Eso más bien habla de la seguridad notable de este tipo de instalaciones. En el mundo hay cerca de 400 centrales nucleares y los casos graves se cuentan con los dedos de una mano. Por otra parte, la energía nuclear tiene algunas características invaluable: ocupa muy poco lugar, a diferencia de parques eólicos y solares, y es capaz de producir todo el tiempo, independientemente de las

condiciones climáticas y la hora del día. Es decir, tiene un menor impacto territorial, por un lado, y, por otro, estabiliza el sistema de provisión de energía. Por otra parte, comparado con los países que se proveen de este tipo de energía, el nuestro aprovecha esta tecnología apenas para el 4,5% de su parque energético, contra el 6% de México, el 14,6% de Canadá, el 19,3% del Reino Unido, el 20% de EE.UU., el 33,3% de Finlandia, el 49,9% de Bélgica o el 71,6% de Francia. El quinto punto es particularmente importante, no solo porque un aumento de la energía nuclear permitiría crear una base energética para sostener la expansión económica, sino porque es necesario eliminar el componente fósil de dicha base. Esa eliminación, en el país de Vaca Muerta, con una de las mayores reservas de gas y petróleo no convencional, transformaría a la Argentina en un exportador muy importante de esos productos. Productos, además, que hay que aprovechar antes de que se desvaloricen como consecuencia del cambio de patrón energético mundial, que va camino a eliminar tales fuentes de energía.

Hay, en marcha, el intento de acordar con China la provisión de dos centrales nucleares con una base tecnológica que no es la desarrollada por la Argentina. Ese acuerdo vendría atado a otras concesiones al capitalismo chino. Frente a ese acuerdo, es necesario potenciar la producción de centrales nucleares con tecnología local. Evidentemente, un Estado como el argentino, carente de recursos, no puede darse el lujo de despreciar ese tipo de acuerdos, siempre y cuando se garantice la transferencia de tecnología y no resulte demasiado oneroso en términos del proyecto de nación que elegimos a la hora de votar este programa que aquí proponemos. Pero al margen de lo que pueda lograrse en acuerdos de ese tipo, el gobierno socialista debe comprometerse a construir cuatro centrales nucleares nuevas con tecnología nacional. Se trata de un gasto muy oneroso (más que el proceso productivo, el gran gasto de este tipo de energía se produce en la construcción de la central), que

demandaría al menos unos 20.000 millones de dólares, pero que resulta imprescindible, no solo para todo lo que hemos apuntado, sino, sobre todo, para sentar las bases de esa Argentina futura que queremos construir.

10.

Socialismo en un solo país

Buena parte de la crítica a esta propuesta provendrá, primero que nada, de la izquierda, más que de la derecha. Las principales acusaciones serán, sin duda, las de nacionalismo y reformismo. Otra, proveniente del mismo espectro político, es que el resultado no sería “socialista”, sino a lo sumo un “capitalismo de Estado”. La última, “pacifismo”. Empecemos por las dos primeras.

Un señor que algo sabía sobre cómo se hace una revolución, señaló que la revolución es “nacional por su forma, internacional por su contenido”. Ese mismo señor llamó sistemáticamente, a lo largo de toda su vida, a defender un socialismo “nacional”, es decir, que por el momento no podía “desplegar” su contenido. Para los seguidores de ese señor, los trotskistas, cualquier intento de hablar de socialismo sin remitirse inmediatamente a un proceso mundial simultáneo, es una claudicación a la revolución y muestra de stalinismo insalvable. Pero los procesos revolucionarios, hasta ahora, no han sido así y no se ve ninguna razón por la cual deban ser de otra manera. Sin revolución en los países centrales (EE.UU., China, Alemania), lo más probable es que un proceso revolucionario en el resto del mundo se vea, con suerte, rápidamente encapsulado a una región particular.

De esto se deduce, fácilmente, que los revolucionarios que no operamos en países centrales no deberíamos pensar en el socialismo y no debiéramos intentar construir nada en ese sentido, a la espera de que la revolución sea, efectivamente mundial. Va de suyo que esa no es la

concepción de los revolucionarios que hicieron revoluciones: Lenin, Mao, Castro, se enfrentaron al hecho concreto y no retrocedieron ante la realidad. Es más, cuando Lenin concluyó que lo mejor que Rusia podía tener, habiendo fracasado la revolución en Alemania, era un “capitalismo de Estado” que desarrollara las bases para un futuro socialismo en Rusia, fue precisamente Trotsky el que discutió esa idea, afirmando la posibilidad del desarrollo socialista. Contra la vulgata, la NEP no fue, simplemente, la restauración del mercado capitalista. Fue una etapa en la cual la propiedad estatal compitió con la privada por el desarrollo de las fuerzas productivas, en particular, en las ramas de la industria pesada. Dicho de otro modo, el socialismo ruso batallaba en el seno mismo de la producción para modificar las bases sociales de la URSS.

Esta situación planteó el peligro de la reacción y la restauración burguesa. Ese señor, consecuentemente, planteó: “con Stalin contra Bujarin, sí; con Bujarin contra Stalin, nunca”. Era la defensa de esa construcción socialista en un solo país, porque el Estado obrero era eso, no otra cosa. La diferencia con Stalin era la afirmación propagandística de que la URSS podría arribar sola al estadio final, contra la posición contraria (y correcta) de que a la larga una situación así no puede sostenerse. Pero en ese “a la larga” implica, necesariamente, la defensa del Estado obrero, de ese germen de socialismo que, por su forma no supera las fronteras nacionales, pero por su contenido mantiene viva la llama de la revolución... hasta que aclare.

La negación de la posibilidad de la construcción socialista en un solo país, en este último sentido, hace que la izquierda no pueda plantear un programa creíble a las masas. “Seguidme que cuando llegue la revolución mundial...” O si no, un conjunto de medidas que no constituyen ningún plan (nacionalización de la banca y el comercio exterior mientras la burguesía sigue operando la economía real; no pago de la deuda externa sin explicar cómo y por qué la economía no se va a derrumbar; reforma agraria, es decir, dar marcha atrás con las fuerzas productivas, etc.) y que son fácilmente desbaratadas por cualquier

economista burgués sin muchas luces. La izquierda queda, así, como una voz “moral” que afirma lo que “debería ser”, pero bueno... En consecuencia, el realismo cae del lado de la misma clase, la burguesía, cuya existencia hace completamente irreal cualquier solución. Se trabaja, entonces, para el peronismo.

En conclusión, o porque se remite a un momento mítico a producirse en un futuro incierto, o porque se limita a una serie de promesas morales sin efectos prácticos, la izquierda no aparece como una solución realista a los problemas reales de las masas. No extraña, entonces, que nunca haya pasado del nivel del error estadístico. El problema de la izquierda argentina es mucho más grave que el de cualquiera otra, porque tiene en sus manos un material (la Argentina) que podría dar resultados inmejorables a corto plazo solo con barrer a la clase que constituye la razón de su atraso (otra vez, la burguesía). Al mismo tiempo, y por eso mismo, la Argentina está al borde de su disolución nacional. Quien no crea, que repase el 2001. Dicho de otro modo, no hay otra opción realista a la crisis argentina que una salida socialista, salvo para los que sueñan con vacas muertas y sojas forever and ever. Cada diez años, la realidad nos pone frente al problema, cada vez con más agudeza. La pregunta que uno debiera hacerse es: ¿dejamos que estalle y esperamos la revolución mundial? ¿Si llegamos al gobierno (lo que puede suceder en cualquier momento) en un contexto signado por la ausencia de la revolución mundial, como podría haber sido el 2001, le decimos a la gente que es una lástima, pero no podemos hacer nada?

Esta es la cuestión: tenemos que explicarle a la clase obrera argentina que la expropiación de la burguesía y la organización de la producción sobre nuevas bases sociales es una posibilidad real. Y como vamos a tener que operar en un contexto donde nadie nos va a venir a ayudar, sino más bien lo contrario, tenemos que explicarle cómo vamos a mejorar su vida real con estas nuevas relaciones. Es decir, tenemos que buscar un lugar en ese mundo que seguirá siendo capitalista, donde tendremos que construir la mejor solución local hasta

que aclare... ¿Cuál es ese lugar? El del mayor valor de la fuerza de trabajo. No es una solución para la Argentina salir a competir con salarios bajos. ¿Y qué se puede sostener con un nivel de desarrollo tecnológico elevado? Un nivel de vida elevado: Corea del Sur + Suecia. Si eso funcionara, no solo sacaría a la Argentina del camino de extinción al que está condenada, sino que serviría de muestra de lo que la propiedad colectiva y la planificación son capaces de hacer. Ese sería su contenido “internacional”.

¿Y si se produce la revolución en los países avanzados antes que en la Argentina? Maravilloso. No tendremos mucho para hacer. ¿Y si se produce en simultáneo? Maravilloso, tendremos mucho para hacer, pero con mucho viento a favor. Pero un revolucionario no espera la situación ideal. Opera con la realidad. Hay que animarse a superar el stalinismo mental que el trotskismo ha creado como obstáculo epistemológico y político, animarse a ver a la realidad a los ojos y pensar con la propia cabeza. Los muertos, muertos están.

Reformismo. Es evidente que una revolución que se plantea operar dentro de los marcos de la legalidad burguesa, no es una revolución. Es evidente que un proceso de “mejoras” parciales no produce un salto cualitativo, pero eso no es lo que busca esta estrategia, sino crear un consenso generalizado en la masa del proletariado (entre el 70 y el 80% de la población), acerca del rumbo elegido. Después de la crisis inicial, a medida que el rumbo vaya siendo confirmado por el éxito de la estrategia, el consenso en torno al desarrollo permitirá buscar el momento de la ruptura, que puede limitarse, si todo fuera como en el papel, a un simple cambio de la letra de la ley, en la medida en que, en una sociedad donde domina la producción estatal y no hay trabajo asalariado, las relaciones sociales ya han cambiado. A diferencia de la experiencia sueca, aquí el núcleo de la producción social va a estar centrada en el Estado. El reformismo capitalista se limita a la política social, no a la producción. No hay cambio en las relaciones de producción. En el caso argentino, ese es el caso. No es

muy diferente de lo planteado por Trotsky frente a la propuesta leninista de capitalismo de Estado (ver recuadro adjunto).

Estas consideraciones nos permiten sumergirnos en la anteúltima objeción a nuestra estrategia y a nuestro programa. Si llegamos al final del recorrido, poco importará el nombre que se le ponga, resultaría un éxito absoluto contra cualquier propaganda capitalista y una reivindicación completa de la planificación y de la capacidad humana para decidir por su destino de modo consciente y libre. Pero eso es, precisamente, el socialismo. Es obvio que una Argentina obligada a participar del mercado mundial capitalista, donde domina, consecuentemente, la ley del valor, estará sometida a la dinámica general del capital. Pero lo que define a una sociedad son las relaciones de producción que dominan en su seno. La persistencia del capitalismo a nivel mundial, pone en cuestión cualquier experimento socialista a largo plazo, se realice como se realice. Pero eso no impide que ese experimento sea socialista, de la misma manera que el sur de EE.UU. no dejaba de ser esclavista porque estuviera sometido al mercado mundial capitalista. Lo mismo puede decirse del este de Europa durante todo el siglo XIX, de China, etc., etc. Solo definen como capitalista tal situación aquellos que razonan como liberales, identificando mercado y comercio con capitalismo.

El socialismo argentino, sin dudas, va a resultar limitado. Apenas un germen de lo que podría ser en un mundo socialista. Pero, como diría Aristóteles, el no ser árbol de un grano de arena no es igual al no ser árbol de una semilla. El grano nunca será árbol, la semilla sí. Esto es todo lo que se puede hacer, en ausencia de la revolución mundial, en un país como la Argentina. Todo lo demás, es seguir rezando por la llegada del mesías. Pero con milenarismo no se cambia la realidad.

El pacifismo. Puede suceder que la lectura de este texto haga suponer al lector que quienes lo proponen pretenden que se puede transformar la realidad de forma pacífica, por la vía puramente electoral. Debería recordarse que Marx no descartó esta posibilidad al hablar

de la revolución en Inglaterra, donde el proletariado tenía un dominio abrumador. Pero lo cierto es que nadie espera un camino de rosas. Por el contrario, cada movimiento seguramente estará acompañado por gigantescas batallas políticas en las que no se descarta que se produzcan actos de violencia. No seremos nosotros los iniciadores, sin embargo. Se trata de usar la fuerza de las masas para aprovechar las contradicciones de la democracia burguesa, es decir, forzar a la burguesía a provocar cambios de régimen. Si tal cosa no sucediera, porque el grado de descomposición del capitalismo argentino es muy elevado, avanzaríamos por allí, forzando las instituciones burguesas a sus límites a fuerza de movilización política. Si sucediera que la burguesía decidiera comenzar la guerra de clases abierta, momento por lo general señalado por la aparición del “arditismo”, es decir, de bandas filofascistas estilo Triple A o Liga Patriótica, la estrategia revolucionaria cambiaría notablemente. No se trata de ser “pacifistas”, sino de no poner el carro delante del caballo: es la hegemonía política sobre el proletariado lo que hace posible el triunfo, no la constitución de fuerzas armadas “populares” o cosa por el estilo. Recordando a Lenin, se trata siempre del análisis concreto de la situación concreta. Hoy la situación indica que tal vez se pueda avanzar en el sentido indicado en este texto. Mañana, solo se sabrá mañana.

Trotsky y la construcción del socialismo

“Nuestros adversarios han pronunciado ya en varias ocasiones juicios infalibles, mucho tiempo antes del octavo aniversario de la revolución de Octubre. Estos juicios se efectúan en los dos sentidos: unos dicen que construyendo la economía socialista arruinamos el país, mientras que los otros afirman que desarrollando las fuerzas de producción abocamos en realidad al capitalismo.

El primer tipo de crítica es significativa del modo de pensar de la burguesía. El segundo tipo de crítica pertenece a la social-democracia, es decir, al pensamiento burgués bajo la máscara de socialismo. No existen límites precisos entre ambos tipos de crítica y, a menudo, en perfecta compañía, intercambian las armas que constituyen estos argumentos, dándose apenas cuenta de que están borrachos de ‘guerra santa’ contra la ‘barbarie comunista’. (...)

En la medida en que, en nuestra economía, existe una lucha entre tendencias sociales y tendencias capitalistas (y el carácter de la Nueva Política Económica está formado tanto por la colaboración como por la acción contradictoria de estas tendencias), en esta medida se puede decir que la solución de la lucha depende del ritmo de desarrollo de estas dos tendencias. En otras palabras, si la industria de Estado se desarrollara más lentamente que la agricultura, si ésta dividiera con una aceleración siempre creciente estas capas diametralmente opuestas de los granjeros capitalistas ‘de arriba’ y de los proletarios ‘de abajo’, entonces tal proceso conduciría naturalmente a la restauración del capitalismo. (...)

Si el partido dirigente cometiera error tras error, tanto en el plano político como en el económico, si de este modo frenara el crecimiento de la industria, que crece en estos momentos de un modo muy satisfactorio, si se dejara arrebatar el control del proceso político y económico en la ciudad, entonces naturalmente la causa del socialismo estaría perdida en nuestro país. (...)

Nosotros tenemos otras tareas, otras metas, otros métodos. Queremos mostrar cómo se mantiene y se consolida el poder adquirido, y cómo se debe llenar la forma del Estado proletario con el contenido económico del socialismo. (...)

¿Qué ocurre en nuestro país a este respecto? ¿En qué forma social se produce entre nosotros el desarrollo de las fuerzas de producción? ¿Vamos hacia el capitalismo o hacia el socialismo? La nacionalización de los medios de producción es la condición de la economía socialista.”

Trotsky, *¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?*

11.

Argentina, 2050

Muchas cuestiones están apenas esbozadas. Muchas otras, ni siquiera planteadas. El objeto de este texto es lanzar una idea, ponerla en debate. El programa de *Razón y Revolución/Vía Socialista* busca dar respuestas más precisas sobre cada área específica. Aquí nos preocupan tanto las cuestiones programáticas como las estratégicas, tal cual se adecuan a la hora actual. Y, desde nuestra perspectiva, es necesario presentarle al proletariado argentino una vía de acción y un futuro que resulten creíbles y razonables.

A lo largo de tres décadas de transformaciones, si tuviéramos éxito, la Argentina debería definirse por las siguientes características:

- * Abolición de la propiedad privada
- * Elevadísimo desarrollo tecnológico
- * Jornada de 6 horas para todos
- * Treinta y cinco años de vida laboral total
- * 90 años de expectativa de vida
- * Salud, vivienda y educación aseguradas desde el minuto uno de vida
- * Pobreza cero
- * Desocupación cero
- * Educación universitaria obligatoria
- * Todos los cargos políticos electivos y revocables
- * Administración mínima

* Participación plena de la población en todas las decisiones importantes de la vida social

Estos elementos son los que hacen posible lo que denominamos una “buena vida”. ¿Qué es la “buena vida”? Por tal cosa definimos una vida larga, en la cual, en todas sus etapas, las personas puedan desarrollar las potencias sociales a su disposición, sin presiones, sin angustias innecesarias, liberadas del dolor inútil, con una dotación abundante de riqueza general a disposición. Se trata de una vida alejada de la necesidad, del correr todos los días para satisfacer necesidades imperiosas y elementales. Se trata de una vida segura y plena de libertad, con mucho tiempo libre para satisfacer aspiraciones culturales, artísticas, científicas y sociales, de una vida de relación con otros seres humanos que haga posible la expansión del amor y la amistad. Una vida en la que la libertad de todos sea la condición de la libertad de cada uno, donde los derechos de cada uno se multipliquen con los derechos de todos. Una vida individual plena basada en una existencia en una comunidad de iguales distintos.

Vía Socialista

Vía Socialista es una iniciativa política que pretende llevar adelante el programa que resulta de un largo proceso de estudio de la realidad argentina, llevado adelante por la organización *Razón y Revolución* y su centro de estudios, el CEICS. Durante dos décadas, por lo menos, un conjunto de investigadores e intelectuales se dedicaron a comprender los problemas que afectan a nuestro país. La síntesis se encuentra aquí.

Este texto es el esbozo de un programa para la transformación socialista de la Argentina. Como tal, no entra en precisiones técnicas. Para eso se precisan, “precisamente”, técnicos. ¿En qué? En todo: en economía, en ingeniería, en tecnología industrial, en energía, etc., etc. Si te interesa formar parte de la próxima versión de este trabajo, que será mucho más rica en detalles, no dudes en comunicarte con nosotros a argentinasocialista2050@gmail.com

Gráficos

Gráfico 1: PBI total y PBI per cápita, 1913*

	PBI	PBI per cápita
Estados Unidos	517.383	5.301
Reino Unido	224.618	4.921
Argentina	29.060	3.797
Alemania	237.332	3.648
Francia	144.489	3.485
Italia	95.487	2.564
España	41.653	2.056
México	25.921	1.732
Japón	71.653	1.387
Brasil	19.188	811
China	241.431	552

*En millones de dólares.

Fuente: Maddison Historical Statistics.

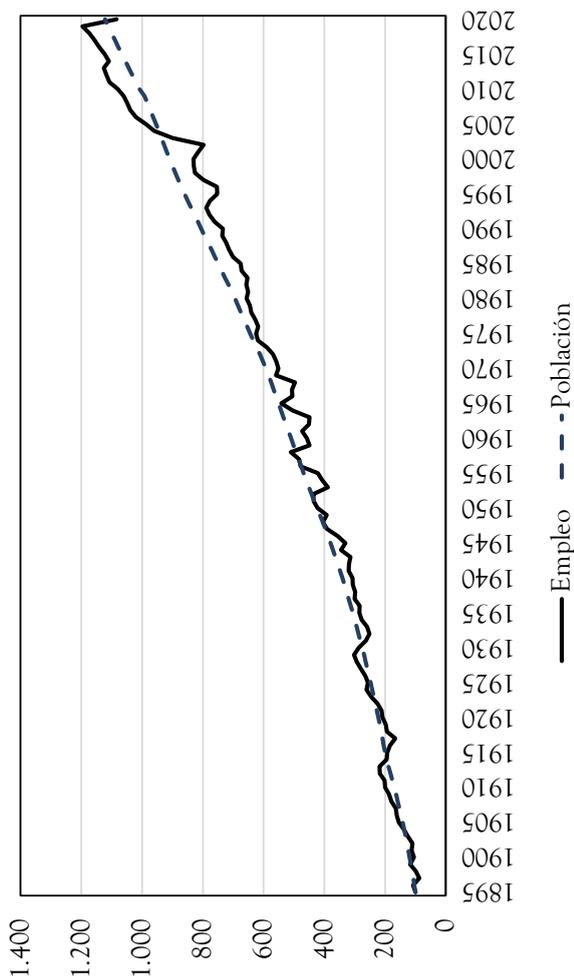
Gráfico 2: PBI total y PBI per cápita, 2014*

	PBI	PBI per cápita
Argentina	389.288	8.579
Brasil	14.447.333	6.797
Estados Unidos	20.953.030	63.593
México	1.073.916	8.329

*En miles de millones de dólares.

Fuente: Banco Mundial.

Gráfico 3: Evolución del empleo y la población del total del país, 1895-2020 (Índice 1895=100)



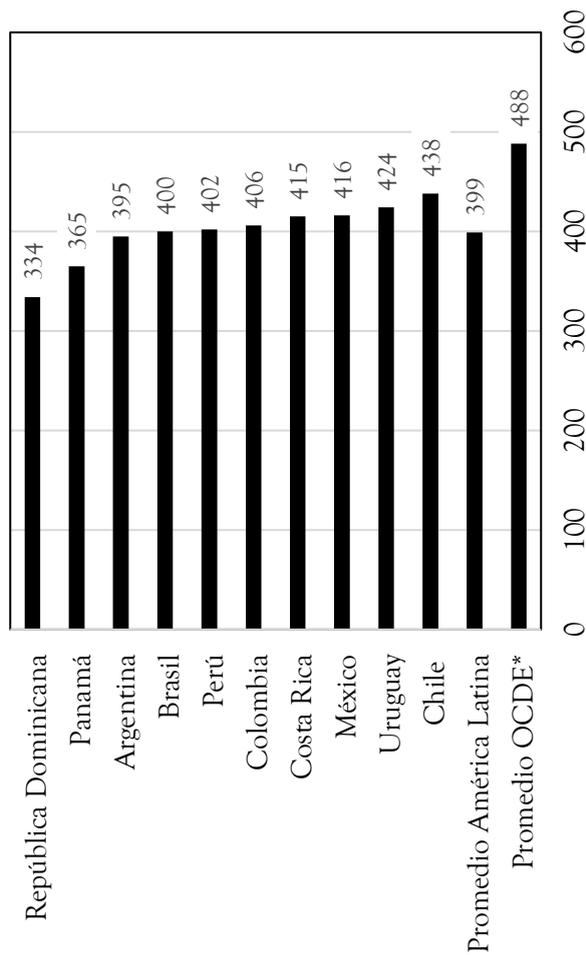
Fuente: Villanova, Nicolás: “La evolución del empleo en Argentina (1895-2020)”, Documento de trabajo N° 1, Oficina de Estadísticas Sociales, Centro de Estudios e Investigación en Ciencias Sociales. Disponible en: <http://www.ceics.org.ar/grupos-investigacion/oficina-de-estadisticas-sociales/>.

Gráfico 4: Pobreza e indigencia en la Argentina, 1988-2019

Año	Personas indigentes		Personas pobres		Gobierno de
	%	Cantidad	%	Cantidad	
1988	8,6	2.723.529	29,8	9.437.344	Alfonsín
1996	6,9	2.432.000	26,7	9.410.782	Menem
2002	24,8	9.345.072	53,0	19.971.324	Duhalde
2006	11,2	4.400.466	31,4	12.337.021	Néstor Kirchner
2009	8,2	3.321.991	25,2	10.186.175	Cristina Kirchner
2015	6,3	2.707.419	31,4	13.514.963	Cristina Kirchner
2019	7,7	3.448.112	35,4	15.852.359	Macri

Fuente: Villanova, Nicolás: *La pobreza en Argentina*, Biblioteca de la UNI, Ediciones ryt, 2021.

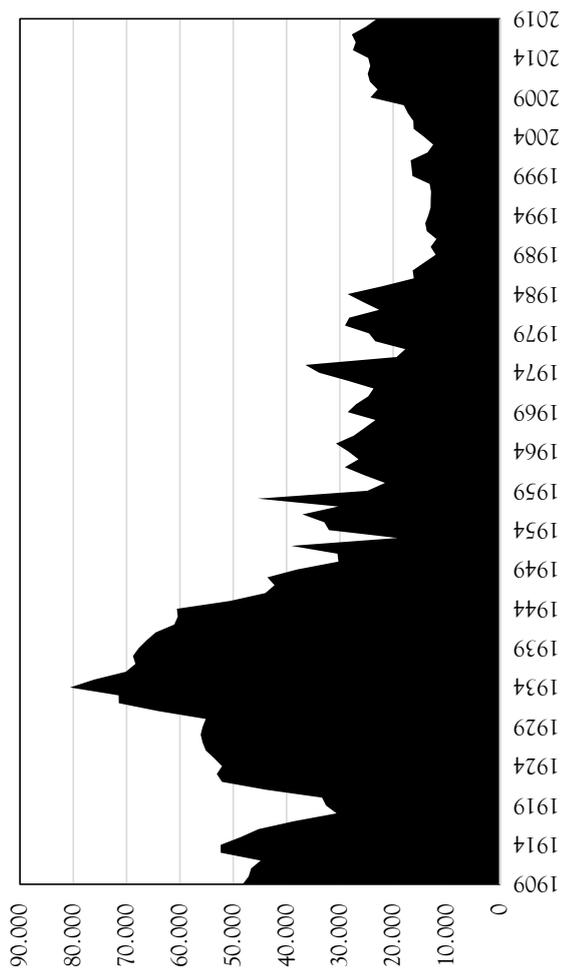
Gráfico 5: La posición de la Argentina en las pruebas PISA (promedio en lengua, matemática y ciencias), 2018



*Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), integrada por 37 países entre los que se encuentran Alemania, Australia, Canadá, Chile, España, Estados Unidos, Francia, Holanda, Irlanda e Islandia, entre otros.

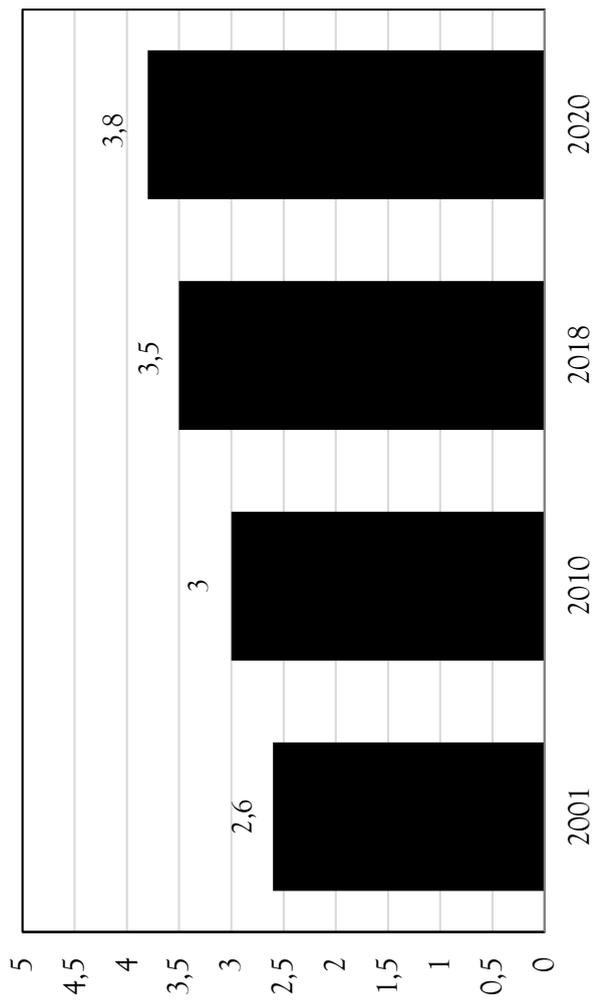
Fuente: De Luca, Romina: *La degradación educativa*, Biblioteca de la UNI, Ediciones ryr, 2021.

Gráfico 6: Evolución del salario docente, 1909-2019*



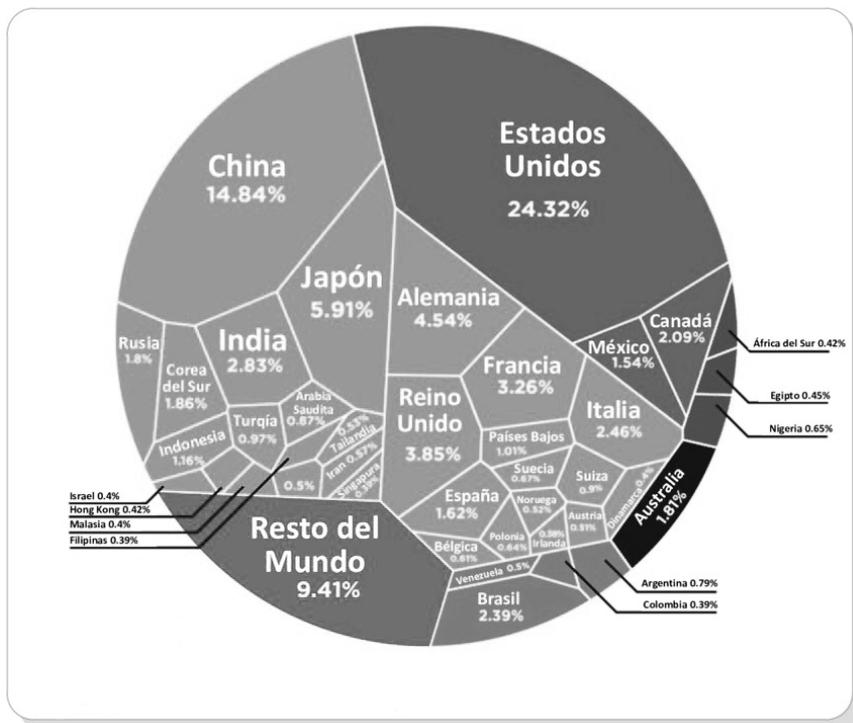
*Cargo Testigo (maestra de grado), sin antigüedad, Ciudad Autónoma de Buenos Aires (a \$ constantes 2019).
Fuente: De Luca, Romina: *La degradación educativa*, Biblioteca de la UNI, Ediciones ryr, 2021.

Gráfico 7: Déficit habitacional en Argentina



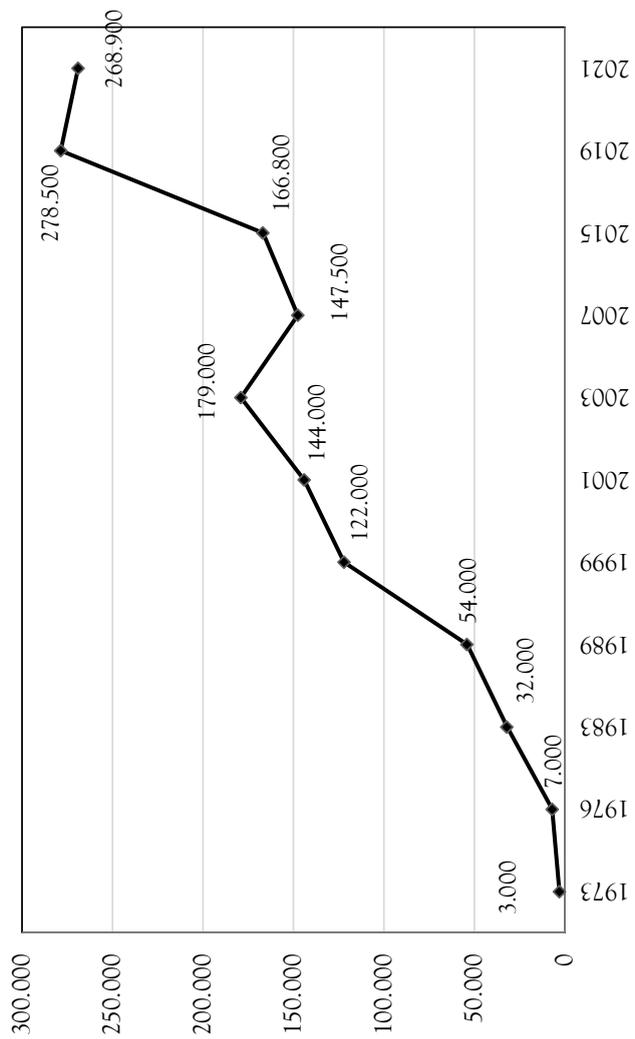
Fuente: En base a datos de Secretaría de Vivienda, CIPPEC y ACIJ.

Gráfico 8: Participación en el PBI mundial por países, 2017



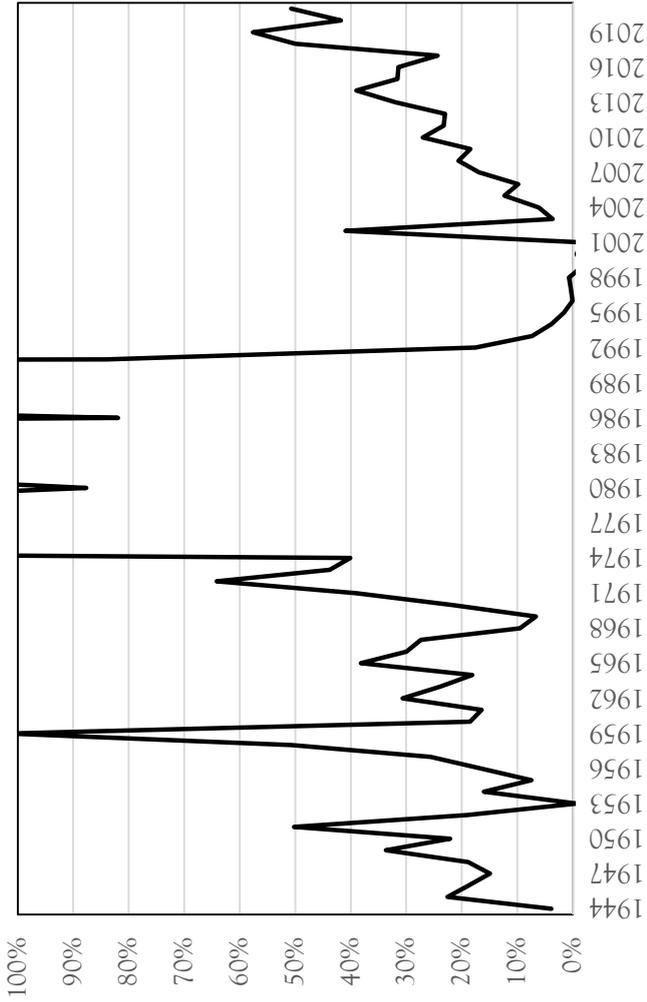
Fuente: *Semana* (Colombia), 15/3/17.

Gráfico 9: Evolución de la deuda externa argentina en el largo plazo*



*Saldo bruto, en millones de dólares.
Fuente: OME-CEICS.

Gráfico 10: Inflación en el largo plazo*



*Variación interanual del Índice de Precios al Consumidor, 1944-2019.
Fuente: OME-CEICS.

Anexo

Una propuesta indecente

Un millón y medio de empleos estatales como solución a la crisis inmediata

Ante la evidencia de que la situación económica no deja de agravarse (y de que es probable que el actual gobierno no pueda manejarla), se despliegan las propuestas de siempre. En su aparente variedad, coinciden en el mismo punto: sólo el pasaje por un proceso extremadamente doloroso para el conjunto de la población asalariada permitirá encauzar la situación. Las alternativas se reducen a dos: lo hacemos de golpe o lo hacemos gradualmente. No hay “salida indolora”: fin de la emisión monetaria (con o sin dolarización), es decir, reducción de gastos estatales, lo que implica alza de tarifas, fin de subsidios sociales, reducción salarial generalizada, despido de empleados, etc.; devaluación (con o sin dolarización), es decir, reducción de ingresos del conjunto de la economía y estímulo a la inflación para bajar los salarios privados; eliminación de derechos de los trabajadores por la reforma laboral; transferencia brutal de ingresos a los empresarios, por la vía de rebajas impositivas, a los efectos de estimular la inversión. En síntesis: otra vuelta de tuerca en el empobrecimiento de las masas. Bajo una u otra forma, más allá de algún éxito relativo y de corto plazo (como la Convertibilidad) o superficial y engañoso (como la política de Lavagna bajo el kirchnerismo), a esta altura del partido la conclusión debiera ser obvia: esta receta no sirve.

Pensar al revés

La Argentina tiene la inflación que tiene porque su economía no es competitiva y no es competitiva porque su productividad es muy baja. Para peor, a lo largo del siglo XX construyó un país para una cantidad de población que ahora no puede soportar. Si la limitáramos a lo que puede sostener la parte de la economía que funciona (el campo y poco más), a este país le sobran veinte o treinta millones de habitantes. Luego, el problema, al menos para la situación política mundial y local actual, es cómo poner a competir al resto de la economía. Eso supone gigantescas inversiones en sectores altamente productivos que, dada la tecnología que deben emplear, utilizan muy poca mano de obra. Esa solución, absolutamente necesaria en el mediano y largo plazo, como lo explicamos en nuestro libro *Argentina 2050*, no nos va a dar respiro suficiente en un plazo razonablemente corto. Entre otras cosas, porque para tales inversiones, no hay recursos locales que alcancen y no parece que el capital mundial esté interesado, hoy por hoy, en instalar aquí gigantescos complejos industriales. De modo que necesitamos una solución, a medias, limitada, pero cercana en el tiempo, que encamine a la Argentina hacia otro lugar, sin pasar por las horcas caudinas de las propuestas patronales.

Para imaginar algo por el estilo es necesario pensar al revés. Para las alternativas patronales a la crisis, como vimos, la respuesta adecuada es achicar, reducir y esperar. Achicar gastos, reducir derechos y esperar a que la cena resultante sea apetecible para los inversores que, desesperados, nos ahogarán en una “lluvia de inversiones”. Pensar al revés es agrandar, ampliar y actuar. Agrandar: la Argentina tiene cerca de un millón y medio de desocupados. Se trata de un valiosísimo recurso sin utilizar, que podría agregar una masa de riqueza sustantiva a una sociedad que hace una década que no crece. El Estado debe emplearlos a todos. Ampliar: esa población desocupada debe recibir un sueldo “decente”, que en la situación de miseria en la que nos encontramos, debiera ser, por lo menos unos 60.000\$ mensuales, es

decir, al menos el doble del salario mínimo, vital y móvil, con todos los derechos que corresponden a los empleados “en blanco”. A esta altura, el lector, sobre todo el lector liberal estará pensando en la locura de quien esto escribe, un nuevo delirio de “zurdos”.

Sin embargo, todo depende de en qué se emplee a ese millón y medio de compatriotas. Aquí es donde aparece la “acción”. Porque lo que debe abandonarse es el dogma patronal (liberal, sobre todo, pero compartido por quienes se consideran “pragmáticos” o “heterodoxos”) de que el Estado solo está para hacerse cargo del fracaso empresarial (la crisis) y de sus consecuencias sociales (la desocupación y la miseria). Por supuesto, también de “crear las condiciones adecuadas” para los “negocios”. Es decir, de obligar a que la gente se aguante el ajuste y se siente a esperar que los capitalistas se dignen a invertir y que esa inversión, algún día, rinda los resultados (socialmente) esperados. De lo que se trata, es de transformar este Estado en una maquinaria productiva. Por eso, a ese millón y medio se lo debiera emplear en empresas productivas, no en desganados cortadores de pasto al servicio de la propaganda municipal. Además, debiera empleárselos en ramas de la producción cuyo destino sea la exportación o que reemplace el consumo interno de productos exportables. Otra condición: deben ser de baja intensidad tecnológica, no solo para emplear más mano de obra por unidad invertida, sino para no generar una demanda de maquinaria importada que complique más el balance de divisas. Se pueden dar muchos ejemplos de opciones productivas (piscicultura, producción de carnes alternativas -cerdo, guanaco, liebre-, confección de prendas, reciclaje de materiales, etc.), pero un plan definitivo debiera poner a trabajar rápidamente equipos enteros de especialistas en comercio exterior, científicos, ingenieros, técnicos, que ya están empleados en el Estado y tienen mucho para aportar.

A nadie se le escapa lo que significaría para la destruida economía argentina el empleo en un corto plazo (entre uno y tres años), de un millón y medio de trabajadores. Por empezar, un aumento genuino

de la demanda, no por ampliación de la masa de papel sino por crecimiento de la producción real. Una producción que mejoraría el balance de divisas, en tanto está destinado a la exportación. Es más, algunos de esos emprendimientos tendrían consecuencias de mucho mayor alcance: la Argentina no solo podría transformarse en una potencia productora de carne de pescado, sino mejorar la dieta y la salud de los argentinos (que comen una cuarta parte del promedio mundial de este tipo de carne) y liberar mayores saldos exportables de carne de vaca. El resultado para el fisco sería notable, primero, porque podría dejar de pagar muchísimos planes. Es más, esa masa de empleados, aportaría con sus impuestos, en lugar de recibir ingresos del Estado. Además, las cuentas del ANSES mejorarían e, incluso, muchos “jubilados” antes de tiempo, sobre todo muchos “pensionados”, con la jubilación mínima, que no son sino desocupados encubiertos, podrían optar por participar de los nuevos empleos productivos. Ni hablar del cambio de clima social, que podría incluso terminar con los piquetes y cortes que tanto molestan a aquellos que no se preocupan por entender por qué la gente tiene que hacer piquetes y cortes de calle.

¿Por qué el Estado?

Dado el clima crecientemente anti-estatista, es una pregunta que sin dudas va a estar sobre la mesa. Una respuesta sencilla sería: porque el papel “dinamizador” de la inversión privada no se estaría viendo... Sin embargo, podemos señalar también, que esta es, además de una solución para la población, una solución para las finanzas del Estado. Por otra parte, no puede ser que cada vez que se trata de poner plata, esté el Estado y que después, para no ser acusados de comunistas, haya que regalar el negocio a los privados. Pero, un argumento más importante sería que se trata de inversiones de gran magnitud, entre salarios e inversiones, unos 3.000 millones de dólares. Inversión que, además, en la lógica de la ganancia privada no encaja

suficientemente bien, en tanto, el Estado no se cobra impuestos a sí mismo, entre otros costos que afectan a cualquier empresa común. Por último, el Estado no tiene por qué trabajar por la ganancia media de los capitalistas. Siempre que el resultado sea positivo, es ganancia pura.

Dos últimas cuestiones: 1. de dónde sale la plata; 2. ¿acaso esto no es insistir en el kirchnerismo, cuyo fracaso estamos presenciando? La primera: a nadie se le escapa de que se trata de cifras muy módicas para un país cuyo PBI es centenares de veces más grande que eso. Solo en sostener artificialmente la paridad del peso (y subsidiar a la burguesía más atrasada) se va mucho más que eso. En subsidios de industrias fracasadas, se va mucho más todavía. El llamado “impuesto a las grandes fortunas” puede recaudar la cantidad necesaria. Se pueden conseguir préstamos específicos para tal tipo de inversiones. Para esto, plata sobra. La segunda: el kirchnerismo es la cara boba del Estado actual. Es la cara del subsidio, es decir, la que paga la cuenta del fracaso de su otra cara, la macrista. Dicen ser distintos, pero son lo mismo, en un momento distinto de las necesidades de un empresario parasitario y sin perspectivas. Al revés de lo que aquí nos proponemos, el kirchnerismo ha privatizado y descentralizado la seguridad social, la asistencia pública, e incluso actividades productivas completas, a través del mundo de las “cooperativas” y la “economía popular”.

Metido en el laberinto de sus propias contradicciones, el empresario argentino y los políticos que le responden (lo que incluye a Milei, por mucho que hable de una “casta” a la que él pertenece), no tienen idea de cómo salir de la crisis, salvo haciéndosela pagar a los de siempre. Se sabe, sin embargo, que de los laberintos se sale por arriba. Si en lugar de llevarnos la pared por delante, es decir, de apostar por la “iniciativa privada” y un Estado parasitado por un empresario inútil, apostamos por un proyecto productivo colectivo, tal vez podamos saltar la tapia del atraso y la crisis. Sé que se trata de una “propuesta indecente” para un clima de ideas viciado por el auge de la mitología libertaria, pero eso es mitología y esto es algo mucho más

concreto. Que tiene, además, la virtud de no tirar el agua sucia junto con el bebé que queremos salvar.

Eduardo Sartelli

Publicado originalmente en *Perfil*, 30/4/22.

Bibliografía

AA.VV.: *El debate soviético sobre la ley del valor*, Alberto Corazón Editor, Madrid, 1974.

Damián Bil, “La larga contramarcha”, prólogo a *Desarrollo del capitalismo y lucha de clases en China*, de Minqi Li (Ediciones ryr, 2020).

Bustelo Gómez, Pablo: *Economía política de los nuevos países industriales asiáticos*, Madrid, Siglo XXI, 1990.

Cumings, Bruce: *El lugar de Corea en el sol*, Comunicarte Editorial, Córdoba, 2004.

del Rosal Crespo, Mario: *El capitalismo sueco y los límites del socialismo reformista: una crítica marxista del modelo de Rhen-Meidner (1932-1983)*, Tesis de Doctorado, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2015.

De Luca, Romina: *La degradación educativa*, Biblioteca UNI, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2021.

Holmberg, John-Henri: *El lado negro de Suecia*, Océano, México, 2017.

Kent, Neil: *Historia de Suecia*, Akal, Madrid, 2011.

Korpi, Walter: *The working class in welfare capitalism. Work, unions and politics in Sweden*, Swedish Institute for Social Research, Routledge, London, 1978.

Lapidus, John: *The Quest for a Divided Welfare State. Sweden in the Era of Privatization*, Palgrave/Macmillan, London, 2019.

Le Monde Diplomatique: *Corea del Sur. Detrás del milagro*, Buenos Aires, 2015.

Magnusson, Lars: *An Economic History of Sweden*, Routledge, London, 2000.

Minqi Li: *Desarrollo del capitalismo y lucha de clases en China*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2020.

Morishima, Michio: *Por qué ha “triunfado” el Japón*, Folio, 1997.

Rojas, Mauricio: *Suecia después del modelo sueco. Del Estado benefactor al Estado posibilitador*, Fundación Cadal, Buenos Aires, 2005.

Sanandaji, Nima: *El poco excepcional modelo sueco. Cultura, mercado y el fracaso de la tercera vía*, Unión Editorial, Santiago de Chile, 2016.

Sartelli, Eduardo: *La Cajita Infeliz*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2012.

Sartelli, Eduardo: *Patrones en la ruta*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2008.

Sartelli, Eduardo: *La plaza es nuestra*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2010.

Therborn, Göran: “¿El fin del sueño socialdemócrata en Suecia?”, en *Nueva Sociedad*, n° 281, mayo-junio de 2019.

Trotsky, León: “¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?”, en AA.VV.: *El debate soviético sobre la ley del valor*, Alberto Corazón Editor, Madrid, 1974.

Villanova, Nicolás: *La pobreza en Argentina*, Biblioteca UNI, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2021.

Para más información, el lector puede remitirse a mi página web personal, *La línea de sombra*:

<https://lalineadesombra.com.ar/>

Allí encontrará decenas de textos de mi autoría sobre diferentes temas de la historia argentina, el movimiento obrero, la Revolución Rusa, la cultura burguesa y muchos temas más. Va a encontrar,

también, links a mis clases de Historia Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, un curso entero, desde 1910 hasta la actualidad.

La página de la organización *Razón y Revolución* le permitirá acceder a miles de artículos sobre todos los temas relevantes de la sociedad argentina, videos, debates, incluyendo el catálogo de Ediciones ryr, con muchos libros gratis y otros muy baratos:

<https://razonyrevolucion.org/>

<https://edicionesryr.com.ar/>

Índice

Argentina 2050	
<i>Una Vía Socialista posible</i>	7
Primera parte	15
1. <i>La enfermedad argentina</i>	17
2. <i>¿Por qué Corea del Sur?</i>	31
3. <i>El paraíso en la tierra</i>	47
4. <i>...dejar de chocar contra la pared</i>	61
Segunda parte	71
5. <i>Una economía avanzada</i>	73
6. <i>Un Estado productivo</i>	81
Tercera parte	91
7. <i>El momento “allendista”</i>	93
8. <i>La transición</i>	105
9. <i>La base social</i>	113

10. <i>Socialismo en un solo país</i>	123
11. <i>Argentina, 2050</i>	131
Gráficos	135
Anexo	
<i>Una propuesta indecente: un millón y medio de empleos estatales como solución a la crisis inmediata</i>	145
Bibliografía	151

Ediciones

Títulos publicados

Desocupados en la ruta. Dibujos con programa, Nancy Sartelli

La Herencia, Rosana López Rodríguez

Contra la cultura del trabajo, Eduardo Sartelli (comp.)

La plaza es nuestra, Eduardo Sartelli

Lucha de calles. Lucha de clases, Beba Balvé, et al

El '69, Beba Balvé, Beatríz Balvé

La cajita infeliz, Eduardo Sartelli

La Contra, Fabián Harari

Entre tupas y perros, Daniel De Santis

Lecciones de batalla, Gregorio Flores

La guerrilla fabril, Héctor Löbbe

Valor, acumulación y crisis, Anwar Shaikh

Historia del trotskismo, Osvaldo Coggiola

Rojo Amanecer, Osvaldo Coggiola

Lenin, Georg Lukács

Bolivia: La revolución derrotada, Liborio Justo

Belleza en la barricada, Vicente Zito Lema

Patrones en la ruta, Eduardo Sartelli et al.

Obra poética completa, Roberto Santoro

Trelew. El informe, Eduardo Sartelli et al.

Cuentos completos, Humberto Costantini

Poesía y teatro, Humberto Costantini

Obra poética completa, Julio Huasi

Argentina 2050, Eduardo Sartelli

Investigaciones CEICS

Del taller a la fábrica, Marina Kabat

Costureras, monjas y anarquistas, Silvina Pascucci

Descalificados, Damián Bil

El ingrediente secreto, Verónica Baudino

Crítica del marxismo liberal, Juan Kornblihtt

Brutos y baratos, Romina De Luca

Hacendados en armas, Fabián Harari

Culpable, Gonzalo Sanz Cerbino

Dios, rey y monopolio, Mariano Schlez

Una espada sin cabeza, Stella Grenat

Nacional y popular, Julieta Pacheco

Cirujas, cartoneros y empresarios, Nicolás Villanova

A media máquina, Ianina Harari

PerónLeaks, Marina Kabat

El origen, Juan Flores

La Triple K, Fabián Harari

A desalambrar, Guido Lissandro

La sal de la tierra, Eduardo Sartelli

Serie Clásicos

El tribuno del pueblo, Graco Babeuf

La agonía de la cultura burguesa, Christopher Caudwell

Historia de la Revolución Rusa, León Trotsky

Literatura y Revolución, León Trotsky

Historia y conciencia de clase, Georg Lukács

Espontaneidad y acción, Rosa Luxemburgo

Biblioteca de la UNI

1. *¿Qué fue la Reforma Universitaria?* - Jonathan Bastida Bellot
2. *¿Qué fue el peronismo de Perón?* - Marina Kabat
3. *¿Qué fue la Revolución de Mayo?* - Juan Flores
4. *El Cordobazo* - Ianina Harari
5. *¿Qué pasó en los '70?* - Guido Lissandrello
6. *El Proceso Militar* - Gonzalo Sanz Cerbino
7. *¿Qué es la flexibilidad laboral?* - Marina Kabat
8. *¿Por qué hay desempleo en la Argentina?* - Nicolás Villanova
9. *¿Qué fue el Pacto Social?* - Guido Lissandrello y Gonzalo Sanz Cerbino
10. *El Charismo* - Nicolás Grimaldi
11. *¿Nos gobierna el FMI?* - Gonzalo Sanz Cerbino
12. *¿Qué fue la Asamblea Nacional de Trabajadores?* - Ianina Harari
13. *La pobreza en la Argentina* - Nicolás Villanova
14. *¿Por qué no salimos campeones?* - Ricardo Maldonado
15. *Malvinas y la cuestión nacional* - Juan Flores
16. *La degradación educativa* - Romina De Luca
17. *¿Qué es el teletrabajo?* - Marina Kabat